
Andrea Momoitio
LUNÁTICA
Lectulandia

En 1977, el cadáver de María Isabel Gutiérrez Velasco aparece calcinado en una celda de la prisión de Basauri (Bizkaia). Sus compañeras no se creyeron la versión oficial y esos días declararon una huelga de prostitutas en Bilbao. De la mano de otros colectivos políticos, organizaron manifestaciones y encierros para exigir la amnistía de las y los presos sociales y la derogación de leyes franquistas que afectaban especialmente a la chusma.

¿Pero quién era María Isabel? La periodista Andrea Momoito, cofundadora de la revista *Pikara Magazine*, emprende en Lunática una búsqueda originalísima, apasionada, a ratos caótica, callejera, marginal, intuitiva, detectivesca, desesperada y torrencial. Un crudo y tierno retrato de los márgenes de la sociedad, y una denuncia ácida y sistemática de los mecanismos de represión.

Andrea Momoitio

Lunática

ePub r1.0
Titivillus 11-02-2025

Andrea Momoitio, 2022
Imagen de cubierta: fotografía de Javier Freijanes para la revista *Posible* retocada por Zuriñe Burgoa
Corrección: Zaida Gómez y María Campos

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

«Porque un pueblo ha gritado, ¡libertad!, vuela el cielo.
Y las cárceles vuelan»

Miguel Hernández



A Lucía Martínez Odriozola

¿EMPEZAMOS?

No sé escribir un libro, pero lo he intentado, entre miedos, vinos y muchos bloqueos. Supe que tenía que dejar de investigar —¡y ponerme a escribir!— el día que me vi apuntando el número de expediente de la construcción de la última vivienda que tuvo la familia de María Isabel en Astillero. Ya vale. Sé todo lo que tengo que saber para hacer un bonito homenaje a esta jabata.

Te mando el borrador del primer capítulo, si es que todavía aceptas mi propuesta después de tanto silencio. Te lo mando adjunto, pero dime si prefieres que te lo haga llegar de cualquier otra manera. Lo he escrito con todo el cariño del mundo. Espero que se note.

23 DE DICIEMBRE DE 1953

La prensa se ponía solemne para anunciar el alumbramiento: «La gran duquesa Wladimir de Rusia, nacida princesa Leonida Bagration de Mukhrani, princesa real de Georgia, esposa del gran duque Wladimir, jefe de la casa imperial de Rusia, ha dado a luz a su primer hijo. A la recién nacida se le impondrá el nombre de María». A pesar de los honores, de la imposición y del uso injustificado del masculino genérico, hoy, probablemente solo se acuerde de aquel parto la mismísima princesa Leonida. Mientras ella paría a María, el planeta seguía girando alrededor del Sol y Eugenia empezaba con las contracciones sin que ningún periodista se acercase a preguntarle qué tal iba ella con el tema.

Aquel miércoles, las temperaturas no subieron de los doce grados, el viento del este zumbaba a dieciséis kilómetros por hora y la neblina inundaba de misterio la bahía de Santander. Han pasado muchos años y la memoria de Eugenia, aunque a veces sorprende al recordar pequeños detalles aparentemente insignificantes, no es inmune al paso del tiempo. No sabe, por ejemplo, cómo llegó a Santander. Ni ella ni Manuel tenían coche, así que puede que les acercase algún pariente, que agarrasen el tren, el recién inaugurado trolebús o, quién sabe, quizá pararon un taxi en Astillero, su pueblo. En realidad, tampoco puede asegurar que su marido estuviera con ella mientras se le dilataba el cuello del útero. El que sí estuvo en el paritorio fue el doctor Lastra, un reconocido ginecólogo, que entonces tenía su clínica en la céntrica calle Juan Herrera. Eugenia no se acuerda de cómo fue el parto, pero cree que la cosa estuvo por los cuatro kilos. Puede intuir el dolor y el miedo, si es que se puede intuir algo que no recuerdas. Por ahí debía andar también la tía Teresa, que pagó la minuta del doctor. Ella llegaría caminando desde la casa de los señores a los que servía, dicen, con mucho gusto.

El 23 de diciembre de 1953, el periódico *Alerta* costaba setenta céntimos de peseta y anunciaba el regreso a España de Pilar Primo

de Rivera tras su viaje por América Latina. En Santander, la borrina probablemente dificultase las labores de vigilancia en el puerto, pero ningún barco pirata aprovechó la ocasión para arribar allí. Menos mal, porque andarían despistados en el atracadero. La prensa anunciaba que la Junta de Obras había ganado casi millón y medio de pesetas en la lotería de Navidad. El encargado de las grúas bramaba ante los micrófonos: él había jugado 400 pesetas, pero a otro número. El gordo gordísimo cayó en Valencia.

La familia de Eugenia no pilló un duro.

Santander estaba engalanada para recibir la Navidad aquellos días. Las familias de bien ya tendrían todo dispuesto para la cena de Nochebuena y doce camiones habían transportado tres mil cajas de alimentos y regalos de la obra social de la Falange. Los Franco estaban ocupados: la esposa del dictador tenía que inaugurar la tradicional exposición de nacimientos de Navidad y él andaba celebrando que el papa le había concedido la Orden de Cristo. La Santa Sede reconocía así los méritos excepcionales del dictador, que entre rezo y rezo, siempre sacaba un ratito para la represión y la venganza. El aparato del régimen anunció a bombo y platillo la noticia. Llegarían felicitaciones de todo el mundo. Las de Francia, probablemente, con retraso. El país era un hervidero de huelgas. Entre ellas, la del servicio postal.

Manuel se acercó el mismo día al registro de la ciudad para anunciar un nacimiento más discreto que el de la rusa. Había nacido una hembra, que resultó ser salvaje: María Isabel. Una jabata. Hija legítima de don Manuel Melchor Gutiérrez, jornalero, de veintitrés años, natural de San Salvador y de su esposa, doña María Eugenia Joaquina Velasco Bedia, un año menor, natural de Astillero, de esa profesión que entonces se llamaba «su casa», domiciliada en un hogar que era, por defecto, de su marido, fuese de quien fuese en realidad. La única solemnidad de ese nacimiento está dada por el formulario del Registro Civil, que reconoce, por defecto, como don y doña a cualquiera. Un tal Francisco y otro tal Pedro hicieron de testigos de aquella inscripción. Los dos estaban casados, tenían trabajo y vivían en Santander. Puede que tras firmar aquel escrito tomasen algún trago para celebrar el nacimiento de la primogénita del matrimonio, que había pasado por el altar unos meses antes: el 2 de julio de 1953. Ella, con el abdomen hinchado, y

los dos, con cara de no haber usado condón. El párroco, Francisco Martínez, se hizo el tonto.

La boda fue poca cosa para lo que es Eugenia. Cree recordar que fue vestida con un traje corto, gris perla, que tantos años después no es capaz de definir con más exactitud. No hay fotos que puedan confirmarlo. Se dieron el «sí, quiero» y el convite se celebró en la casona familiar. Ella y Manuel no vivían allí. Ellos sostenían una pequeña casita, en el barrio de La Churruca, en la que sus miserias atravesaban las ventanas. Una neblina, más difícil de confirmar, cubre esos recuerdos en la memoria de la Genia. Así la llaman en Astillero, un pequeño municipio de la bahía de Santander en el que puede llover, incluso, cuando la playa del Sardinero está a rebosar de bañistas.

Paco, el padrino de la boda de Eugenia y Manuel, tiene los ojos vidriosos. No es que se emocione al recordar el acontecimiento, que no fue para tanto, es que tiene cataratas. Es tan mayor que da vergüenza preguntarle cuántos años tiene. Le acecha la muerte, pero ni por esas se acerca a la iglesia: «A mí los curas me la soplan», dice. Aquel día tuvo que madrugar para confesarse y poder ejercer de padrino. No era creyente él ni eran creyentes los novios, aunque Eugenia se confiese la más devota justo antes de decir que ningún dios podría consentir todas las desgracias que ha tenido que sufrir ella. Últimamente, predica las virtudes del culto evangélico.

El tío Fidel fue el otro encargado de engañar al señor aquel día. Quizá dijeron que el bombo de Eugenia era fruto de una buena puchera montañesa. Solo ellos firmaron el acta de matrimonio, sin que nadie supiera entonces que, años después, la firma de las mujeres tendría también valor. La madrina fue Teresa, que se entregó en cuerpo y alma a la familia de su sobrino y a la familia rica a la que servía en Santander. Era muy generosa. Dedicó toda su vida al cuidado de una familia bien y otra más regular. Siempre dispuesta a echar una mano, Eugenia insiste en que era una Santa. Trató de evitar la muerte de su sobrino Manuel, pero acabó llorando su cadáver y muchos otros.

YO PREFIERO LLAMARTE MARÍA ISABEL

El 9 de noviembre de 1977, en la cárcel de Basauri, María Isabel falleció de *shock* por quemaduras. No era la primera vez que jugaba con fuego. Ella siempre se manejó bien entre las llamas. Ardió ella y ardieron las calles de San Francisco, el barrio bilbaíno en el que pasó los últimos años de su vida.

Las prostitutas que ejercían en esa zona, sus compañeras, no se creyeron la versión oficial y convocaron algo así como una huelga. Querían que se investigara el caso y que las dejasen vivir en paz. Las putas clamaron al cielo porque, sí, María Isabel estaba loca; porque, sí, había robado; porque, sí, las liaba pardas; porque, es verdad, a veces daba miedo; porque gritaba y pegaba; porque se reía cuando no tocaba y lloraba cuando nadie lo entendía; porque no tenía que estar en la cárcel, porque no tenía que estar sola, porque tenía un hijo muy pequeño; porque aquel día se chamuscó María Isabel, pero las tenían fritas a todas.

Aprobada la amnistía para algunos presos políticos, en julio de 1976 —aunque no entró en vigor hasta octubre—, las decisiones políticas que se tomaron entonces hicieron evidente que la chusma no tenía cabida en el proyecto democrático. Las putas, yonquis, quinquis, macarras, camellos, ladrones, ladronas, locos y locas no iban a pillar ni un poquito de ese amago de libertad. La COPEL (Coordinadora de Presos Españoles en Lucha) y las personas que se estructuraban en torno a ella reclamaban que la amnistía también les tuviera en cuenta. El movimiento feminista exigía que se derogasen los delitos que solo se aplicaban a las mujeres y el incipiente movimiento LGTB pedía la abolición de la ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social. Las putas estaban atravesadas por un engranaje de normas franquistas que buscaban guardar la moralidad católica.

Cuarenta y tres años después de su muerte, desde mi casa, a 280 metros de la última vivienda en la que estuvo empadronada ella, trato de reconstruir la vida de una tía que luchó siempre por no ser

abatida. Alguien me dijo una vez, refiriéndose a María Isabel, que la gente «así» no deja rastro. Consiguió convencerme durante un tiempo, pero ahora sé que estaba absolutamente equivocada. Todo lo que dejó María Isabel fue precisamente rastro. Su nombre está escrito en cientos de documentos y asociado, siempre, a delitos insignificantes y adjetivos horribles. «Depravada», se atrevió a escribir algún funcionario imbécil. Las personas que no dejan rastro son esas que no se saltan ninguna norma, pero ella precisamente saltó y saltó.

Conocí la historia mientras participaba en un proceso de recuperación de la memoria histórica de la Asamblea de Mujeres de Bizkaia-Bizkaiko Emakume Asanblada, pero acabé de engancharme a María Isabel cuando me encontré con Marta, la Discreta, una prostituta retirada del barrio. Quedamos en un bar cerca del centro de día en el que pasa las mañanas. Anda con dificultad, tiene el pelo completamente blanco y está hermosa. Me pide que no escriba su nombre real y, a cambio, me cuenta su historia con soltura y sentido del humor: «Al llegar a la habitación, ponía a los clientes en el lavabo, que teníamos jabón y de todo, y les daba una buena lavada de huevos». Discreta y limpia, claro que sí. Me ofrece un relato impagable del barrio aunque se empeñe en repetir que hay muchas cosas que no recuerda. Poco a poco, agarrando con cuidado los hilos, conseguimos que caiga en pequeños detalles.

Ella no conoció a María Isabel hasta que estuvo muerta. Marta se acercó con otras compañeras al hospital en el que se encontraba su cuerpo y se recuerda en la morgue ante un cadáver completamente calcinado. Suspira antes de explicarme que tenía los puños cerrados y los brazos ligeramente flexionados. Insiste en el gesto del cadáver, que apenas pudo ver unos segundos antes de retirar la vista y de que cerrasen el féretro. No la recuerda viva. No coincidieron trabajando, aunque las dos ejercieron en la misma zona. Cree que será por la diferencia de edad. Ella era ya toda una mujer, hecha y derecha, cuando María Isabel llegó a Bilbao.

Marta me habló también de Mertxe, una vecina que trabajó muchos años en las campañas de prevención de VIH que se hicieron a finales de los ochenta en Comisión Antisida. Ella, igual que Marta, es una de las mujeres a las que entrevisté para el Proyecto Vecinas, una iniciativa que pusimos en marcha desde *Pikara Magazine* e

Histeria Kolektiboa, un proyecto cultural del barrio. El objetivo era conocer mejor las historias de lucha y resistencia que pasan desapercibidas a nuestro alrededor. Ha sido un impulso imprescindible para acabar escribiendo este libro.

No sé cuántas veces le habré preguntado a Mertxe por personas que a lo mejor podían conocer a otras personas que tal vez, por qué no, podrían haber conocido a María Isabel. Ella ha estado muchos años enredada con las putas del barrio y puede que incluso participara en las protestas por la muerte de María Isabel, pero no lo recuerda con nitidez. Acudo a ella cuando empiezo a dudar: ¿y si todo ha sido mentira?

Resulta que me dicen que quizá decir «huelga» sea mucho decir y que las prostitutas que se organizaron estuvieron muy guiadas por los y las militantes de los comités de apoyo a la COPEL. De repente, no hay historia. No hay libro. ¿Qué estoy haciendo? Mertxe me tranquiliza enseguida: «Lo importante es enmarcarlo históricamente. No lo relativices. Fue la hostia». Quizá las compañeras de María Isabel no tenían hasta entonces elaborado un discurso político ordenado, pero tenían muy claro cuáles eran sus problemas: «La espontaneidad es un valor muy importante en esta huelga. ¡[La calle] Cortes no era Alto Hornos!», me dice, y vuelvo a respirar tranquila. Es verdad. Además, la prostitución es una actividad muy solitaria y, de alguna manera, competitiva. Cada una de ellas trabajaba bastante a su bola y todas eran competencia para el resto. La huelga funcionó porque aquel noviembre se respiraba apertura y, en este barrio, siempre se ha respirado solidaridad: «Esta siempre ha sido una zona de refugio».

Casi todo lo que he encontrado en la hemeroteca sobre María Isabel es solo relativamente cierto. Incluido su nombre. Las noticias sobre su muerte se suceden en las páginas de decenas de revistas y periódicos, pero hoy casi nadie se acuerda de ella en el barrio en el que pasó los últimos días de su vida. Es difícil también encontrar sus huellas en otros territorios por los que dio tumbos. Llegan a mí algunos ecos sobre su mala hostia, que se confirman con su archivo policial y se esfuman cuando me siento a hablar con alguna de las pocas personas que la recuerdan con cariño. Me frustro al reconocer que, por mucho que escriba, que compruebe, por muchos archivos que visite, por muchas entrevistas que haga, nunca sabré a ciencia

cierta cómo prefería ella que la llamasen. Nunca conoceré su nombre. Su familia se refiere a ella como Maribel, pero yo no sé quién es esa. Ese diminutivo, que conozco cuando me acerco a su entorno más cercano, se me hace insignificante y tomo la primera decisión: «Yo prefiero llamarte María Isabel» y, ahí, en esa determinación, encuentro la tranquilidad que necesitaba para seguir. Me consuelo entonces viendo su letra atormentada en algún documento y sonrío ante sus pequeñas mentiras. Cómo iba a imaginar ella que las descubriría tanto tiempo después.

Este libro se escribe sin su consentimiento, sin su voz, que asumo que nunca voy a poder escuchar. No es la única que falta. Faltan, sobre todo, las putas. En unas declaraciones a la revista *Cuadernos para el Diálogo*, una de ellas decía que la principal dificultad de la huelga era que no habían conseguido que se articulasen las mujeres más jóvenes: «Siempre nos encontramos las mismas, y siempre caemos las mismas cuando hay redadas: las viejas, las que tenemos hijos y nos vemos obligadas a hacer horas extras para poder alimentarlos. Las que, como ya no somos "tan aptas", no tenemos ningún amigo que nos avise por teléfono cuando van a venir de redada». Las putas que protestaron por la muerte de María Isabel eran mayores en 1977 y, ahora, están muertas.

No es la única dificultad a la que me he tenido que enfrentar. No solo faltan las fuentes orales más importantes —las prostitutas— sino que he tenido que reconstruir la vida de María Isabel, sobre todo, a través de voces de hombres y documentos institucionales. Ni una cosa ni la otra está libre de pecado patriarcal. No puedo confiar en la información que las instituciones franquistas dejaron por escrito, pero tampoco me acabo de fiar de todos los tipos que se han sentado a hablarme de sus años mozos. A los más fanfarrones les he pillado rápido, pero seguro que otros se me han colado. Todos han sido muy amables y han respondido a mis preguntas sin poner freno a ninguna de ellas. Algunos sé que han disfrutado alardeando de sus años más salvajes, pero también sé que para otros ha sido difícil revivir una época de la que no están orgullosos ahora.

Lo más difícil, sin embargo, ha sido tratar de entender —si es que puede entenderse— cuál era exactamente la situación psiquiátrica de María Isabel. No me han convencido ni las explicaciones que me han dado sus familiares, ni las que he

encontrado en los documentos para poder afirmar o desmentir que María Isabel pudiera tener algún tipo de dolor psíquico. Lo que sí sé es que estuvo ingresada en varias ocasiones y que le aterraba la idea de volver a ser psiquiatrizada. Aquí, al margen de compartir las declaraciones de personas de su entorno o de transcribir la información que aparece en algunos documentos, parto de una única premisa: María Isabel sufrió y ante su sufrimiento reaccionó de maneras socialmente difíciles de aceptar. No me importan sus diagnósticos oficiales, me importan sus gritos de auxilio.

La indefensa mujer que intuí en los primeros recortes acaba por convertirse en una mujerona desafiante, que me mira desde la estantería de mi salón. A veces encuentro piedad en sus ojos y me animo entonces a sentarme un rato a escribir; otros días siento su mirada farruca sobre mi cuerpo y fantaseo con dejarlo. Creo que ella trae todas las tormentas para pedirme que deje de escribir este libro y que me regala cada sol inesperado para rogarme que siga adelante.

Todavía no le he llevado ninguna flor a la fosa común en la que descansan sus huesos. Ese será el punto final de este libro.

LOS DOLORES INSOPORTABLES DE MANUEL

Los primeros trazos de María Isabel los busco en Astillero. Era un sitio solemne. La alta burguesía madrileña acudía a veranear a la calle Lepanto, que en el pueblo llamaban «la de los hoteles». Aún pueden encontrarse algunas de esas viviendas, aquejadas por el paso del tiempo y el desdén por el patrimonio. Es un pueblo normal y corriente, pero este municipio no puede entenderse sin el mar Cantábrico. Puro norte, palabras frías y rostros hoscos.

Movimientos lentos.

El chirriar de la madera incluso sobre el asfalto. Un silencio que no corresponde a cómo mueven los labios. Un pueblo que parece estar en *mute*, aunque parte del vecindario se queje en el grupo de Facebook del ruido de los petardos en San José. Desde Astillero se ve Santander, pero de lejos. No hay playa ni grandes paseos señoriales; las únicas magdalenas aquí son pequeñas y te las regalan con el café. De mala gana. Cae la bruma y no se puede asegurar que todo seguirá en su sitio cuando vuelva a salir el sol. Nadie sabe nada, pero siempre hay alguien que tiene algo que decir. Las palabras se murmullan con contundencia y todas las sentencias se sellan en firme. Las grandes verdades se dictan con una condición: que no sean escritas, que nadie se entere de quién te lo ha contado.

He pasado por Astillero buscando evidencias de María Isabel una decena de veces. He encontrado algunas respuestas, pero, sobre todo, me he sentado a escuchar grandes mentiras sobre una familia que hace mucho que ya no vive allí. Resulta sorprendente comprobar cómo todavía hoy, la pecaminosa vida de Eugenia es demasiado transgresora para ser olvidada. Me cuentan infinidad de anécdotas, que alguien les contó alguna vez; historias que parten de alguna verdad, pero acaban convertidas en viejos estigmas. No tendrán aquí ningún protagonismo las personas que han tratado de convencerme de lo mala malísima que era Eugenia, ni las que aún hoy parecen mosqueadas por su belleza, por su libertad, por la facilidad con la que cerraba bares y se abría de piernas. Guardo con

cariño los nombres de quienes han buceado conmigo en sus archivos y en sus memorias para devolver la dignidad a una familia que lo perdió todo.

En el barrio de La Churruca, una zona con mucha solera de Astillero, la de Eugenia y Manuel era una familia muy conocida. De esa gente de toda la vida, que da que hablar, que pareciera que tiene mucho que esconder, aunque todo lo proclamen a los cuatro vientos. La pequeña casa en la que vivían era una construcción de una sola planta, longitudinal, con cubierta a dos aguas de teja. Una vivienda escandalosamente pobre, de esas que se construían cuando no existían los planes urbanísticos en ningún municipio. La vivienda de la familia ya no está en pie, aunque hay dos prácticamente idénticas que han resistido con muy poca fortuna al paso de los años. En ellas, la humedad es evidente y sorprende que la fachada principal —si es que se puede llamar fachada principal a la entrada a un hogar tan humilde— está recubierta de tejas. Debía golpear fuerte la lluvia en esa zona. Algunas casas, en cambio, han resistido los envites mucho mejor que sus moradores.

De La Churruca también eran «los Panaderos», la extensísima familia de Jesusín. Tenía dieciséis hijos, que todos le atribuyen a él sin que nadie reconozca que la que los parió tenía también algún mérito. Uno de ellos, Tiburcio, era un tipo muy conocido. Era tan popular que en 1947, el día de su cumpleaños, prepararon un festín en homenaje a él al que estaba invitado todo el pueblo. Adornaron su carro de trabajo y el hombre se paseó por Astillero. Aquello se convirtió en todo un acontecimiento que estuvo celebrándose hasta 1962. Hace unos años que han recuperado la fiesta y en el pueblo presumen del evento. Quizá la gente más joven crea que Tiburcio era el típico santo, y debía serlo, pero ninguna Iglesia ha reconocido, de momento, sus hazañas. Debía cantar el hombre de bar en bar.

María Isabel celebró San Tiburcio en al menos una ocasión. Una foto borrosa lo corrobora. Su pelo, corto. La sonrisa, inmóvil. Estaría por ahí con sus amigas, esas que hoy apenas se acuerdan de ella. Divertida y abierta, siempre fue muy popular. Las niñas del barrio corrían de aquí para allá y acababan, siempre que podían, en la tienda que la abuela de una de ellas tenía en la plaza. La mujer vendía de todo: comida, sombreros y bolsos. Era una vieja muy

amable y cuando tenía tiempo las llevaba a todas a jugar a Socabarga, un municipio rural colindante. Quizá María Isabel aprovechaba entonces para visitar a su abuela, que vivía también allí en una pequeña cabaña de la que hoy apenas quedan cuatro piedras escondidas entre la hierba. Concha, la güelita, hacía un café exquisito de puchero. Era la madre de Manuel.

En la zona todavía se acuerdan de ellos. Manolo y su mujer —que hace muy bien de mujer de Manolo y no me dice su nombre aunque se lo pregunto un par de veces— llevan allí toda la vida. Me cuentan que la güelita Concha trabajó siempre en el taller de Astillero, que tenía vacas y vivía como podía: «Una familia correctísima. Aquí todos los problemas han venido cuando el hijo se casó con la de Astillero. Ellos podían ser un poco raros al hablar, un poco cerrados, pero correctos».

Todas las personas que recuerdan a Manuel, le recuerdan enfermo, pálido y delgado. En las pocas imágenes que se conservan aparece un apuesto y enclenque caballero; serio y recto, firme. Así le describe también Eugenia, que le nombra siempre antes o después de un profundo y sonoro suspiro. Juntos tuvieron cuatro hijos. Ella se ríe diciendo que era muy facilona y que a él no se le daba bien retirarse a tiempo. Ningún periódico recogió sus dichas, pero luego han sido cientos los que han escrito sobre sus desgracias. Tras el nacimiento de María Isabel, la primogénita, llegaron Manuel, conocido como Lolo; María del Carmen y Pedro, Pedrito. La favorita de papá siempre fue María del Carmen, una pequeña y risueña niña de la que su familia solo conserva una foto en la que aparece muerta. Ella también tenía devoción por su padre. Esperaba atenta a que abriese la puerta y, al ritmo de las llaves, le llevaba las zapatillas de estar en casa. Las calentaba previamente al fuego para que estuviesen cálidas. Manuel se derretía con su pequeña aún con los pies fríos, que se abrazaba a él con insistencia y nunca salía a la calle si su padre estaba en casa. Volvía siempre cansado de trabajar. Aquejado por dolencias que nadie parecía saber curar, el trabajo en la fábrica Nueva Montaña Quijano estaba por encima de sus posibilidades, pero no había otra opción. Trabajó en la fundición, en los trenes de laminación, con las grúas. Trabajó y trabajó.

No es que todo fuera bien en la familia de Manuel y Eugenia, pero todo fue a peor. Un domingo, el 15 de abril de 1962, Eugenia

aprovechó para ir a comprarle leche a Socorro. Agarró, como siempre, los calderos y se llevó con ella a María del Carmen, que entonces apenas tenía cuatro añitos. De vuelta a casa, cargada de leche, la niña se soltó de la mano de su madre y cruzó sin mirar la carretera. El golpazo fue mortal, aunque tardó unas horas en morir. A partir de entonces, el llanto inundó a su familia. Eugenia recuerda haber pegado una buena paliza al conductor del coche que atropelló a su hija. El hombre trabajaba en un banco. Lo del banco es verdad, pero lo de la zurra parece poco probable. Necesita relatarse como la madre coraje que no ha sido nunca. En la esquela que publicaron en el periódico, sus apenados padres aparecían acompañados por la abuela paterna, la güelita Concha; sus hijos, primos, tíos y demás familia. Pedían compañía para la conducción del cadáver desde la casa mortuoria al cementerio de Astillero. Llevarían muchas flores hasta que en 2009 la familia perdió los derechos funerarios y la titularidad de la concesión en el cementerio municipal. A María Isabel, claro, le afectó mucho la muerte de su hermana, pero era una niña. Entre juegos, risas y carreras por el pueblo, tanto ella como sus hermanos superaron aquel duelo sin saber que pronto vendrían otros.

En 1965, la familia dejó el barrio de La Churruca para mudarse a Santa Ana, un complejo de viviendas de protección oficial muy cerca de la Academia Puente. Allí María Isabel comenzó a estudiar los cuatro cursos que se ofrecían de Técnica de Comercio. Un tal Gumersindo Puente fundó la institución en Santander y en 1950 abrió una delegación en Astillero. El colegio cambió de ubicación varias veces hasta que se inauguró en la avenida España, a treinta metros de la parada final del trolebús y a ciento sesenta metros del nuevo domicilio de la familia. Eugenia trabajaba entonces limpiando la sucursal de un banco porque su marido apenas podía ya mantenerse con vida. Tenía fuertes dolores de espalda y problemas de corazón. Estaba deslomado.

Elena era una de las mejores amigas de María Isabel, pero parece que no quiere acordarse mucho de ella. Puede que la recuerde con cariño, pero cuesta detectarlo cuando habla. Tuve que asaltarla por la calle para que me contara lo que ya sabía: que era una niña normal y corriente, que jugaba y se divertía; que hacía el gamberro. Eran muy amigas de crías, pero se pegaban siempre que

tenían ocasión. Las dos eran malas en los estudios y muy buenas en el manejo de las relaciones sociales. Elena sigue siéndolo. Ya no vive en Astillero, pero es incapaz de andar unos metros por el pueblo sin saludar a dos o tres vecinas. La reconozco porque dice «adeu» y alguien me había dicho ya que vivía en Barcelona. Me acerco y habla, habla, habla, pero no me dice gran cosa. Insiste en que todo cambió cuando se mudaron de barrio poco antes de que muriera su padre: «Solo estuve una vez en la casa nueva. Teníamos que estar calladas porque decía que su madre estaba durmiendo porque había trabajado de noche». Al acabar el colegio, ella empezó a currar en un supermercado y perdió de vista a María Isabel. Volvió a tener noticias de ella a través del periódico y de los rumores del pueblo, que la recuerdan con pudor y morbo. No he conseguido volver a hablar con Elena.

Un jueves, el 22 de febrero de 1966, a las nueve de la mañana, Manuel falleció en casa de una doble lesión mitral. No le dio tiempo a leer en el periódico que John Glenn había logrado orbitar la tierra en la Friendship 7, la nave de la misión Mercury Atlas 6. Estados Unidos se marcaba un tanto en la carrera espacial mientras Eugenia lloraba su desgracia ante la atenta mirada de su vecindario. Siempre estuvieron muy entretenidos chismorreando.

El portal en el que vivía la familia era el último de una calle peatonal sin salida, a la que solo podía accederse por un extremo y tras subir unas escaleras. El coche fúnebre no podía acceder hasta allí y, según recuerda una vecina, se tuvo que apañar una rampa para que pudieran recoger el cadáver de Manuel. No he podido comprobar que sea cierto, pero me gusta. Me gusta pensar que la familia de Eugenia y Manuel siempre ha dejado huella, en el territorio, en los recuerdos, en los periódicos, en los bares, en la cárcel, en todas las calles que han pisado siempre con firmeza. Esa firmeza con la que caminan quienes no tienen nada que perder, ni que ganar, ni que ofrecer. Esa firmeza con la que sobreviven esos a los que se les ha despojado de todo.

La familia de Eugenia no lloró mucho la muerte de Manuel porque nunca le tuvieron la devoción que hoy parece profesarle su mujer: «No les gustaba Manuel porque para mí querían un príncipe», dice. Guapo era, pero no tenía ni un pelo de aristócrata. Un día de mucho calor, apremiada por la urgencia, Eugenia quiso

poner a prueba la fidelidad de su familia. Se acercó a casa de su madre a pedir dinero para que su marido pudiera comprarse unos zapatos. «No», contestó impasible. Manuel fue a trabajar aquel día con katiuskas, esas botas de plástico, que te resguardan del agua, pero te cuecen los pies en verano. Era el único calzado que no tenía roto. Todavía hoy, Pedro, el único de los hermanos que queda vivo, recuerda también la anécdota de las botas de goma.

Poco después de que muriera Manuel, Eugenia decidió vender su casa y marcharse a Santander. Ella dice que un amigo suyo, constructor, le ofreció una casa con muy buenas condiciones en una zona relativamente buena de la ciudad. Agarró al pequeño Pedro, a Manuel y a María Isabel para empezar una nueva vida en la capital cántabra.

En aquella época, cuenta, conoció a Revilla.

ESTA VIDA ES PARA MERECER OTRA

Pedro es el único miembro de la familia de María Isabel con el que tengo relación y escribo con cierto miedo. No quiero decepcionarle. Sé, no puede ser de otra manera, que no le van a gustar algunas de las cosas que cuento, aunque me haya dicho otras mucho peores. He filtrado desgracias y he maquillado algunas tragedias que no afectaban directamente a María Isabel. Están narradas, con toda la crudeza, todas las que sí tienen que ver con ella. Los demás no me importan aunque cada uno de ellos podría protagonizar cualquier *thriller*. Estoy casi segura de que Pedro no leerá este libro, pero ha puesto todo el amor que le cabe en el pecho para que salga adelante. Estoy agradecida —y, joder, te quiero, Pedro—, pero no escribo para él. No estoy contando su historia, sino tratando de entrelazar muchas para entender un poco a María Isabel. No escribo para honrar la memoria de su familia, escribo en contra de la historia y del periodismo.

El día que me llamó por primera vez grité en silencio su nombre con el mismo entusiasmo que puso Penélope Cruz al nombrar a Almodóvar en aquella gala de los Óscar: ¡Peeeeeedro! Por fin, Pedro. Un par de días después, cogí un Blablacar y me planté en Xixón.

Me visto de cualquier manera. Me pongo las gafas, vaqueros, sudadera, algún abrigo un poco hortera y zapatillas. En realidad, no sé qué llevaba exactamente ese día, pero esa descripción me sirve para prácticamente cualquiera. Dormía en un hotel bastante desagradable; un edificio céntrico, con muchísimas plantas y habitaciones desangeladas. Las colchas, ásperas y feísimas; la tele colgada en la pared de gotelé sobre el típico brazo giratorio. Dos camas pequeñas, una mesa de broma, de esas que te golpean en las rodillas si te sientas. El lugar tenía pinta de ser el típico hotel al que llegan viajes del Imserso, pero aquellos días estaba prácticamente vacío. Empecé a sentirme mal. «¿Lo tengo todo? Sí, coño, corre,

venga» o algo así debí pensar antes de agarrar el ascensor con un hombre de unos cincuenta años. No me fijé mucho más en él. Empecé a sentirme un poco peor. «No aguanto, no aguanto», rumié. Efectivamente: sorpresa. Vomité. Es más: vomité sobre los zapatos del amable huésped. No dijo ni mu más allá de un tímido: «No te preocupes. No te preocupes». Previo paso por el servicio, cogí un taxi.

Cambié mi propuesta de tila por una caña en cuanto tuve delante a Pedro. Él ya estaba en el bar charlando con la camarera. Me imagino que le contaría que una muchacha de Bilbao quería entrevistarlo para hablar de su hermana. Nunca le había hablado de ella hasta este sábado de septiembre, que podría ser junio y tenía más pinta de martes.

Pedro habla sin miedo de su hermana. Entre él y yo, los únicos miedos son los míos: miedo a que se me derrame la birra, a que se enfade, a traspasar alguna barrera que aún no conozco, a hacerle daño, a obligarle a recordar escenas de su vida que intuyo que deben dolerle mucho. Es un hombre muy sentido. El pequeño de una familia en la que todo les ha ido más bien mal y, a pesar de los esfuerzos que él mismo hace, resulta difícil que recuerde buenos momentos de su infancia.

Siempre que nos hemos visto me habla de él sentado sobre las rodillas de su padre comiendo una ensalada. Quién sabe si al hombre le gustaba cenar lechuga a diario o si la memoria de Pedro ha distorsionado el cariño que recibió de su padre una noche excepcional. Lo que tiene clarísimo es que era un hombre muy muy firme. Un día pilló fumando a Lolo y se lio la de san Dios. Le obligó a fumar dos paquetes de Celtas y dos puros: «Mi padre era muy rígido. Agua a sopa, sal si está sosa». No acabo de entender lo que quiere decir con esa expresión, pero resulta tan convincente que prefiero apuntar y callar. Manuel —«papá»— sufrió mucho con la muerte de su hija pequeña y con las fechorías de Lolo, que no paraba de liarla. Pedro solo tenía un añito cuando murió su hermana y cinco cuando falleció su padre. Todo lo que recuerda de ambos parece más fruto de la memoria colectiva de su familia que de sus propios recuerdos.

Me mira con descaro y cariño. Nos reímos de muchas anécdotas, me la juego con algunas preguntas, insisto, con cuidado, en algunos

dolores y él no me pone ningún límite. Sé también que no tendría problema en mentirme: «Tú pregunta lo que quieras, que te contestaré lo que me dé la gana». Es difícil discernir entre qué es cierto y qué no. Algunos de los datos que yo traigo contradicen su relato y a él le cuesta bajarse del burro. «Tenía diez años cuando murió mi hermana [en 1977]. Yo nací en 1961». No dan las cuentas, pero insiste. Es persistente y muy buen orador, con esa jerga que se aprende en la vida y no reconoce la RAE.

Él también tiene algo que preguntarme:

—¿Fumas porros?

—Muy de vez en cuando. Me dan paranoia.

A él le pasa lo mismo y charlamos entonces de los beneficios de fumar en casa. Jubilado muy joven, ha sido un currela del hachís. Ambos estamos cada vez más tranquilos y, aunque él me tiene completamente ensimismada, no dejo de pensar en las fotos de María Isabel que prometió enseñarme cuando hablamos por teléfono. Me pide disculpas por no invitarme a subir a su casa, pero ni limpia ni hace la cama desde que murió su mujer. La llamaban Cachito, y a él se le cae la baba cuando me habla de ella. Me gano su confianza, creo, y entonces él, por fin, sube a su casa. Le espero fumando un cigarro en la puerta, pillando al aire conversaciones ajenas, tomando notas. Me tiende su mano y agarro con firmeza el retrato de María Isabel, de mi María Isabel. No se parece en nada a cómo me la había imaginado y, sin embargo, al verla todo tiene sentido: «Ya sabía yo que te *prestaría* verlas».

Tiene otra pregunta para mí:

—¿No me ves más delgado?

Pero nunca antes nos habíamos visto y no sé qué responder.

Está delgado, muy delgado. No parece gozar de buena salud y su cuerpo es grito de una vida de mierda. Yo quisiera quedarme con él durante horas y horas, pero él se vuelve parco en palabras y muy generoso en sonrisas. «Esos dientes no son de verdad, Pedro, y probablemente tampoco lo sean esas sonrisas», pienso. Es imposible intuir de qué color tuvo el pelo antes de las canas. Lleva un rollito surfero en la ropa, pantalones cortos y mocasines marrones de piel, sin calcetines. Se agacha en alguna ocasión para sacudirse los zapatos. Llegamos paseando hasta la playa. Luce el barrio, de esos pocos barrios que desembocan en el mar, lleno de comercios, de

gente que se saluda aunque se encuentren veinte veces al día. Él también nació cerca de las olas y ahora sueña con un comercio de flamenco; dice que no tiene amigos, pero en el barrio le tratan como si fuera popular. La memoria le juega varias malas pasadas. Me cuenta que estuvo treinta y dos días en coma después de tratar de suicidarse consumiendo heroína y, claro, eso no ayuda. La farlopa y los porros tampoco tienen precisamente las mismas propiedades que el *ginseng*.

Desde que nos conocimos hablamos mucho por WhatsApp y nos hemos vuelto a encontrar en alguna ocasión. Es un tipo muy cariñoso y nadie —nadie excepto nosotros— cree tan profundamente en la importancia de este libro. Me pueden su dulzura, su acento *asturianu*, sus aires de quinqui y sus ojos emocionados al hablar de todas las muertes que ha llorado ya. Me dice que algún día quiere venir a Bilbao, que daremos una vuelta y echaremos unos tragos por aquí. Los dos sabemos que no va a pasar, pero seguimos jugando a imaginarnos cómo sería una tarde juntos. Podríamos visitar los bares en los que trabajó su hermana, las decenas de casas en las que dijo alguna vez que había vivido a la policía; podríamos hacer juntos el recorrido de las manifestaciones, ver el puente al que se encadenaron por ella, visitar el hospital al que llegó su cadáver calcinado, el mismo en el que nació su hijo.

—¿A la presentación del libro vendrás?

—No tendré que hablar allí ni nada, ¿no? Eso me da mucha vergüenza.

Si se animase a hablar sé que contaría que su hermana era una tragona. Me lo ha dicho decenas de veces. Él, tan raquítico y ella, de buen comer: «El biberón que tenía que darme se lo zampaba ella. ¡Menuda cabrona! Era una tragona de mucho *cuidau*». Lo dice con una media sonrisa, pero su hermana mayor, una tipa divertida y alegre, murió quemada con veintitrés años en la cárcel. La realidad ahoga todas las posibles carcajadas, pero acaba por sonreír mientras insiste: «Era encantadora, de verdad. Una persona maravillosa».

Machaco a preguntas a Pedro y él va contándome algunas anécdotas. El método de verificación es el siguiente: ¿me lo ha repetido más de una vez? ¿Ha sido en conversaciones distintas? ¿Hay alguna evidencia de que pueda ser efectivamente así? Si las tres respuestas son afirmativas, lo doy por relativamente bueno. Me

cuenta un par de veces —en conversaciones distintas— que estuvo con su hermana en el Cine Cervantes viendo *Tarzán* o «algo de vaqueros». Check. Check. El cine existió. Check. Las butacas estaban forradas de tela granate; los domingos había sesión matinal y los martes, las mujeres pagaban algo menos. El detalle de *Tarzán* o «algo de vaqueros» resulta difícil de comprobar, pero el lugar debía ser una gozada. En *El Diario Montañés* —el periódico por excedencia de Cantabria— el articulista Juan Calzada parece que se emociona al recordarlo: «Yo también soy carne de matiné del Cine Cervantes, esa sala que estaba en la esquina de Miguel Artigas con Cervantes. Lo recuerdo mucho, pero no solo por las matinés y los reestrenos. Cuando empecé a trabajar allí, por el año 1974, había un operador de cabina, Apelio, al que yo consideraba un artista. Tenía algo que ver con el Alfredo de *Cinema Paradiso* no solo por su amor al cine, también porque hacía maravillas con infames copias de pésima calidad con cientos de pases por cines de estreno. Empalmaba, cortaba… y todo con una máquina de proyección de arco voltaico en la que aprovechaba hasta el límite los carbones de la linterna. Verle era un verdadero espectáculo». Puede que Pedro, por qué no, estuviera algún día por allí de la mano de su hermana. Luego, claro, creció y empezó a encontrarse con ella en otros ambientes santanderinos. Al chaval no le quedó otra que espabilar y dice que con doce años, aprovechando que tenía algo de sombra en el bigote, empezó a colarse en algunas discotecas de la ciudad. El Pistón estaba en los bajos del Cine Cervantes y la Caracol fue la discoteca de moda en los años setenta. Estaba en la calle Guevara. «El portero se llamaba Toca. Era cojo y gordo», recuerda sorprendentemente Pedro.

—¿Solía estar por ahí tu hermana?

—Sí, bailando sola. A su rollo.

Me dice también que le gustaba escuchar a Triana. De ser cierto, María Isabel estaba muy atenta a las novedades musicales. Publicaron su primer disco en abril de 1975, que apenas tuvo éxito, y no fue hasta que editaron *Hijos del agobio*, a partir de febrero de 1977, cuando tuvieron eco a nivel estatal. Nunca escuchó «Tu frialdad», probablemente el tema más importante de la banda, que se publicó tres años después de su muerte. Yo quisiera saber si su alma es igual a la de cualquier mujer, pero tengo que conformarme

con lo que me cuentan. Pedro, por ejemplo, dice que no tenía más intereses que buscarse la vida, que era una tía muy risueña hasta que se le cruzaba el cable y «entonces se jodió». A veces se ponía agresiva y era complicado acompañarla en su dolor: «Le tenían más miedo que al cólera». Parece que se arrepiente de decir eso y vuelve a repetirme: «Era maravillosa».

Lo sé, Pedro.

Las pistas sobre los ingresos psiquiátricos de María Isabel han sido las más difíciles de seguir y apenas cuento con referencias secundarias en otros documentos que no acaban de explicarme con exactitud cuál era su situación. Pedro tampoco puede ayudarme mucho. Recuerda algunas anécdotas. No sabe qué pasó exactamente aquel día, pero tiene grabado a fuego ese dolor. Estaba tranquilamente en casa cuando Lolo llegó acompañado y con ganas de juerga. Esa noche, no sabemos cómo, María Isabel apareció desnuda en la playa. Un parte policial, sin fecha, lo corrobora. Pedro dice que ya no era verano. Dice que Lolo ya estaba casado y que ella tendría unos dieciocho o diecinueve años. Deduzco que podría ser septiembre u octubre de 1972. Apareció completamente desnuda en la segunda playa del Sardinero. Había arrojado su ropa al agua y la policía no pudo reducirla porque se defendió con patadas y mordiscos. Llamaron al hospital, pero no tenían personal disponible para ir a recogerla.

Pedro recuerda otra situación terrible: «No me lo perdonaré en la puta vida». Estaban en casa. No sabe quién andaba por ahí exactamente, pero María Isabel se encerró, fuera de sí, en la cocina. No sabe cuál fue el detonante, pero debía estar muy alterada. Avisaron al servicio psiquiátrico del Hospital de Valdecilla, el más grande de la ciudad. La situación era compleja, así que enviaron una ambulancia, pero ella no estaba dispuesta a dejarse atrapar. Pedro seguía por ahí y alguien decidió entonces que era buena idea que fuera él quien la engañase para que abriera la puerta. Se acercó a pedirle que saliera, probablemente prometiendo que no le pasaría nada y, ante la voz de su hermano más pequeño, abrió. En ese momento, los sanitarios la retuvieron para ser trasladada. Pedro, que no recuerda desde cuándo tenía su hermana un diagnóstico psiquiátrico, todavía no se perdona haberla traicionado. «Esta vida es para merecer otra», me dice, y sonríe cuando me ve apuntarlo.

Aquel día la ingresaron en «el Veinte», el nombre con el que se conoce popularmente al pabellón de psiquiatría del Hospital de Valdecilla. No estuvo mucho tiempo.

María Isabel acabó, poco después, en manos de las Hermanas Oblatas del Santísimo Redentor. Todavía no han modificado su lema: «Somos mujeres especialmente sensibles al dolor de otras mujeres». Son viejas conocidas en Santander. Ellas fueron las encargadas de gestionar la prisión de mujeres tras la caída de la ciudad en manos del bando nacional. La cárcel, que estaba en lo que hoy es el barrio de Juan XXIII, desapareció en los años cincuenta. A partir de entonces, se encargaron de «acoger» a menores. Una de ellas, María Isabel. Pedro recuerda que le cortaban el pelo al cero y que ella lo pasaba fatal: «No quería salir porque le daba una vergüenza que se moría, la pobre. Me acuerdo de que se ponía un gorro de lana en verano. Terrible».

Ella era una tía muy coqueta. Le gustaba verse guapa y comprar ropa: «Podía comprar en una tienda cara o en una de segunda mano. Yo también compro en esas tiendas. Hay cosas nuevas, nuevas nuevas, y pagas cinco euros. He comprado dos trajes nuevos, para estrenar, por diez euros, de Emidio Tucci. A mí no me da vergüenza entrar a un sitio de esos y comprarlo. ¿Qué voy a comprar por ciento y pico algo que puedo comprar por cinco? De eso nada». ¡Qué tendrán los viejos quinquis con esa marca!

Una noche soñé que Pedro se moría, que se marchaba sin poder decirle que no me importa que exagere algunas cosas, que nunca me enfadaría aunque tuviera que esperarle durante horas en su portal; soñé que sus hijos me gritaban que todo era mi culpa, que le había llevado de vuelta al infierno y había ardido entre los recuerdos de su hermana.

Me tranquilizan sus mensajes.

—Andrea, soy Pedro, ¿te acuerdas de mí? ¿Pensabas que me había muerto? Pues no, aquí estoy.

Creo que no sabe que he conocido a su madre.

A ti también te quiero, Pedro.

Es inevitable.

UNA CÁRCEL PARA DESCARRIADAS

El 16 de febrero de 1970, Eugenia mintió. Era lunes. Probablemente mintiera también el 15 de febrero y, por qué no, también el 17. La gente miente, pero la Genia lo hace con mucha gracia. A las ocho menos cuarto de la noche llegó a la comisaría de la policía de Santander para denunciar la desaparición de sus dos hijos mayores. Ni Lolo ni María Isabel habían aparecido por casa en todo el día.

—¿Es la primera vez que desaparecen?

—Manolo ya se escapó otra vez y apareció en una pensión en la calle San Pedro.

—¿Cómo son físicamente?

—Los dos tienen el pelo corto, al rape y rudimentariamente, que yo misma se lo he cortado como castigo. Él mide 1.75, es moreno, delgado, llevaba un jersey azul o beis, no lo sé, pantalones verdes a cuadros. Ella también es alta, pecosa, tiene los ojos verdes y llevaba un pantalón beis y un jersey marrón de cuello vuelto.

—Muy bien, señora, les buscaremos.

—Yo no pienso hacerme cargo de ningún gasto.

—¿A qué se dedica usted, señora?

—Soy modista.

Esa es la gran mentira de Eugenia, aunque, quién sabe, puede que se maneje bien con el punto. No sé de qué manera abandonó la comisaría, ni a qué hora, pero es probable que saliera de allí altiva, estirando mucho el cuello para evitar que le salgan arrugas; agarrada a un bolso con pinta de caro, adornada con alguna pieza de joyería buena y muchas baratijas sugerentes. Qué bien se mueve la tía en la confusión.

María Isabel volvió al día siguiente a casa. Manolo tardó en aparecer algún día más. Era un liante de puta madre. Ha muerto, pero la estela de su figura sigue presente hoy en Santander y son muchos los que le recuerdan como «Lolo, el hijo puta». Las anécdotas en torno a su persona se suceden en cuanto se pronuncia su nombre: el día que se limpió el morro con billetes de no sé

cuántas pesetas en un bar después de comer rabas; aquel día que le detuvieron en un chalet cargado de heroína; alguna que otra persecución de la policía; una recortada en el paraguas; su exmujer, y la otra, y la otra; las máquinas tragaperras; el día que le encalomó una pistola a su madre. Siempre fue así: rebelde e irreverente. Dicen que era muy elegante y extrovertido. Solo tenía doce años cuando se aprobó incluirle en el padrón de beneficencia de Santander. Desde entonces, todo son chascarrillos, internados y cárceles. Una trayectoria muy similar a la que llevó su hermana.

No he sido capaz de saber cómo ni por qué María Isabel pasó a estar bajo la tutela del Patronato de Protección a la Mujer, una institución franquista que dependía del Ministerio de Justicia. En realidad, tenía muchas papeletas. Podías acabar bajo su custodia si habías sido denunciada o detenida por alguna autoridad, si así lo decretaba el Tribunal de Menores, si lo proponías tú o tu familia, si algún vecino te denunciaba por llevar una *vida alegre*, si querían deshacerse de ti, si te escapabas de casa, si ejercías la prostitución, si te gustaba otra mujer, si bebías o te drogabas, si eras libre o si estabas loca. Fundado en 1941, el Patronato tenía como objetivo «la dignificación moral de la mujer, especialmente de las jóvenes, para impedir su explotación, apartarlas del vicio y educarlas con arreglo a las enseñanzas de la Religión Católica». Buscaban «redimir» a las «mujeres caídas y a las que están a punto de caer». Dicho así suena rancio, pero era mucho más terrible que eso.

La organización tenía una estructura piramidal, con una junta nacional y juntas provinciales. En algunos territorios encontramos también organizaciones locales. Los centros estaban en manos de distintas órdenes religiosas: las Oblatas, las Adoratrices, las Terciarias Capuchinas, las Cruzadas Evangélicas, las Trinitarias, las de María Ianua Coeli o el Buen Pastor. Carmen Polo era la presidenta de honor de una institución muy violenta, que tuvo condenadas a miles de mujeres hasta su completa desaparición en 1985.

Alto.

Un segundo.

Hasta 1985.

Entre sus funciones se encontraba también la de desarrollar distintas publicaciones, que llamaban boletines, en las que daban

buena cuenta de la falta de moral de una población que había sido viciada por el gen rojo.

La instauración de un Patronato de Protección a la Mujer no es, sin embargo, una innovación franquista. En el Estado español habían existido antes instituciones similares al menos en cuanto a los objetivos formales. Entre 1902 y 1931 funcionó el Real Patronato para la Represión de la Trata de Blancas, que, con más de cincuenta centros repartidos por todo el país, impuso un férreo control moral con el objetivo de evitar la explotación sexual de las mujeres. En 1931, la República constituyó el Patronato de Protección a la Mujer, que heredó y amplió los objetivos del anterior aunque, apenas cuatro años más tarde, sus funciones fueron asumidas por el Consejo Superior de Protección de Menores. Luego, llegó la guerra.

El 7 de abril de 1970, María Isabel ingresó en el «internado» de la Obra Social Santa María, en la población salmantina de Santa Marta de Tormes. Llegaba protegida por la Junta de Santander a un centro que gestionaba la Cruzada Evangélica, una orden secular católica. De su paso por la provincia castellana se conserva algo de información. En Cantabria, donde estuvo también tutelada por el Patronato, nadie tiene ni idea de dónde puede estar «eso». El oscurantismo sigue siendo hoy, años después de su desaparición, una de las principales características de esta organización. En 1996, unas inundaciones en el Archivo Central del Departamento del Ministerio de Seguridad Social destruyeron parte del archivo principal. La poca documentación que existe hoy apareció, parte abandonada en un antiguo despacho del Patronato en Madrid, y parte en la basura.

Es una institución muy opaca y resulta muy complicado saber cómo funcionaba en cada territorio. Lo explica en detalle —tan en detalle que a veces resulta insoportable— Consuelo García del Cid, autora de los primeros libros que se han escrito sobre el tema: *Ruega por nosotras* y *Las desterradas hijas de Eva*. Antes de ponerse a escribir, dice, solo encontró una «laguna documental y desierto informativo». Al menos en Madrid, las muchachas se estrenaban en el Centro de Observación y Clasificación. Ahí permanecían algo menos de un mes sin hacer absolutamente nada. «Se realizaba un examen ginecológico en el que quedaba catalogada

como “completa” la que era virgen, e “incompleta” la que no lo era: hecho determinante para ser conducida a un centro o a otro de mayor disciplina». No hay constancia de que María Isabel pasara ningún examen de ese estilo. La mayoría estaban allí por ser niñas rebeldes y «solo un tanto por ciento muy bajo —aunque no definido — arrastraba causas delictivas. La inmensa mayoría se convertía en víctima de su propia desestructura familiar, pobreza, falta de recursos asistenciales, abandono, incompatibilidad de caracteres con algún miembro de su familia, fugas del domicilio, insumisión o rebeldía en general». A partir de tu desgracia, trabajo, oración y limpieza para expiar tus pecados.

María Isabel llegó a Salamanca de la mano de una «visitadora social», una figura que entonces era relativamente nueva en la institución. Lo habitual hasta los sesenta era que en el Patronato trabajaran «celadoras» que cumplieron fielmente con su rol durante los primeros años de la institución. No tenían por qué ser necesariamente religiosas, pero debían completar una formación de cinco meses en la Escuela de Reeducadoras Madre Sacramento, en Madrid. Debían poder demostrar su apoyo a la causa nacional y, por supuesto, sus sentimientos religiosos. El último examen se hizo en 1953 y, a partir de entonces, se impuso la figura de las visitadoras sociales que, ahora sí, eran mujeres religiosas. Una «sórdida policía femenina disfrazada de funcionariado franquista que vigilaba conductas en la calle y demás lugares públicos, incluidos los tres de largo o corto recorrido, bailes, cines y piscinas», escribe García del Cid.

Ni las «celadoras» ni las «visitadoras sociales» tenían por qué tener ninguna formación específica que sirviera para el desempeño de sus funciones, en teoría, *educadoras*. En septiembre de 1977, la revista *Vindicación Feminista,* la principal publicación feminista de la época, denunciaba la perversidad de esta institución en un reportaje en profundidad que llevaban en portada. El número que recogía las atrocidades del Patronato sufrió una orden de secuestro (en aplicación de la ley de prensa) que no pudo ser ejecutada porque la revista ya estaba repartida. La falta de profesionalidad de las trabajadoras armó gran revuelo a partir de las declaraciones de una de ellas en un centro de Barcelona.

—No hace falta titulación ni conocimientos especiales para

tratar a estas mujeres. Yo conozco mejor que cualquier psiquiatra la psicología de estas niñas. Yo las interrogo, las aconsejo y las medico. Solo en muy contados casos es preciso darles *electroshock* y entonces se requieren los servicios del médico. En las primeras entrevistas con ellas, me entero de su pasado, aunque algunas me mienten y entonces es preciso reconocerlas ginecológicamente. Sobre todo para saber si son o no vírgenes. Para saber si han pecado. Porque hay mucha diferencia en el trato con unas y con otras.

En el reportaje, titulado «Patronato de Protección a la Mujer: fábrica de subnormales», aseguraban que las camas y las paredes estaban «llenas de muñecos, ositos de trapo, leones de peluche, payasos pintarrajeados, de cuentos infantiles, de estampitas de monjas y vírgenes, de rosarios. Las fotografías de artistas, guapos, solo se permiten pegar en el interior de los armarios para que no inciten a los morbosos impulsos de las asiladas, y de paso, para que no ensucien las paredes». Afirmaban que pretendían provocar una regresión a la infancia y que era habitual encontrarse con mujeres que fingían o creían ser niñas. «Imitan el lenguaje infantil, las posturas, las actitudes y los caprichos de adolescentes. Pierden facultades mentales. No se les ha estimulado a estudiar, a pesar de aprender. Su salida al mundo se intenta siempre hacia un matrimonio consagrado. Las más listas han aprendido a coser, a fregar, y como máxima aspiración, a guisar. Las otras, ni eso». María Isabel, en Salamanca, estudió un curso de Asistente Técnico Sanitario (ATS) y algo de peluquería. Es probable que, al menos el curso de ATS, estuviera vinculado al programa Promoción Profesional Obrera (PPO), que estuvo en vigor entre 1964 y 1978.

Algo no me encaja, pero Consuelo García del Cid tiene respuestas a todas las dudas que me surgen sobre el funcionamiento del Patronato.

—¿Era habitual que se estudiase lo que estudió María Isabel?

—Sí, el único tipo de formación que daban eran estos cursos de Promoción Profesional Obrera, que se impartían en centros volantes. Eso quiere decir que los profesores iban a los reformatorios, a las cárceles. Había varios sanitarios, sí. Es más, Eduardo Vela fue mi profesor. Era recibido con honores, y luego nos llevaban a hacer prácticas a clínicas. Entre ellas, la de Vela: la

clínica San Ramón.

El nombre de este hombre está íntimamente ligado al robo de bebés, una de las cuestiones que también denuncian en *Vindicación Feminista* al afirmar que «algunas instituciones del benéfico Patronato reconocen a las que tienen que dar a luz. A los dos meses de un parto realizado a tirones, sin anestesia, sin quirófano, sin médicos, sin comadronas, las madres vuelven a la calle, dejando al niño al cuidado de las *amorosas madres*. Generalmente, no vuelven a saber nada del recién nacido».

Era habitual que las mujeres y las niñas que estaban bajo la custodia del Patronato de la Mujer fuesen «trasladadas entre provincias para que no echaran raíces en ningún centro». En los *colegios* en los que había *alumnas* en varios pabellones no les dejaban hablar entre ellas y «a la hora del patio, había más monjas que internas» para vigilar con quién charlabas. Consuelo ayudó a escapar a muchas compañeras hasta que se escapó ella también. No fue fácil porque «el sistema estaba montado para que rebelarse fuera muy difícil». Era una lógica militar, de lavado de cerebro, de trabajo, de silencio. Estaba prohibido contar por qué estabas ahí ni podían saber los nombres completos de sus compañeras. «Memorizamos los teléfonos. Te tenían acojonada. Veías cómo se llevaban a una y no volvía». Algunos tenían peor fama: «Del de Baeza decían que no salías». A pesar de los esfuerzos, ella no ha conseguido recopilar ningún testimonio de ese centro para sus trabajos de investigación. Denuncia que las religiosas tenían montado un negocio redondo de «explotación laboral». Contaban con talleres de trabajo: de imprenta, muñequería, de montaje de flores, punto y confección. Todos, claro, con «mano de obra gratuita». Aquello era para *volverse loca*.

Le cuento lo que sé sobre los brotes psicóticos que, en teoría, sufrió María Isabel durante su estancia en Salamanca y duda: «Las internas que no se sometían al régimen de internado eran psiquiatrizadas y conducidas a centros de otras ciudades sin diagnósticos». No es exactamente el caso de María Isabel, pero tampoco es descabellado creer que sus problemas psiquiátricos pudieran verse agravados por la violencia que se ejercía en estos centros. En un artículo publicado en *El País*, en 1977, se aseguraba que «parte de estas chicas presentan importantes perturbaciones

psíquicas, pero, en general, este punto no es tenido en cuenta y muchas son destinadas a los mismos centros en los que se encuentran otras mentalmente sanas». «La mezcla indiscriminada entre unas y otras comporta forzosamente una serie de problemas que alteran la convivencia entre las internas, dificultades que provienen del inadecuado funcionamiento de la institución».

El 8 de julio de 1970, el vicepresidente del Patronato en Salamanca solicitó al sanatorio psiquiátrico de la ciudad que ingresaran de urgencia a María Isabel. Esa mañana había sufrido «un fuerte ataque de enajenación mental» que impedía «de todo punto la continuidad» en el colegio porque estaba «constituyendo un grave y verdadero peligro para sí misma, para el resto de las internas y religiosas del centro». «Desde el primer momento mostró en el colegio plena inadaptación, comprobándose fácilmente que se trata de una chica anormal, fácilmente excitable», aseguran en un informe al que he tenido acceso. Estuvo ingresada «algún tiempo» y a su salida del sanatorio, «un tanto sosegada», dicen que intentaron, con el «adecuado trato», continuar con «la labor de educación». Estuvo ingresada, hasta el 30 de septiembre, en el Hospital Psiquiátrico que se construyó a mediados de 1950 en el Barrio de la Vega y que fue demolido hace unos años. El centro estaba dividido entonces en nueve pabellones independientes, uno de ellos para mujeres. El conserje del edificio declaraba a un periódico local que «había toxicómanos, esquizofrénicos, alcohólicos, personas con síndrome de Down y una zona exclusiva para los que traían de prisión».

María Isabel debía darles mucha guerra y, tras su alta hospitalaria, quisieron deshacerse de ella. Aseguraban que «su labor no tendría fruto» y que no era posible su continuidad en aquel centro, así que avisaron a Eugenia y allí se plantó para recoger a su hija. Volvió a casa y, según se aseguró desde el Patronato, en Santander le dieron la oportunidad de continuar con sus estudios, pero ella quería volver a Salamanca. Y volvió, claro. Una noche tocaron la puerta del centro madre e hija. Estaban «obstinadas en el reingreso de la chica, cosa a la que ante la tozudez de la madre, tuvo que acceder la cruzada mayor». Aquella noche la acogieron «provisionalmente» porque era tarde y Eugenia se puso pesada, vaya. Solo unos días después, el vicepresidente del Patronato de

Protección a la Mujer de Salamanca insistía en una carta en el carácter anormal de María Isabel. Decía el tipo que no tenían ningún centro al que pudiera ser trasladada, así que decidieron, por su cuenta y riesgo, que volvería a Santander acompañada por una visitadora social del Patronato. Problema finiquitado.

El reformatorio en el que estuvo María Isabel hoy es el Centro de Formación Profesional Hernández Vera, en homenaje al fundador del Instituto Secular Cruzada Evangélica, que sigue siendo la congregación encargada de la gestión del centro. La actual directora me atiende por teléfono. Ella solo sabe que funciona desde 1957 y que entonces acogían a mujeres «de los pueblos de alrededor». No sabe nada más, pero me dice que llame a Chari, que ella seguro que me atiende encantada.

A Chari la había llamado ya. Es así como llaman cariñosamente a Rosario Álvarez, la directora del Centro Materno Infantil Ave María, un proyecto que se dedica a apoyar a mujeres que se quedan embarazadas sin pareja ni sostén familiar en el mismo municipio. Ella no tiene tantas ganas de contarme nada. Me responde que es «información privada» cuando le pregunto cuándo se abrió el centro en el que estuvo María Isabel. Me coge el teléfono y queda en dárselo a la directora general de las Cruzadas Evangélicas para que me llame ella. No he vuelto a saber nada.

LA GRANDIOSIDAD DE LA GENIA

Solo tenía una pista para dar con ella: una foto en Facebook en la puerta de algo que parece una residencia. En ella posa sonriente con sus dos hijos. Intuyo que es Asturias por lo que había podido averiguar a través de sus últimas deudas y multas publicadas en el Boletín del Principado. Empiezo a buscar en las residencias de Xixón, la ciudad en la que vive Pedro y en la que ha vivido ella tanto tiempo. Nada. Ni rastro de Eugenia. Envío la foto a todos mis conocidos asturianos: «¿Te suena de algo este sitio?». Nada. Nadie reconoce ese edificio. No pasa nada. Tengo mucha paciencia y en Asturias solo hay 121 centros públicos para personas en situación de dependencia.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio] Vale. Gracias.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio] Vale. Gracias.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio] Vale. Gracias.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio] Vale. Gracias.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio] Vale. Gracias.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio] Vale. Gracias.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio] Vale. Gracias.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio] Vale. Gracias.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio] Vale. Gracias.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio] Vale. Gracias.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio]

Vale. Gracias.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio] Vale. Gracias.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio] Vale. Gracias.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio] Vale. Gracias.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio] Vale. Gracias.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio] Vale. Gracias.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio] Vale. Gracias.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio] Vale. Gracias.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio] Vale. Gracias.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio] Vale. Gracias.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio] Vale. Gracias.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio] Vale. Gracias.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio] Vale. Gracias.

—Buenos días, quería hablar con Eugenia Velasco. [Silencio] Sí. Espero.

A la vigesimocuarta. Ni tan mal.

Me espera con las gafas de sol puestas, sentada en la cama de una residencia que ella cree que es un hotel. Odia estar allí. Odia el olor, las rutinas, la cama, la comida. Trata con cierto desdén a casi todas las empleadas y habla con una calma que no consigo mantener yo. Quiere a toda costa contarme su vida, pero a mí me interesa la de su hija. Rabio en silencio porque no soporto la idea de que María Isabel quede en un segundo plano en su propio libro. Que sí, que entiendo sus ingresos en prisión, su dolor de viuda, sus hazañas en Canarias y en Marruecos, la pistola y los clubs, sí; todo es muy interesante. Puede que, incluso, sea más interesante que lo

que quiero contar yo, pero es su hija la protagonista de esta historia aunque no lo entienda ni su propia madre. Le explico cuál es el proyecto, qué quiero contar y por qué. Parece que le da igual y desembucha prácticamente sin escuchar mis preguntas.

Eugenia no tiene fotos de su familia. Hace años que, en alguna mudanza, perdió sus recuerdos. Las anécdotas se funden con las mentiras porque ha vivido siempre a medias. Saco de la mochila las fotos que he podido recopilar hasta ahora y le tiemblan por primera vez las manos. Las lágrimas se asoman por sus gafas de sol. Hace años que no veía a su hija ni a su marido: «Qué guapa era. Mi niña, qué guapa era», repite incesantemente mientras se lleva al pecho las imágenes.

—¿Puedo quedármelas?

—Claro. Son para ti.

—Gracias, gracias, gracias.

Suena a verdad y eso es mucho decir.

A mí me pueden las prisas y las ansias por saber quién era su hija. Lanzo preguntas al aire y ella las agarra sin prestarme ninguna atención.

—¿A qué jugaba María Isabel?

—A lo que jugaban todas las niñas.

—¿A qué?

—A la comba, a las canicas y a las tabas.

—¿Cómo llevaba el pelo?

—Lo solía llevar corto.

—¿Cómo vestía?

—Como una princesa. Mis hijos iban como príncipes y princesas.

Me dice que María Isabel era muy creyente, que cantaba en el coro de la iglesia y que daba clases de catequesis. No cuadran las fechas, no hay documentos que lo confirmen, ni recuerdo vago de nadie que pueda darle cierta credibilidad a su memoria. Los años y las leyendas pueden con Eugenia.

Todo era demasiado cruel en su familia para la grandiosidad de la Genia. Ella no quiere recordar nada que no suene a gesta. Lo mismo narra entre risas sus años en prisión que reniega de que su madre fuese *renovera*. En el barrio de María Isabel, esa Churruca prácticamente desaparecida de Astillero, eran muchas las mujeres que se dedicaban al contrabando. Caminaban cada día en busca de

bienes que pudieran intercambiar por otros. Traían huevos y legumbres. Mujeres viudas, huérfanas, chicas jóvenes, pobres, que se echaban al hombro lo que encontraban por el pueblo para conseguir llevar a casa todo lo que faltaba. Caminaban, con cestos en la cabeza, en busca de la dignidad mientras muchos de sus maridos se gastaban las perras en la taberna. El marido de Eugenia no iba mucho de bares, pero tampoco pasaba su tiempo libre en misa. Ella dice que era muy elegante, que tenía el pelo rizado, que era muy firme, pero siempre quiso lo mejor para sus hijos. Debía ser muy guapo y un poco putero. Un día, Berto, uno de los carniceros de Astillero, que bebía los vientos por Eugenia, se lo advirtió:

—Tu marido es un golfo. Anda en el baile con una de Reinosa.

Para allá que fue, sin dudarlo, y les encontró arrimaditos. Montó un escándalo y la de Reinosa se marchó llorando. Dice que no parecía muy lista. A Manuel y a Eugenia les gustaba mucho bailar juntos, pero él no tenía problemas en buscarse otra acompañante si su mujer andaba ocupada. Era, además, muy buen bailarín. Tanto que una vez ganaron un concurso. A ella le dieron un par de medias de premio y a él algo de dinero, unos cincuenta céntimos de ahora. Una miseria.

A María Isabel también le gustaba mucho bailar.

—Eugenia, ¿cómo era tu hija?

—No tenía defectos. Empezó con la enfermedad y ya todo se fue al garete. Demasiado buena era. Era muy inocente. Todo se lo creía, la infeliz. Si dejaba la medicación, por lo que fuera, volvía para atrás como un cangrejo. Era hermosísima y más rica, más salada… que las pesetas. Fumaba. Siempre estaba con el pitillo. Yo ya no le decía nada. Si no tomaba la medicación te miraba con unos ojos que te quería matar, pero si no… era un cielo.

Lo de la «enfermedad» de María Isabel es un tema rodeado de contradicciones y misterios que probablemente solo respondan al estigma que todavía padecen las personas con sufrimiento psíquico. Eugenia declaró en varias ocasiones ante la Justicia que María Isabel sufrió un accidente con once años. Aseguraba que había sido atropellada por un camión y, a partir de entonces, presentaba dificultades psicológicas. Su hermano Pedro también se acuerda de este episodio, pero no ha sido capaz de darme ninguna pista que me ayude a encontrar más información sobre ese accidente que pudo

haber ocurrido en 1964, un par de años después de la muerte de la más pequeña, atropellada por un coche.

En otras ocasiones, su madre dice que llegó perfectamente a Salamanca y fue allí donde tuvo problemas psiquiátricos «de repente». Esta versión es incompatible con la anterior, pero sí es posible que las primeras evidencias de su sufrimiento psíquico coincidieran con su estancia en Salamanca. A mí me cuenta que fue allí donde ella se dio cuenta de que algo pasaba: «Me decía: "Mira, mamá, ese árbol está ahí porque lo he puesto yo" o "Mira, mamá, eso lo he hecho yo", señalando algún edificio».

Pero lo que más repite Eugenia es que todo es culpa de una mala herencia de una parienta que «estaba chiflada». «Andaba siempre asomada en un ventano de la casa, en el pajar que le llamábamos. Esa estaba chota perdida». Sea lo que sea que tenía aquella mujer que miraba por la ventana, no parece que tenga mucho que ver con los síntomas que tenía María Isabel. En cualquier caso, es la típica explicación que nos damos para entender por qué alguien sufre una enfermedad psiquiátrica. Quizá es que resulte más fácil entenderlo: si es genético, era inevitable.

Los distintos psiquiatras que valoraron a María Isabel en, al menos, cuatro centros distintos tampoco se pusieron de acuerdo en el diagnóstico. No solo no se pusieron de acuerdo, sino que, en alguna ocasión, hicieron lecturas radicalmente opuestas. Algunos hablan de psicosis de tipo agresivo, enfermedad psíquica maníaca sobre la base de una personalidad psicopática, trastornos de pensamiento, megalomanía y pensamiento mágico, esquizofrenia. En otras ocasiones, en dos centros psiquiátricos distintos, se afirmó que, sin ninguna duda, María Isabel no tenía enfermedad mental alguna. Ninguna. Nada. Uno de esos psiquiatras, probablemente molesto porque tuvo que repetir la valoración a petición del abogado que defendía a María Isabel entonces, aseguró que no presentaba ninguna enfermedad mental, que tan solo tenía «personalidad inmadura con una fuerte labilidad afectiva y una dotación intelectual dentro del término medio-bajo». La labilidad se refiere a algo que cambia constantemente.

Eugenia declaró al periódico *Egin*, tras la muerte de su hija, que había sido declarada «incapaz permanente y absoluta por esquizofrenia» en 1976. Hoy, no se acuerda de haber hablado con

ningún periodista entonces ni de que su hija estuviera incapacitada, pero tampoco duda de su diagnóstico: «Tenía un poco de esquizofrenia, pero si llevaba su régimen de medicación, estaba como tú y como yo». Es probable que viviera alteraciones de conducta y, tal vez, por qué no, podría tener una personalidad límite. Quizá sufrió también episodios psicóticos que le servirían de estrategia de defensa ante tanto sufrimiento.

Eugenia es una mujer dura de roer. Si apunto lo que me dice sin rechistar, sigue hablando sin poner pegas, pero si pregunto algo, la hemos jodido: «Ay, que me cuesta respirar». Algunos dicen que Eugenia es una exagerada. Sus aires de grandeza se ven a la legua, igual que su desparpajo, su salero, su saber estar, su simpatía natural y un sentido de humor exquisito, inteligente; una mezcla de restaurantes caros y tascas de barrio, de oro blanco y hojalata, de verdades a medias y sueños frustrados. Especialista en montar minidramas para desviar mi atención, insiste en hablarme de ella. Parece que llevaba toda la vida esperando que alguien encendiera una grabadora.

Te escucho, Eugenia.

Ha tenido dos hermanos, Víctor y Andrés, que son hijos de un hombre que tenía un camión: «Soy María Eugenia Velasco Bedia Solana del Río. Este es mi nombre legal. Nunca lo digo completo. Digo María Eugenia Velasco Bedia y *stop*. ¿Para qué voy a decir más?». Su abuela Justa —«que hacía honor a su nombre»— tenía una tienda en Astillero y a Eugenia le gustaba estar allí con ella. Vendían de todo. Por las mañanas, sacaban a la puerta los cacharros que tenían de barro y metal: «Me quería con locura, dormía con ella hasta que me casé». Su padre murió en Asturias, le mataron, pero no sabe bien por qué. Ha vivido de aquí para allá, conoce a mucha gente: «Palabra de honor. Conocí a Franco personalmente cuando venía a pescar a Asturias, el cabrón. Le echaban ahí los salmones y solo era venir y recogerlos». Acaba confesando que lo leyó en el periódico, antes de cantar un trocito de Eugenia de Montijo: «Qué pena, pena, que te vayas de España para ser reina». No canta mal, pero tampoco es Concha Piquer.

Le enseño otra foto, la única que he podido ver de María Isabel de niña. Tendrá, no sé, doce o trece años. Están en la playa. Eugenia lleva un bañador de flores y tiene una mano apoyada en su cadera;

ella agarra con una mano el hombro de su madre y tiene subido un pie sobre lo que parece una piedra en la que está sentado Pedro. La foto está recortada. Falta alguien. Todos tienen el típico gesto que se pone cuando te da el sol en la cara y una media sonrisa que parece de mentira. En la imagen aparece también una mujer con otra criatura, que Eugenia no identifica. Pero suspira y se queda callada un rato hasta que ve la oportunidad de seguir hablando de lo que ella quiere.

Venga, Eugenia, sigue.

—Yo tenía unos cojones… y los tendré hasta que me muera. No permito que me avasallen si tengo razón. Si no la tengo, pues pido perdón, que no todo el mundo sabe. Hay muchos que están en la higuera cogiendo higos. He estado en la cárcel. Te lo digo porque no me guardo nada en el pecho. Estuve en el Puerto de Santa María porque pasé chocolate. He estado en El Príncipe. Iba en autobús, ni taxi ni nada, para no levantar… ya sabes, pero nunca he tenido un pitillo en mi boca, ni de hachís ni de *hachós*. No me daba curiosidad, pero eso no hace adicción. Es lo bueno que tiene el hachís. No es droga, son hierbas que joden. He estado también viviendo en Canarias y allí negocié mucho el oro. Compraba y vendía. Vivía muy bien y era legal. He tenido suerte. Allí me establecí y puse un comercio, pero luego se pusieron otros que eran más competentes que yo.

Me cuenta que solía ir a visitar a María Isabel cuando vivía en Bilbao, que iban y venían para verse; que andaba con un tipo que a ella no le gustaba nada, pero que en Bilbao era feliz: «No tenía problema con el dinero, comía siempre en restaurantes y vivía como una reina». Recuerda haber ido a almorzar con ella a uno que estaba cerca de la calle Cortes, que tenía «un comedor muy bonito y un servicio estupendo».

—Le iba bien entonces.

—Muy bien, muy bien. Tenía amistades muy buenas, que la querían a ella porque era muy cariñosa. Tenía muchas joyas. Estaba llena de joyas y de oro legal, como este reloj. Otras son unas mangantes, pero mi hija fue más lista.

Dice amistades, pero habla de clientes. Eugenia se maneja igual de bien con las mentiras que con los eufemismos. Cambia de tema cada dos por tres y resulta agotador. Puede que a María Isabel le

fuera bien en Bilbao, pero no tan bien como ella cuenta. Puede que fuera feliz, pero no tanto como ella cree. Puede, puede, puede, puede. Nadie acaba de confirmarme nada. Qué frustración, joder.

Intento ir al grano:

—¿Qué pasó con ella? ¿Qué sabes?

—Mi hija entra allí a por un pastel y allí me la matan. ¡Qué dolores tendría cuando la quemaban viva! Le quitaban el tabaco y las cerillas, ¿quién la quemó? ¿Quién me la abrasó? Todavía es un misterio. Todavía no me puedo creer que por un pastel metan a mi hija en la cárcel.

Ese puto pastel del que todo el mundo habla.

Intento hacerle entender que el pastel no tuvo nada que ver, pero no hay manera. Está empecinada.

Vale, Eugenia, pues sigue.

Me cuenta que se va a morir sin haber salido nunca de España y que eso le da mucha pena: «No desearía morirme sin ir a París a ver la torre Eiffel y el Sena».

—¿Cómo ibas a Bilbao?

—Pues en taxi. Si vas tres o cuatro personas, vas a escote.

Intento tirarle de la lengua, pero no hay tutía. Puede que no tenga el más mínimo interés en contarme nada o puede que no se acuerde, pero lo cierto es que no hay manera de que concrete. Me voy con la sensación de que me las ha metido dobladas, pero en el fondo creo que simplemente me ha contado la vida que le hubiera gustado vivir.

Volvimos a vernos unos meses más tarde. Me había contado que le encantaba una colonia «muy cara» que solía llevarle su nuera, la última mujer de Lolo. Le llevé un frasco de ese Aire de Sevilla, que compré por nueve euros en el Eroski: «No tenías que haber gastado tanto dinero», me dijo. «Qué menos, mujer», contesté.

Bajamos un rato a la cafetería de la residencia a tomar un café con sobaos. Ahí nos hicimos unas fotos. Ella, por supuesto, sin quitarse las gafas de sol. Yo estaba emocionada: ahí estaba ella, la madre que la parió. Nos reímos tratando de disimular la papada y soñando con el premio que nos iban a dar por el libro. Luego, desapareció, pero esa es otra película. Ese día me regaló un jersey azul, de lana. Dijo que lo había tejido ella. Es muy áspero y tiene cosido un lazo blanco en el que está escrito su nombre con

rotulador. Parece hecho en Bangladés.

María Isabel tampoco fue nunca a París. Ella también tuvo que conformarse con la calle San Pedro.

SAN PEDRO, PUTAS Y RUINAS

En Santander las putas son muy parecidas a las putas de cualquier otro sitio a pesar de que su bahía sea la única del norte orientada al sur. Las putas en Santander se hacen un hueco entre las sombras. Buscan pequeños resquicios libres de miradas incómodas para sacarles los colores y las perras a los hombres de bien, esos que nunca dicen la verdad cuando les preguntas por ellas. Puede que sea porque en las zonas rurales de Cantabria no hay muchos, puede que tenga que ver con algún elemento de la idiosincrasia de la ciudad que no he llegado a comprender, pero también en Santander las putas están por todas partes. Si preguntas al azar, las miradas siempre se dirigen al mismo lugar: la calle San Pedro. Setenta y cinco metros que tardas un minuto en atravesar si no te entretienes a curiosear sus ruinas. Ahora no queda nada: solares vacíos, edificios que dan pena, un par de neones destrozados, grafitis de principiantes.

San Pedro está en frente del Ayuntamiento, aunque su vecindario denuncie que el consistorio siempre les ha dado la espalda. Esta pequeña travesía forma parte de lo que en la ciudad se conoce como el Cabildo de Arriba, una zona construida entre finales del siglo XIX y principios del XX. La ciudad de Santander ardió en llamas en 1941, pero este barrio consiguió mantenerse en pie aunque una afirmación así pueda sorprender a cualquiera que conozca la zona. San Pedro se ha erigido ruina. Algunos, incluso, se atreven a llamarlo el Barrio Chino aunque por allí casi nadie sepa qué son los *noodles*.

Josi pide un *manchadico* al camarero y me pide a mí un cigarro. Aguanta un rato con el piti en la mano antes de encenderlo. Su mujer —«la segunda», matiza— está ingresada en el hospital con un tumor. Ella fumaba cinco paquetes de tabaco al día y él, tres o cuatro. Ahora, como mucho, se echa un par. Luce una gorra amarilla fosforita, *merchandising* compartido entre el *pub* El

Duende y el bar Los Delfines. En el barrio de Josi se comparte. Lleva puesta una camiseta roja del área de Juventud del Gobierno de Cantabria, aunque él dejó de ser joven hace mucho tiempo. Unos pantalones que no son ni cortos ni largos y unas chancletas en las que apenas caben sus pies hinchados. Lleva un par de anillos de plata, uno en cada mano. En las muñecas, dos pulseras de plástico idénticas, como esas que venden en la farmacia para evitar que te piquen los mosquitos, de alguna efeméride importante que se celebró en 2017. Cuesta mucho entenderle al hablar porque balbucea y pierde continuamente el hilo de la conversación. No tiene ni un diente. Josi no sabe quién es María Isabel, pero conoce bien el submundo santanderino.

Carlos parece más listo. Levanta la voz y deja a Josi a un lado. Está mejor que él: tiene dos dientes negros, los incisivos centrales, en la parte de abajo. Entre ellos se enzarzan en una conversación sobre lo oportuno de hablar de sus historietas con una periodista a la que no conocen, pero acaban por sentenciar que no tienen nada que esconder. Carlos conoció a Lolo en la cárcel y a Pedro en Canarias. De María Isabel no ha escuchado hablar nunca. Lleva un tatuaje taleguero en el pecho, una figura geométrica de esas que aparecen en el Word; la camisa de cuadros deja al descubierto el pelo canoso de su pecho. Está muy delgado. Viste pantalones vaqueros, unas zapatillas negras relucientes y modernas; es un desgarbado risueño.

Los dos anduvieron mucho por la calle San Pedro y se muestran encantados de ponerme al día. Carlos, que presume de tener nombre de rey, dice que las prostitutas han ganado dinero como toreras. Se refieren en varias ocasiones a «hacer la plaza» para hablar de prostitución. Las que más trabajo tenían, en aquellos años sesenta y setenta, eran las mujeres que llegaban de otras ciudades a pasar una temporada en Santander. Algunas venían a pasar por aquí quince o veinte días. «Echaban muchos polvos por la novedad», me cuentan.

La calle estaba controlada, principalmente, por dos familias: 37.5 metros de San Pedro para cada una de ellas. En la zona de arriba, mandaba la familia de Miguel Jiménez Hernández, más conocido como
Pin-Pin.

Más abajo, Matilde Beci era la que cortaba los rabos y las orejas. La rivalidad entre ambos y la sangre tardaron en saltar a los periódicos hasta el 8 de enero de 1984. La disputa, una mujer que había trabajado en el club La muñeca, propiedad de la familia de Pin-Pin, pero decidió probar suerte en un local de la Beci. Su antiguo jefe acudió a reclamarla y ella se negó a volver. Armado con un bastón con la punta forrada de hierro, Pin-Pin golpeó a la Beci. Una de sus hijas, Rosa María Muñoz, trató de defender a su madre y murió de un navajazo en el pecho. No le dio tiempo a celebrar su cumpleaños, que sería unos días después. Carlos se acuerda de la fecha porque también él cumple años ese día y Rosi solía decirle: «Toma dos talegos para comprar chocolate, que es nuestro cumpleaños». El cariño con el que la recuerda no evita que haga el enésimo comentario homófobo y lesbófobo que hace en pocas horas: «En la familia de la Beci, todos ellos eran maricones y ellas, bolleras. Prefiero engarrarme con uno de ellos que con ellas». Rosi no se enganchó con nadie más, ni volvió a fumarse ningún canuto. Su madre murió muchos años después, en 2015, con setenta y dos años. Entonces San Pedro ya era otra cosa.

Nano está con su novia echando un porro dentro del coche. Ha crecido entre San Pedro y varias prisiones de todo el Estado español. Presume de las huellas del barrio: me enseña la marca de un tiro que tiene en la pierna. No fue nada grave porque lo cuenta entre risas. Recita de memoria los nombres de todos los clubs de la zona, pero insiste en algo: «Tienes que hablar con Pepe».

Pepe es el hijo de «el famoso gitano», un hombre payo que tenía la propiedad de algunos clubs aunque no los regentaba él. Pepe nació en 1954, en el cabrete de un bar y llegó a la calle San Pedro con dos años. Sube agitado la cuesta con la compra y, efectivamente, su memoria de hierro describe una pequeña calle y sus aledaños con una exactitud asombrosa. Perdió a su madre con catorce años y la recuerda cocinando para las chicas. «Las ligeras de cascos, ya sabes», dice antes de llevarme con él a reconstruir una zona que ya solo existe en su memoria.

Empezamos por el bar Fumarel, uno de los últimos en cerrar. Más abajo estaba el Convoy, en el que había una rana, el que luego

se convirtió en el Sube y Baja y, después, en el Sube y Baja 1. Pared con pared con el Lucimar. Justo al lado, el Rufel, en el que hacían bocadillos y se vendía leche. El padre de Pepe compró la lonja en la que estaba La Criolla y la dividió en dos partes. En una de ellas se puso el Shangay, lo que más adelante se convirtió en La Muñeca y, en el otro lado, se abrió el Sube y Baja 2. Más abajo, donde ahora solo hay un solar, estaba el bar Triana, que después fue el Apolo y, más adelante, el Triana 2. Por ahí se podía acceder al pasadizo Quevedo, que llegaba a una casuca en la que había una fábrica de patatas. En el número 4, en el primer piso, estaba un taller de muebles y por ahí tenía Ciriaco su almacén de serrín y carbón. Un peluquero solía ir a cortar el pelo a los vecinos en la carbonería y la mujer de Ciriaco hacía unas albóndigas exquisitas. Por ahí había unas escalerucas, que daban a un local que primero fue una churrería y, luego, un gimnasio. En el número 5 de la calle San Pedro, Ciriaco guardaba a su caballo blanco y el carro con el que repartía carbón. Ahí tenía también el padre de Pepe un bar, el Ven y Ven, que acabó regentando su hijo con la ayuda de una exprostituta de Melilla, judía, que cuidó a Pepe como si fuera su hijo. En el número 6 estaba El Callejón. El dueño tenía un primo que era escolta de Franco que estaba dispuesto a echar una mano cada vez que había líos. Las redadas se sucedían entonces. Las mujeres eran perseguidas por fumar, por utilizar palabras malsonantes o por captar clientes.

Pepe señala una ruina: «Ahí está la 3M, una tienda de comestibles que tenía un pasadizo, que daba a la calle Alta. Por ahí salían las putas corriendo cuando había redadas». En esa misma mano se encontraba el Coimbra, que tenía dos barras, y lo regentó Leonardo cuando lo dejó una señora coja. Antes había habido una tienda de pescado. Más arriba, el bar Ochoa. Este también comunicaba la calle San Pedro con la calle Alta y estaba al lado de una peluquería. Ya en la esquina, en la Bodega Navarra, los chulos y los macarras jugaban la partiduca mientras trabajaban para ellos. Pepe recuerda también la Pensión Sario, que estaba un poquito más abajo, cerca del bar de Mari. En la cuesta del hospital, el bullicio lo provocaban los bares Rico, Amparo y Marino. Locales en los que la gente que visitaba la zona reponía fuerzas. En el Marino, los pinchos morunos debían estar para chuparse los dedos, y en

Bodegas Riojanas, Mateo ponía carne con tomate.

Pepe tiene las llaves del Sube y baja 2, que sigue siendo de su propiedad. Sube a casa para bajarlas y entramos. Está destrozado, lleno de basura y polvo. La barra sigue en pie, a la izquierda. Es un local estrecho y es tan pequeño que parece mentira que se haya convertido en una leyenda. Pepe mantiene el papel de flores de la pared y queda alguna botella vieja. Al fondo tiene colgados una docena de jamones. El suelo está lleno de basura.

En la calle San Pedro había mucha vidilla, pero dentro de los bares los dueños de los clubs no permitían que las mujeres alternaran en la calle. Muchas de ellas bajaban también a trabajar al paseo Pereda para ganar algún dinero extra. El ritual era sencillo: los clientes tomaban alguna copa con las prostitutas dentro del bar y luego subían con ellas a los pisos que había encima. Ahí pagaban el servicio y pagaban la cama. En el precio estaba incluido el trabajo de las *palanganeras*. En Santander solían ser mujeres mayores, que ya no ejercían la prostitución, las que se encargaban de dejar en la puerta de cada habitación una palangana con agua y jabón para mantener cierta higiene. En el bloque en el que vive Pepe, las viviendas están reformadas para sacar más cuartucos. Las putas, en torno a cincuenta normalmente, trabajaban mucho, pero ninguna se hizo rica. Todas venían con maleta. Así se referían a sus chulos.

En los setenta, sonaban Los Chichos, Los Chunguitos, María Jiménez, Las Grecas y en algunos bares había también gramolas. Dicen que ellas tenían estudiada matemáticamente la largura de sus faldas plisadas para dejar ocultas solo sus bragas. En la calle San Pedro no había una gran tradición de espectáculos culturales, pero El Palentino era la excepción. Era una sala de *cabaret* y fiesta, a la que el portero no dejaba entrar a Pepe porque era muy pequeño. Actuaban mujeres mayores, que sabían cuatro o cinco canciones. No había grandes representaciones, pero tampoco todo era follar y follar.

La historia de la prostitución en Santander está, de alguna manera, ligada también al boxeo. No es casualidad que Torito Gómez, un famoso boxeador argentino, acabara vendiendo cupones en la capital cántabra tras perder visión en un combate. Algunos de los espectáculos, en el fervor de los setenta por este deporte, fueron

organizados por hombres vinculados a famosos prostíbulos de la ciudad. Los quinquis de la época recuerdan que algunos de los boxeadores venían acompañados por mujeres que ejercían la prostitución durante esos días en Santander. Sexo y hostias en el mismo *pack*. Puede que en la calle San Pedro se escucharan también risas, pero, al menos las de las mujeres, quizá no fueran muy sinceras. Por allí anduvo también Manolo de la Vega, un humorista de Valladolid, que declaró en alguna entrevista haberse enamorado en Santander de una «hembra» con la que tuvo a su segundo vástago: «Manolín se llama, en honor mío». Se hizo muy famoso en los noventa gracias a sus apariciones en un programa de televisión: *No te rías que es peor*.

María Isabel anduvo por la zona durante los pocos años en los que vivió en Santander, pero casi nadie la recuerda. El 23 de diciembre de 1972, cumplió diecinueve años. Solo he necesitado hacer una resta para saberlo. Lo que ha sido realmente complicado es conocer cómo lo celebró. Es más: lo difícil ha sido asumir que nunca podré saber si sopló las velas o si tuvo algún regalo. Ella declaró al día siguiente en la comisaría de la policía que lo festejó con unos amigos. Solo he podido contactar con dos de ellos. Puede que tengan mala memoria, que les falte interés o que, efectivamente, no se acuerden de María Isabel. No hay hueco en su memoria para una puta con la que celebraron su cumpleaños.

Ese día, Eloisa estaba tranquilamente en su casa cuando escuchó ruidos en la vivienda de Miguel, su vecino. Él se había marchado unos días fuera y ella quedó encargada de vigilar la casa y de limpiarla, como hacía habitualmente. Quedó extrañada por los ruidos, pero se echó a dormir. Era ya la una de la madrugada y decidió dejar el misterio sin resolver hasta la mañana siguiente. A eso de las cinco, volvió a escuchar algunos ruidos. Al despertarse, agarró las llaves de la casa de Miguel y se acercó a ver qué pasaba. Dentro se encontró a María Isabel con un hombre que, al escuchar la voz de la vecina, huyó por una ventana. Ella se mantuvo firme allí porque siempre defendió que tenía permiso para celebrar aquella fiesta. Eloisa decidió llamar a la policía. María Isabel declaró el día de Nochebuena de 1972 a las once y cuarto de la mañana. Erre que erre: tenía permiso de Miguel, el dueño de la vivienda y de El Callejón, un club de la calle San Pedro.

—He estado otras veces en esa casa en más fiestas. Miguel me dijo que me dejaba las llaves o que hablase con la señora que le cuida la casa. Entramos por la ventana porque era tarde.

—¿Qué hacías todavía allí esta mañana?

—Me quedé dormida con un amigo. Habíamos celebrado mi cumpleaños.

Parece que María Isabel llamaba «amigo» a cualquiera. En su declaración, aportó los nombres de pila de sus acompañantes. Fue puesta a disposición del Juzgado de Instrucción número 1 de Santander, que ese día estaba de guardia, acusada de allanamiento de morada con fines inmorales.

El 8 de mayo de 1973, se celebró el juicio, pero por daños en la vivienda. Puede que el juez que acabó llevando el caso valorase que el delito imputable era otro o que el dueño de la vivienda denunciara después. En cualquier caso, María Isabel pasó la noche de su cumpleaños con cuatro hombres y cuatro mujeres, pero solo fueron juzgados ellos y ella. Quedaron absueltos, pero ella entonces estaba en paradero desconocido y no se le pudo notificar la sentencia. Puede que María Isabel tuviera afición por las casas ajenas o puede que no siempre encontrara abierta las puertas de la suya. En enero de ese mismo año también había sido denunciada por entrar en otra vivienda. Los propietarios se la encontraron dormida al volver a casa. Motivos le sobraban para estar cansada.

La calle San Pedro ha sido el pequeño gran epicentro de la prostitución en la capital cántabra, pero los más viejos recuerdan también el olor a churros y sexo de la calle Arrabal antes de la dictadura. Ahí estaba el bar Pagasarri: «Por ahí pasaban todas las golfas de Cantabria», recuerda un hombre que se excita al hablar del tema. Al acabar de trabajar, las prostitutas paraban a descansar en la churrería Arrabal, toda una institución en Santander. La violencia y la falsa moral del franquismo las obligó a trasladarse al Cabildo Alto, una zona tradicionalmente de gente pesquera y pobre, donde pudieron ocultarse mejor de la doble moral del régimen. En esa zona, si pagabas astilla, la policía te dejaba hacer. Hasta que les tocaras los cojones, claro. Entonces, con ley y palos, acababa la historia.

En Puertochico, antigua zona marinera, también se ha ejercido tradicionalmente la prostitución, pero de una manera mucho más

familiar. Mujeres de la zona recurrían al sexo por dinero para poder dar de comer a sus criaturas. En la zona de la calle Castilla, probablemente por su cercanía con el puerto y por la bajada de la Gándara, sin aparente explicación, siempre ha habido pisos y clubs vinculados a la prostitución. Los jardines de Pereda también fueron escenario de muchos guiños de ojos hasta que la construcción del Centro Botín cambió radicalmente la zona. Las mujeres *se han ocupado* en muchas zonas de Santander, sí. Esa expresión, que sirve de metáfora para evitar hablar de follar, resulta extremadamente literal: las mujeres se ocupaban de salir adelante en todas las esquinas.

«¿QUÉ PASA, MARICÓN, DÓNDE ANDABAS?»

José Félix Pons, un periodista deportivo catalán, fue el encargado de narrar la cuenta atrás del 31 de diciembre de 1972. La primera y última vez que Televisión Española emitía las campanadas desde Barcelona. No sé si María Isabel se enteró. Me la imagino, más bien, de picos pardos. Las cosas empezaban entonces a ponerse feas para ella. Había sido detenida unos días antes por entrar por la ventana a la vivienda de un conocido. Se marchó a Bilbao. No tenía ni un duro, pero le sobraba labia. Esos días andaba por Rekalde, un barrio obrero de Bilbao, con un par de hombres a los que acababa de conocer. Le debieron caer bien porque les invitó a volver con ella a Santander. Ninguno tenía coche, así que se acercaron a una parada de taxi de la calle Gordoniz, justo a la altura de la plaza donde se celebran las fiestas del barrio. Ahí negociaron con Avelino el precio del viaje: 1000 pesetas. Si pusieron la radio, durante el trayecto sonaría «Yo no soy esa», de Mari Trini, o «Un beso y una flor», de Nino Bravo. Eran dos de las canciones que lo petaban.

Llegaron a Santander en un par de horas y ya allí tuvo que confesarle al taxista que no tenía dinero. Los dos chavales debían haber bajado antes porque el taxista no hizo alusión a ellos en la denuncia que interpuso contra María Isabel unas horas después. Antes de ir a la comisaría, Avelino la estuvo llevando de aquí para allá buscando el talego que le debía. Era una tipa inocente que aprovechó el viaje para contarle que se había escapado de casa y que tenía miedo a que su madre le echara la bronca. En un momento, cerca de la zona en la que vivía su familia, gritó: «¡Ahí está mi madre!», y salió corriendo del coche dejando dentro alguna de sus pertenencias. Avelino esperó, pero María Isabel no volvió. A eso de las cinco de la tarde se presentó en comisaría para denunciar lo ocurrido. Dijo entonces que la broma le había costado ya 1800 pesetas. El bolso que entregó debía ser grande porque dentro había un jersey amarillo, unas gafas, un monedero —vacío, claro— y alguna otra cosa que la policía entendió que no tenía valor.

Ese día Avelino volvió a Bilbao y María Isabel lo hizo también decenas de veces más. Entonces, recorrer los casi cien kilómetros que separan Bilbao de Santander era una odisea de carretera general. En al menos una ocasión, quizá después de la experiencia con el taxista, la llevaron Ricardo y Tomasín. Ricardo es el único que queda vivo de aquel viaje. A Tomasín le mataron en su furgoneta cuando volvía a la prisión de El Dueso tras disfrutar de un permiso. Cumplía condena por haber asesinado a cinco personas.

Estamos en un parque desangelado de Maliaño, uno de esos suburbios de Santander que no dicen nada y de los que es muy difícil escribir algo. Los bloques de viviendas, de tres o cuatro pisos, no tienen nada de especial; se mezclan sin sentido con viejas edificaciones y con algún chalet que parece haber sido construido obviando el resto del entorno. Nada pega con nada. El parque es un parque como cualquier otro y, a eso de las cuatro de la tarde, no es fácil ver a gente por la calle. Javi es amigo de Ricardo desde hace décadas y facilita nuestro encuentro. Los dos conocieron de frente a Manolo y de refilón a María Isabel.

Me cuesta centrar el tema de conversación en ella porque representa toda una época de sus vidas, que aflora en cada pregunta y nunca acaba de concretarse. Sus grandes batallitas acaban por despistarnos en muchas ocasiones. Javi no la recuerda, pero Ricardo podría haber follado con ella. Lo que sí recuerdan ambos son las noticias sobre su muerte y cada cual tiene su propia hipótesis. Me hablan de sus años de trapicheos, de pequeñas bolas de hachís, de kilos de cocaína y de un veneno compuesto de calle y cárcel.

Interrumpen la conversación para ofrecerse un calmante:

—Toma, por si te duele.

—Tengo, tengo las que me diste.

—Pero estas son mejores, que son sublinguales.

María Isabel sí pagó la gasolina a Ricardo cuando la llevaron a Bilbao. No era la primera vez que paraba por allí porque saludaba con familiaridad a clientes y prostitutas de la calle Cortes. No debía tener previsto quedarse mucho tiempo, porque solo llevaba un bolso con cuatro cosas. Durante el viaje, que pudo durar entre tres o cuatro horas, fueron tomando copas en el Seat 800 crema que tenía entonces Ricardo. Se agarraron un buen pedo y pararon para bañarse desnudos en la playa de Oriñón. Se rieron mucho de su

propia ocurrencia con esa risa que entra cuando te has pasado con el alcohol. Ricardo no sabe de qué hablaron durante el viaje, pero, al llegar, María Isabel les invitó a comer algo y a tomar unos tragos. Entonces bebían ponche y llevaban pantalones de campana sin bolsillos.

Ricardo recuerda a una mujer «alta, gordita, pecosa, muy simpática; unos ojos verdes y una cara sin pintar. Era muy guapa, porque era guapa», sentencia. Tenía cara y alma de mala hostia. A buenas, buenas. A malas, furia. No era de esas de mucho larala y poco lerele. La reina de la fiesta; divertida, arrolladora y, a ratos, peligrosa. María Isabel quería vivir y vivía. Lo que no recuerda Ricardo es que tuviera amistades. Era conocida en Bilbao y era conocida en Santander, pero no la recuerda con nadie con quien pasase mucho tiempo. Era una buena tía. Demasiado ilusa, tal vez, para gestionar su propia rebeldía. Vivía en su mundo. Iba a su bola. Montaba pollos, pegaba gritos, daba la nota. Era una viva la Virgen. Siempre de atrás adelante haciendo lo que le venía en gana. Tenía una voz cantarina y ligeramente dulce, ese acento santanderino que parece amable incluso cuando te están mandando a freír espárragos. Dicen que hablaba como se hablaba en la calle; como hablaban las putas y sus macarras, con ese deje que tienen los quinquis. Pido un ejemplo: «¿Qué pasa, hijo de la gran puta, dónde te metes?».

Ahí tengo uno.

Ricardo dice que no se acuerda de muchas cosas, pero se acuerda, incluso, de la primera vez que habló con María Isabel. Él andaba con un amigo por la zona de la playa del Camello de Santander. Lo que hoy es un edificio de viviendas que costarán una fortuna, entonces era un edificio a medio hacer o a medio tirar. Describe unas ruinas. Tenía una entrada por la parte trasera y ahí tenía echado un colchón María Isabel. No sabe si vivía allí o si solo lo utilizaba para acostarse con hombres. Ese día, al menos, se acostó con una decena. Todos eran de San Martín, el antiguo barrio pesquero de la ciudad, y Ricardo juraría que nadie le pagó ni un duro al acabar. Él dice que decidió no participar y, desde entonces, se ganó el mote de «maricón» para ella. «¿Qué pasa, maricón, dónde andabas?», le preguntaría la siguiente vez que se vieron. A partir de entonces entablaron algo más de relación. Hasta ese día, sabía que era la hermana de Manolo y poco más. Eran unos chavalitos, que

empezaban a aprender cuatro frases en inglés para ir a pedir pitillos a los barcos que llegaban al puerto: «*Can you give me a cigarette?*», recuerdan entre risas.

Seguro que María Isabel le pidió muchos a él también. Fumaba Ducados. No hay evidencias de que fumase también porros, aunque resulta altamente probable que cogiera con soltura los canutos, que eran el pan de cada día en su familia. Fue precisamente Lolo quien le ofreció su primer porro a Ricardo: «Aquello no me hizo nada». Vete a saber qué le daría. A Javi le regaló unas máquinas tragaperras y juntos anduvieron en algún marrón más.

Para marrones los que tuvo María Isabel en aquel año. Tantos que me atrevo a afirmar que no se tomó las doce uvas. A mediados de enero, fue detenida por la Guardia Civil de Bilbao «por mala conducta». Dicen que había sido vista por «Cortes por bares de mala nota y con compañía de delincuentes habituales» y que ejercía la prostitución. Suficiente para que se le aplicase la ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social. La norma, que no fue derogada por completo hasta 1995, buscaba castigar a todas las personas que se saltaran las normas simbólicas del régimen franquista.

Encuentro las huellas de María Isabel en una hoja de filiación del Juzgado de Peligrosidad y Rehabilitación Social de Bilbao. Son, exactamente, las del pulgar derecho. Ella declaró entonces que trabajaba de camarera y que vivía en una pensión en el Casco Viejo de Bilbao. No le dio tiempo a ir a recoger sus cosas antes de ingresar en prisión a disposición, por primera vez, del Juzgado de Peligrosidad y Rehabilitación Social.

Un miércoles, 31 de enero de 1973, María Isabel se levantó cantarina en la cárcel. Algo que no gustó a las funcionarias de prisiones, que emitieron un parte en el que aseguraban que se mostraba indisciplinada y grosera tanto con ellas como con el resto de las reclusas. En realidad, sobre todo, tenía ganas de jarana con las funcionarias, a las que aquel día llamó «tragahostias», «estranguladoras» y «queridas del cura». No era una mujer a la que se le pudiera dar órdenes y ese día no aceptó ir al comedor cuando se lo indicaron las funcionarias:

—Dejadme en paz, que solo sois unas porteras.

Volvió a la celda cantando y fue sancionada con cuarenta días de aislamiento por una falta muy grave, aunque eso, por supuesto,

no le quitó ni las ganas de cantar ni de expresar su malestar. El 22 de febrero, recluida todavía en una celda de castigo, María Isabel reventó el cristal, rompió la bombilla y la mirilla. Aprovechando que tenía la ventana abierta, lanzó la sábana y sus zapatillas al recinto. Le retiraron la cama y todas sus cosas y no sé cuándo se las devolvieron. En cualquier caso, apenas cuatro días después, fue puesta en libertad a la espera de la sentencia definitiva. Los trece días de sanción que le quedaban por cumplir por hablar mal a las funcionarias, quedaron pendientes para un posible reingreso y a eso se añadían otros cuarenta por haber estropeado «intencionadamente» materiales de la prisión. Salía de la cárcel debiendo cincuenta y tres días de castigo en una celda de aislamiento.

El Juzgado de Peligrosidad y Rehabilitación Social ya había desplegado su maquinaria sobre ella basándose en una ley homónima que había entrado en vigor en 1970. Hasta entonces, Franco se había apañado bien haciendo algunas pequeñas modificaciones a la norma que había heredado de la II República: la ley de Vagos y Maleantes. Él quiso una nueva regulación para penalizar las conductas sociales consideradas moralmente reprochables para el régimen.

Podías ser peligrosa para la sociedad por muchas razones. En esta ocasión, el Juzgado declaraba que, estudiado el caso, María Isabel podía ser considerada «peligrosa social» atendiendo a varios supuestos que recogía la ley. Exactamente, el primero, el cuarto, el noveno y el decimocuarto. Decían que con el decimoquinto tenían alguna duda. Esto significa que valoraban que María Isabel era una vaga habitual, que ejercía la prostitución, que «con notorio menosprecio de las normas de convivencia social y buenas costumbres o del respeto debido a personas o lugares» se comportaba de «modo insolente, brutal o cínico, con perjuicio para la comunidad o daño de los animales, las plantas o las cosas», que era una menor de veintiún años abandonada por su familia o rebelde de ella y que estaba moralmente pervertida. No tenían claro cómo podía demostrarse que tuviera «trato asiduo con delincuentes o maleantes» o «inclinación delictiva». Aseguraban que era una mujer completamente depravada y pervertida, desobediente e irrespetuosa con su madre, que frecuentaba malas compañías y se

había convertido en una viciosa sexual.

La ley sufrió modificaciones a lo largo de los años. Algunos de esos supuestos fueron ampliados en 1974. En una primera versión, se consideraba peligrosas solo a quienes ejercían habitualmente la prostitución, pero en la modificación se amplió el peligro también a quienes «promuevan, favorezcan o faculten la prostitución, así como los dueños, empresarios, gerentes, administradores o encargados de locales o establecimientos, abiertos o no al público, en los que, con su conocimiento, se realicen las indicadas actividades».

La ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, además, desarrollaba las medidas especiales que se imponían a quienes ejercían la prostitución: internamiento en establecimientos de reeducación, la prohibición de residir en determinado territorio o la prohibición de visitar algunos espacios. Las medidas de castigo oscilaban entre los seis meses y los cinco años. Esta ley de represión de conductas no contaba con ninguna garantía legal y la detención podía ser completamente aleatoria. Su abolición fue una de las principales demandas de los movimientos sociales de los años setenta porque representaba —me atrevo a decir que mejor que ninguna otra— los valores del régimen.

En una de las obras colectivas imprescindibles para entender por qué tantos grupos sociales se unieron para luchar en contra de esta ley, *Grupos marginados y peligrosidad social*, se afirma que era «la quintaesencia de la grosería legislativa». Era una norma que, en teoría, estaba encaminada a prevenir los delitos. Aquellas personas que no cumplían con los requisitos de la moral franquista eran puestas a disposición judicial: las que cuestionaban el ideal de familia, de hombre o de mujer, quienes apostaban por una sexualidad al margen de la reproducción o quienes cuestionaban la importancia suprema del trabajo. Las resoluciones que emitían los juzgados especiales *no eran penas* sino medidas de seguridad que se cumplían en centros especiales que *no eran cárceles*. En realidad, las medidas de seguridad se parecían mucho a las penas y los centros eran igual que cualquier cárcel. En muchas ocasiones, además, esas medidas se cumplían en prisiones al uso por falta de centros. La ideología nacional-católica y el Estado totalitario encontraron en la ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social un arma muy poderosa para implantar su proyecto político.

ESTÁ MORALMENTE PERVERTIDA

El 4 de marzo de 1973, a eso de las ocho y media de la tarde, Eugenia llevó a María Isabel a comisaría en contra de su voluntad. Eugenia supo ese día que estaba con un hombre casado en la avenida de los Castros, en Santander. Es una gran avenida de la ciudad que desemboca en el mar, entre la Primera playa y la playa del Camello, exactamente a la altura de los jardines del Piquío. Debajo de la vivienda que señaló Eugenia ante la policía, en una zona que llaman el *barriucu*, está desde 1940 el Bar Chupi. Presumen de un vino de coco que no es para tanto. Me dicen que lo habitual es que esos pisos se alquilaran temporalmente, así que vete tú a saber dónde está ese hombre.

Lo acabo localizando en Asturias, pero no quiere que nos veamos. Me cuenta, a través de uno de sus hijos, que conoció a María Isabel un día que estaba ella haciendo autostop en el Ayuntamiento de Santander. Tuvieron una pequeña aventura hasta que su mujer les pilló en la cama. Dejaron de verse después de la denuncia: «Era buena chica y muy guapa».

Eugenia llegó bastante cabreada a denunciar que no era la primera vez que su hija se ausentaba de casa:

—No puedo hacer vida con ella. Es desobediente y me falta al respeto. Está moralmente pervertida.

Prometió que se portaría mejor y ambas se marcharon juntas de allí. Al día siguiente, a eso de las diez de la noche, volvieron a comisaría. Ella había prometido no liarla, pero se escapó de casa rompiendo la puerta con la ayuda de un hombre con el que se había comunicado antes por la ventana.

Desde comisaría aseguraron que María Isabel podía ser considerada peligrosa en relación al supuesto decimocuarto: «Los menores de veintiún años abandonados por la familia o rebeldes a ella, que se hallaren moralmente pervertidos». Solicitaron al Patronato de Protección a la Mujer que se hicieran cargo de ella, pero no tenían establecimientos adecuados para recluirla.

Aprovechaban el informe para recordar que ya había estado en centros para «chicas difíciles» y que había sido expulsada por «escandalosa y agresiva». Desde la Junta Provincial añadían un detalle y una sugerencia: «Ha sido ingresada en el Centro de Observación Neurológico de Valdecilla en varias ocasiones y dada de alta por no encontrarse enferma. Solo se le puede aplicar la ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social». El Patronato estuvo hábil al proponer que se le aplicara la ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, pero, además, es posible que a María Isabel se le iniciara también entonces algún procedimiento penal por adúltera. La mujer del tipo con el que se acostó aquellos días la denunció poco después ante la policía por mantener relaciones ilícitas con su marido.

Para entender hasta qué punto el franquismo supuso un retroceso para las mujeres es imprescindible entender los cambios que introdujo la Constitución que se aprobó en 1931 durante la II República. La carta magna, que fue aprobada el 9 de diciembre de 1931, recogía la igualdad formal entre hombres y mujeres, el derecho al voto, la igualdad de derechos en el matrimonio y el derecho legítimo de las mujeres a ejercer una profesión. Esto hizo posible que se dieran importantes cambios legislativos como la aprobación de la ley del divorcio o del matrimonio civil, y la supresión en el Código Penal del delito de adulterio.

Pero, una vez más, la historia nos demostró que los avances nunca son definitivos. La instauración de un régimen dictatorial acabó con toda la esperanza de libertad que tenían entonces las mujeres españolas. El 11 de mayo de 1942, la dictadura volvió a considerar delito el adulterio. Además, el Código Penal de 1944 supuso un gran retroceso. El artículo 449 recogía que «cometen adulterio la mujer casada que yace con varón que no sea su marido y el que yace con ella sabiendo que es casada, aunque después se declare nulo el matrimonio». Los hombres casados, sin embargo, cometían un delito solo si eran muy notas. Quedó recogido en el artículo 452: «El marido que tuviera manceba dentro de la casa conyugal o notoriamente fuera de ella». María Isabel no estaba casada con nadie.

El mismo Código Penal recogía lo que entendían como delitos contra la honestidad: violación, abusos deshonestos, estupro

[relación sexual, en principio consentida, entre una persona mayor de edad y una menor], corrupción de menores, escándalo público o delitos relativos a la prostitución. De alguna manera obligados por la necesidad de demostrar cierta apertura internacional, a partir de finales de los años cincuenta se dieron algunos cambios reseñables en la legislación, aunque ni mucho menos fueron suficientes. No fue hasta 1978 cuando se despenalizó el adulterio.

La represión fue uno de los mecanismos que mejor manejó el dictador tanto para reprimir a sus enemigos como para disuadir a la población de cualquier ánimo de protesta. El proyecto franquista trató de relegar a las mujeres al plano de lo doméstico haciendo suyo el ideal burgués de mujer que se ha conocido como «el ángel del hogar». Tenía claro el plan, pero quizá no atinó del todo. Muchísimas mujeres españolas no pudieron elegir quedarse en casa al cuidado de su marido, de la moral y de sus criaturas porque la pobreza asolaba sus hogares.

Los ideales siempre han sido cosa de ricos.

Mientras María Isabel estaba en Santander tratando de esquivar las broncas de su madre, diferentes instituciones públicas se ponían en marcha para facilitar al Juzgado de Peligrosidad y Rehabilitación Social toda la información que habían solicitado de cara a emitir una sentencia en firme. El procedimiento era relativamente sencillo y los expedientes eran siempre individuales.

La declaración de peligrosidad social y la aplicación de las medidas oportunas podían promoverse de oficio, a petición de la Fiscalía, a partir de la denuncia de la Policía Judicial o de particulares. A partir de entonces, el Ministerio Fiscal solicitaba a la Policía Judicial que llevase a cabo las diligencias necesarias para determinar si debía abrirse un expediente de peligrosidad social. El juez era el encargado de solicitar las pruebas y de tomar declaración a la persona afectada. Preguntaba sobre el tema que motivaba el posible expediente, pero también sobre «su identidad personal, estado, si tiene hijos o menores sometidos a tutela y sus edades, profesión u oficio, domicilio o residencia, y manera de vivir durante los cinco años anteriores». Además, reclama informes de conducta y antecedentes penales y policiales; comprueba la edad y la identidad personal; solicita una investigación antropológica, psíquica y patológica a un médico forense; y, si es necesario, recoge

información sobre «sus factores familiares y sociales a técnicos o instituciones idóneas». Tenían quince días para hacer todo eso.

A partir de ese momento se determina si efectivamente se trata de un peligroso social, que desde ese momento «o desde que el juez decida adoptar alguna medida cautelar será instruido de sus derechos y podrá intervenir en el expediente, designando procurador que le represente y letrado que le defienda». Si no lo hiciera, se le asignan de oficio. En caso de ser considerada una persona peligrosa para la sociedad, el juez podía ordenar su detención, declararle rebelde si no ha comparecido o decretar un internamiento preventivo. Tras un determinado plazo para alegaciones, se dictaba la sentencia. Había dos opciones: que quedara «probada la peligrosidad social del sujeto a expediente y su inclusión en alguno de los supuestos» y se señalaran las medidas de seguridad, o que se declarase que no se podían adoptar medidas «por no darse las condiciones del estado de peligrosidad o por ser infundada la denuncia».

En esta ocasión, tras la denuncia de su madre, el juez decretó el internamiento preventivo de María Isabel, pero no pudieron comunicárselo hasta un par de meses después porque estaba en paradero desconocido. Se había marchado de nuevo a Bilbao, donde la detuvieron por estar reclamada. Aquel mayo no tenía buena pinta.

Entró en prisión el día 5. Pasó unos días relativamente tranquila hasta que le volvieron a tocar las narices. El día 10, un funcionario del Juzgado de Peligrosidad y Rehabilitación Social se pasó por la cárcel para hablar con María Isabel. La llevaron al locutorio de jueces y ahí le comunicaron que le habían impuesto algunas de las medidas de seguridad que recogía la ley. Aguantó el tipo relativamente relajada ante el funcionario, pero al salir de allí explotó. De camino a su celda, se quedó a gusto insultando al juez porque, según su parecer, había sido injusto aplicando las medidas de peligrosidad. La funcionaria encargada de su traslado le pidió que guardara silencio, pero la rabia de María Isabel era incontenible. Al llegar a la celda gritó que iba a cortarse las venas y, antes de que se marchara la funcionaria, se subió a la cama, rompió uno de los cristales y con uno de los trozos amenazó con matarse.

—¡Voy a romper todos los cristales!

Y así lo hizo.

—No te acerques. Si te acercas, te doy un tortazo.

Fue trasladada a otra celda. Exactamente, la número cuatro. Trataron de interrogarla, pero María Isabel ya lo había dicho todo. Le cayeron cuarenta días más de aislamiento. El Juzgado de Santander solicitó su traslado a la capital cántabra. La llevó la Guardia Civil.

El 19 de mayo, a la una del mediodía, ingresa a en el centro penitenciario de Santander. Dijo que era peluquera. En la hoja de inscripción aparece su fórmula dactiloscópica, un conjunto de símbolos con los que se representan los tipos de impresiones dactilares en un documento. Las de María Isabel, S3333-D4^{3}242. Unos días después, una de las funcionarias de la prisión aseguraba que había sido trasladada al centro psiquiátrico de Valdecilla por sufrir un «trastorno psíquico que le impide seguir el régimen normal en este centro». Estuvo unos diez días ingresada. Volvió a prisión justo para enterarse de que, a pesar de haber sido trasladada a otra cárcel, las penas se cumplen. Desde Basauri se pusieron en contacto con el centro penitenciario de Santander para solicitar que retomaran el castigo que había quedado pendiente con ellos. El 4 de junio, de nuevo, fue aislada y, de nuevo también, fue puesta en libertad sin acabar de cumplir la condena completa. Libertad con deudas.

Mientras ella era conducida de una prisión a otra, el Juzgado determinó que dadas sus circunstancias lo más adecuado era que fuese el Patronato de Protección a la Mujer quien se hiciera cargo. Pero no tenían ninguna intención de volver a encontrarse con ella. El 11 de junio, mientras mi madre celebraba su cumpleaños ajena a toda esta película, María Isabel era entregada a la suya por orden del Patronato. Aseguraban que habían estudiado con interés el caso, que conocían en profundidad, y que, por eso, acordaban «hacer entrega de ella a su madre». Pista.

María Isabel ya estaba embarazada de dieciséis semanas.

Si aquel verano armó algún follón, no la pillaron.

El 1 de septiembre estaba de vuelta en Bilbao, con su típico trajín de vete y ven. Ese día, sobre las siete y media de la tarde, fue asistida en la Casa de Socorro del centro con contusiones en el abdomen. Declaró que no sabía quién era la mujer que le había

agredido. Quizá por eso o quizá porque tenía alguna otra causa pendiente que desconozco, fue puesta a disposición del Juzgado por encubridora.

A esas alturas del embarazo, el feto ya tiene el tamaño de una mazorca de maíz.

«EN ESTA CIUDAD TODAVÍA ES POSIBLE LA FELICIDAD»

La calle Cortes, en Bilbao, es una leyenda de la que ya no queda nada. Las viejas del barrio se lamentan y buscan culpables. La heroína y la inmigración son las principales acusadas del deterioro de una calle de la que solo se conserva el asfalto original y algunos bares que tampoco son lo que eran. Quedan miles de historias en la memoria colectiva y el recuerdo lejano de las luces de neón. Algunas me dicen que aquello era mejor que París, que venían hombres del mundo entero a divertirse, que los matrimonios de bien pasaban buenos ratos disfrutando de los espectáculos, que todo era bonanza y buen vivir. *La muerte de Mikel*, una de las obras más importantes de la carrera de Imanol Uribe, está grabada en el Bataclán, una sala de fiestas meca de transformistas en los años setenta. Hoy, por no quedar, no queda ni el cartel. El local estaba al lado de unas escaleras que conectan las dos principales calles del barrio, en una esquina en la que hoy los policías suelen aparcar sus coches para pasar el rato. A veces, comiendo pipas.

Ahora, en Cortes, sobre todo hay lonjas vacías y locales que no pintan nada. Algún estudio de arquitectura o una pequeña empresa de cerveza artesanal se mezclan entre tiendas de pelo artificial, bares de mala muerte y algún garito moderno. Solares vacíos, viejas viviendas y pisos de protección oficial con vistas a los pocos clubs que quedan en la zona. Hay una residencia universitaria, una chatarrería y algún edificio industrial en el que conviven proyectos artísticos con señores de barrio que esperan el momento de jubilarse. La calle llega hasta la plaza Doctor Fleming, un lugar de encuentro para la población negra del barrio, justo al lado del puente de Cantalojas. Ahí está expuesta una obra creada por el escultor valenciano Manolo Valdés con palabras del escritor Mario Vargas Llosa: «Mi vida parece sin misterio y monótona a quienes me ven de paso a la oficina en las mañanas apuradas. La verdad es muy

distinta. Cada noche debo salir a pelear contra un espíritu malvado que, valiéndose de disfraces —perro, grillo, nube, lluvia, vago, ladrón— trata de infiltrarse en la ciudad para estropear la vida humana sembrando la discordia. A pesar de sus disfraces yo siempre lo descubro y lo espanto. Nunca ha conseguido engañarme ni vencerme. Gracias a mí, en esta ciudad todavía es posible la felicidad. Pero los combates nocturnos me dejan exhausta y magullada. En pago de mis refriegas contra el enemigo, les pido unas sobras de afecto y amistad». Quizá María Isabel encontró algo de eso en Bilbao.

El barrio tiene rollo aunque, en realidad, tiene el mismo rollo que todos los barrios que tienen rollo en cualquier ciudad. Si Bilbao fuera Madrid, sería Lavapiés. Si fuera Barcelona, hablaríamos de El Raval. Esos barrios del centro, en los que tratan de convivir el vecindario de toda la vida con personas migradas y jóvenes más o menos precarios; esos barrios en los que, en un mismo bloque de viviendas, puedes encontrarte un piso diseñado por alguna arquitecta de renombre y casas que no cumplen las condiciones mínimas de habitabilidad. Esos barrios a los que los nuevos llegan para protestar por viejas costumbres; barrios de pisos de techos altos en los que hay gente que deja las vigas vistas y pone suelo radiante mientras sus vecinas calientan a sus hijos debajo de un buen puñado de mantas que siempre están húmedas. Sí, el barrio tiene rollo. Está muy cerca del centro, aunque siempre ha estado, de alguna manera, aislado: por la mina, por las vías del tren, por la ría. Es un barrio que está formado, en realidad, por muy pocas calles entre las que hay dos que destacan especialmente: Cortes y San Francisco. Para las amigas, Sanfran. Entre una y otra calle apenas hay cincuenta metros y dos o tres abismos. Cortes ha sido la calle del vicio y la diversión, aunque hoy apenas se vea a nadie sonreír ni disfrutar. En San Francisco estaban los principales comercios y restaurantes del barrio. Hoy, abundan los locutorios y las fruterías. La joyería de toda la vida acaba de cerrar y Gorka resiste en Ultramarinos Romaña después de la muerte de su aita. Venden los mejores puerros cocidos que nadie haya probado jamás. La tienda es uno de los últimos bastiones de un barrio que, ahora, convive con otras virtudes y otras desgracias, que no es ni mejor ni peor de lo que fue, que se resiste al olvido y se abre con cariño a los cambios

aunque las más viejas se quejen. Si les preguntas a ellas, todo está muchísimo peor. Ha cambiado, sí, pero quizá no tanto. Este barrio ha sido siempre refugio de pecadores y pecadoras, símbolo de la falsa sensación de libertad que provoca la precariedad y el abandono institucional.

La prostitución de la ciudad ha estado tradicionalmente vinculada a esta zona, que ha sido conocida popularmente como «La Palanca». La expresión puede que haga alusión al oficio de las *palanganeras*, personas que se dedicaban a dejar palanganas con agua y jabón en las puertas de las habitaciones para que clientes y prostitutas pudieran lavarse. Hubo de todo, pero era bastante común que se dedicaran a ello mujeres mayores que ya no trabajaban de putas o maricas. No sé cómo irían vestidas, pero en el barrio te dicen que vas como una palanganera si no les gustan mucho tus pintas. Hay quien dice que «La Palanca» se refiere a las herramientas que se utilizaban en las minas que hubo en el barrio hasta mediados de los años setenta: San Luis, Abandonada y Malaespera. La explotación de estas excavaciones fueron un elemento clave en el desarrollo de una zona que ha estado completamente atravesada tanto por la minería como por la prostitución. Ambas actividades han vertebrado este barrio del que se ha escrito mucho, aunque quede todavía tanto por contar.

Falta por contar, por ejemplo, que a pesar de que la prostitución ha sido un motor económico para el barrio, las mujeres que *se ocupaban* lo han tenido que hacer entre sombras. Marta, la Discreta, me lo dejó clarito la primera vez que la entrevisté hace ya años. Ella llegó de Vitoria-Gasteiz siendo una chavala y pronto empezó a dedicarse a la prostitución para poder sacar adelante a sus hijos. En el barrio, me contaba, había «currelas, pero también gente con mucho dinero. Buf, el dinero corría a mansalva por allí. Los hombres llegaban con los sobres de dinero del trabajo porque, debe ser, que lo que les pagaban de horas extras no lo llevaban a casa. Sí, el dinero corría a escombro por allí». En torno a la prostitución se han generado otros muchos negocios en el barrio: desde las mujeres que se dedicaban a cuidar a los hijos e hijas de las prostitutas hasta las peluquerías o tiendas de productos de higiene. «Había toda clase de comercios: pastelerías, joyerías, tiendas de traje… y casi en todos los lados podías pagar a plazos porque había

mucha confianza», recuerda Marta con cierta nostalgia. Confianza, sí, pero también ostracismo. El silencio y la discreción son dos de las características de las prostitutas que más se han valorado históricamente. Siempre con la misma retahíla de la doble moral que ella confirma: «Nosotras estábamos aparte. Tenía dos vidas, vaya. La gente no lo aceptaba bien. Bueno, los de las tiendas sí, porque gastabas». Que las mujeres ejercían de prostitutas en Cortes era una obviedad que era mejor no hacer evidente: el típico elefante rosa en mitad del salón. El tema es complicado y el mismísimo Franco, que era el hombre muy de sentencias en firme, no tuvo más remedio que cambiar de opinión durante los años en los que ejerció de dictador.

La II República española hizo evidente su postura ante la prostitución al aprobar, el 28 de junio de 1935, el decreto abolicionista. Entonces no se celebraba todavía el Orgullo ese día, claro. El caso es que suprimieron así todas las normativas relativas a la prostitución que estaban en vigor en el Estado español. Entre ellas, la que obligaba a las prostitutas a pasar por un control médico que certificase que no tenían enfermedades venéreas. Ahí está el verdadero quid de la cuestión: la prostitución se ha regulado históricamente pensando en la salud de los clientes y no en los derechos de las prostitutas. Se ha entendido que los machitos tienen que poder satisfacer sus *necesidades*, mientras que ningún Gobierno se ha atrevido a legislar para que las prostitutas tuvieran garantizados sus derechos. En cualquier caso, llegó la guerra y aquello ya no le preocupó a nadie.

Tras el triunfo del franquismo, y después de unos años de silencio administrativo, la dictadura aprobó un nuevo reglamento en 1941. Anulaban la propuesta republicana —con todo el placer que les provocaba aquello— y, aunque no hablaban de regular la prostitución, sino de controlar las enfermedades venéreas, sentaban así las bases de un nuevo modelo: más control policial y sanitario, así como la creación de establecimientos penitenciarios especiales para las que ejercieran la prostitución de manera clandestina. Ese mismo año se aprobó la creación del Patronato de Protección de la Mujer y seguía en vigor la ley de Vagos y Maleantes, una propuesta republicana que, sin embargo, le vino muy bien al franquismo. Tenían entonces a su disposición todo un entramado legislativo que

les permitía mantener tranquila su moral cínica y católica. Ese mismo año, entraba en vigor una ley para la protección de la natalidad, que prohibía el aborto y la propaganda de anticonceptivos. El Código Penal de 1944 castigaba con una multa de 5 a 250 pesetas a quienes infringieran las disposiciones sanitarias de la policía, pero sin especificar cuáles eran.

Marta y sus compañeras tenían que acudir a hacerse revisiones médicas a un edificio en la plaza de la Cantera. «No me acuerdo bien cómo era, pero te citaban de vez en cuando. Me imagino que avisarían a los dueños de los clubs. Además, había que rellenar una ficha que se daba a la policía, que sabía dónde nos ubicamos cada una». El edificio del que habla es el que fue el Hospital de Enfermedades Venéreas y sede del Instituto Municipal de Higiene Especial desde 1918.

El centro tenía como objetivo prevenir y tratar las enfermedades venéreas, y funcionó, en relación con las distintas normativas, hasta su completa desaparición en los años ochenta. Las prostitutas, durante los primeros años del franquismo, tuvieron que estar debidamente registradas y podían ejercer en lo que llamaban «casas de tolerancia» si se hacían la revisión sanitaria periódica que exigía la ley. Si no tenían nada, podían seguir trabajando, pero en caso de tener algún síntoma podían ser hospitalizadas en contra de su voluntad. La República no creería que con un decreto fueran a acabar con la prostitución ni es probable que la dictadura creyera que su regulación evitaría la transmisión de enfermedades venéreas. Las putas siguieron trabajando con más o menos fortuna entre la música de las orquestas, el ruido de algunas propuestas y sus gemidos fingidos.

Pero en Bilbao se apaga la música cuando pasa el Nazareno.

La procesión, organizada desde 1953 por la Cofradía de la Quinta Parroquia, es un momento clave en la vida del barrio. Especialmente para las prostitutas. Al paso del Nazareno, los clubs cierran sus puertas, bajan las persianas y apagan las luces. En cada uno de ellos, al menos una prostituta espera el paso con un ramo de flores en las manos. Los balcones aparecen ese día engalanados y por el barrio resuenan las saetas. La procesión, popularmente conocida como «la procesión de las putas», pronto causó interés en la prensa local hasta convertirse en un acontecimiento de morbo y

fe para la ciudad. La antropóloga Maribel Suárez Egizábel ha estudiado en profundidad lo que significa este rito para la identidad del barrio y asegura en uno de sus textos que la entrega de flores por parte de las prostitutas es un ritual en sí mismo: «Hay otras mujeres que desde balcones, ventanas o en la calle arrojan flores tanto a la Dolorosa como al Nazareno, pero únicamente las prostitutas depositan los ramos de flores. El sacrificio de la prostituta comienza cuando debe aparecer públicamente, separándose del resto de las mujeres, con su ofrenda. Debe ser visible, identificada como tal. Aunque el resto del año participe en la vida cotidiana como una vecina más, durante este momento debe ser sacrificada, confesar su pecado y pedir perdón. A través de la prostituta perdonada, purificada, lo será también todo el barrio». Le gritan «¡Guapo!» al Pelos, nombre cariñoso con el que se refieren a él. Dicen que las pelucas que lleva son de pelo natural porque una prostituta se lo cortó para él. Ese día, Lunes de Pascua, se escuchan sollozos entre el ruido de los tambores.

No creo que María Isabel se arrancara con ninguna saeta. Miraría, probablemente curiosa, uno de los espectáculos de los que más disfrutan sus devotas vecinas. Hoy, las mías, las vecinas que aún resisten en nuestro barrio, se empeñan en explicarme dónde estaban los bares y los *meublés*; quién vivía en cada bloque y quién era quién. Reyes, por ejemplo, era una mujer gitana que tenía un miedo horroroso a su macarra. Concha también era gitana y tenía ocho hijos. Había nacido en Valladolid. Esther, lesbiana. Era grandona y solía llevar el pelo, que lo tenía largo, en una coleta. Begoña siempre estaba en El Gaucho y debía ser preciosa, bajita y con muy mala hostia. Todas llegaron a Cortes muy jóvenes, a una calle que entonces era pura efervescencia. Entre *cabaret* y bares de copas, la vida se abría camino en Cortes.

Feli está todo el día asomada a la ventana fumando pitillo tras pitillo. Si pregunto por «las de antes», siempre me mandan a hablar con ella, y ella, a veces, habla conmigo. El primer día que nos encontramos me hizo un repaso rápido por todas las que faltan. Cabiria —probablemente en un guiño a la película italiana *Las noches de Cabiria (Le notti di Cabiria*), que narra la historia de una prostituta de Roma— debía tener mucha guasa y, cuando la policía entraba a hacer redadas en los bares, les decía: «Claro. Usted

tranquilo, no tenga prisa» y empezaba a sacar, una a una, todas las cosas que tenía en el bolso hasta encontrar la documentación. Marchó a Barcelona.

Ha muerto.

Tere, la Topolino o la Topo, era muy famosa en el barrio. Tenía el bar Tirol en la calle de la Laguna e iba siempre pintada como una puerta. Dicen que en su bar, las chicas iban vestidas de futbolistas. Tenía un loro. En el periódico municipal, en 1988, decían de ella que era «la conciencia oculta de la ciudad», que había «arreglado los bajos a tipos que fumaban habanos envueltos en billetes de mil» y había sido reposo para los guerreros de la Legión Cóndor. El periodista Antxon Urrusolo decía también que había sido «varias veces millonaria y otras tantas indigente». Tere, la Topolino, debía ser lesbiana: «El corazón le ha estallado tres veces por el desamor de una mujer —que no el de un hombre— a la que dio lo más hermoso de su vida».

Ha muerto.

Pepi, la andaluza, ha muerto.

Encarna, Begoña, Alejandra, Marachi.

Todas están muertas.

Feli no se acuerda de María Isabel porque, en aquella época, ella estaba trabajando en Canarias. La he mareado durante meses y siempre se hace la interesante antes de acceder a vernos. Un día creía que me iba a invitar a tomar un café, pero me despachó rápido desde la puerta: «A ver, enséñame las fotos que quieres que vea. No sé quiénes son. Ala. Lo siento. Agur».

Hay un rincón de Cortes en el que nunca tienen prisa para que me vaya. Es el bar de Olga. No tiene nombre porque hace un montón, cuando todavía podían aparcar coches en ambos lados de la calle, un autobús lo arrancó al subirse a la acera para poder pasar. No volvió a ponerlo porque, total, todo el mundo sabe dónde está su bar y quién es ella. Lo heredó de su padre, hace más de treinta años, y ahí sigue la tía resistiendo. Parece alucinante que le pueda salir rentable porque apenas pone tragos, pero es que esa barra es su casa. Aparecí por ahí hace ya bastante hablando de mi libro y salí de allí con la misión de escribir el suyo. Me da folios escritos a mano y yo lo voy pasando, poco a poco, al ordenador. Ya tenemos título: *Del 12 al 19*. Es el tramo de la calle en el que está

su local. Ha revuelto cielo y tierra para ayudarme, así que lo mínimo que puedo hacer es teclear también su historia. Me ha llevado de su mano a hablar con muchas vecinas que jamás me abrirían la puerta si llegara sola y, entre cerveza y cerveza, he podido conocer a muchas de las mujeres que siguen ejerciendo la prostitución en el barrio. Ven en Olga un apoyo fiel y sincero. No se corta un pelo y te dice lo que le viene en gana cuando le viene en gana. Buena es ella. Ha visto mucha mierda, pero nunca ha tragado con nada. Lo entenderéis todo al leer sus memorias.

Al final de la barra, sentado en una banqueta, está siempre Vicente. Ahora le han dado un piso de Protección Oficial fuera del barrio, pero no perdona su visita diaria a Olga. Le compra el periódico y ahí pasan juntos la mañana discutiendo de lo divino y lo humano. A él le he mareado mucho también: audio arriba, audio abajo. Vicente es mi mejor informante y el fiel escudero de Olga. Es forofo del Athletic Club de Bilbao y cofrade de la Quinta Parroquia. La última vez que nos vimos, poco antes de la procesión, me contó que había pedido que le cambiaran el traje que ya lo tenía un poco deshecho. A ver al Pelos se va guapo.

TODOS SUS AMORES ESTABAN CONDENADOS

La carta astral. Me he acercado a ella un poco más mirando a los planetas y a las estrellas. No suena muy riguroso. No. Efectivamente. No lo es. Me han leído su carta astral —porque lo quiero saber todo de ella—, pero de repente dudo: ¿Tengo derecho a adentrarme así en su intimidad? ¿Resta veracidad esta incursión casi esotérica a mi trabajo de investigación? Quizá me esté pasando, pero lo quiero saber TODO sobre ella —dónde empiezan sus lamentos, dónde mueren sus dolores, en qué posición estaban los planetas el día que nació—, pero ni siquiera sé si estaría de acuerdo con todo esto. Es más, a veces creo que me caería mal y es probable que yo tampoco le gustase mucho a ella. No sé. En cualquier caso, obsesionada por saber quién era María Isabel, por qué sufrió tanto y si alguien pudo hacer algo por evitarlo, decido seguir explorando su vida a través de una herramienta que nos facilita una fotografía del momento de nuestro nacimiento; un dibujo de nuestras luces y de nuestras sombras. Por qué no.

La carta astral, o carta natal, es un diagrama que representa las posiciones planetarias de los signos y las casas astrológicas en el momento del nacimiento. La astrología entiende como planetas los mismos que la astronomía, pero añade otros elementos como asteroides, cometas, el sol y la luna. Los signos que manejan son los mismos que encontramos en el horóscopo de los periódicos y lo de las casas es algo ya más complicado. La imagen se divide en doce apartados, que no tienen por qué ser exactamente iguales y, cada uno de ellos, es una casa. A partir de esa imagen y, basándose en determinadas técnicas, se pueden realizar interpretaciones psicológicas. En algunos casos se asegura también que se puede predecir el futuro. Sin mucha información más, pero con mucha curiosidad, pido cita. Llego, tengo que reconocerlo, con ciertas resistencias, pero me pueden las ganas de saber. Tenía claro que buscaba a alguna mujer feminista, sensible, que quisiera ayudarme a entender mejor a María Isabel y, por suerte, la encuentro. Se le

ponen los pelos de punta cuando le digo que las compañeras de María Isabel decían que tenía *mala luna*. Nos reímos porque no creemos que la mujer que dio esas declaraciones a la prensa el día que murió María Isabel fuera astróloga —aunque quién sabe—, pero lo cierto es que tampoco es una expresión del todo común. No sabremos nunca qué querría decir, pero su carta natal nos da algunas pistas. A lo largo de casi tres horas, me marca con el puntero de su ratón diferentes elementos que me ayudan a entender algunas de las vivencias que ya conozco de María Isabel.

Sí. Es muy friki. Lo sé.

Me encuentro con una María Isabel muy parecida a la María Isabel que yo había imaginado. En su carta, la luna está en Leo. No acabo de entender con exactitud qué significa, pero es probable que necesitase ser adorada para sentirse segura y querida. Era un poco notas. Una persona que se expone, que se muestra; puede que de esas que hablan más fuerte que el resto, que llaman la atención y parecen estar siempre a destiempo. Quizá, incluso, un poco egocéntrica. De las que se toman muy a pecho todo, que se ofenden fácilmente y se manejan bien en el orgullo. Sí, la verdad es que me encaja. Esa necesidad de buscar la atención para sentir el cariño suele darse en personas que han sido hijas o hijos únicos y, por tanto, han convivido con un exceso de atención, o en quienes han vivido exactamente todo lo contrario. María Isabel fue hija única unos años y luego… luego todo se fue al carajo.

En su carta, la luna está en la casa ocho. Eso tampoco me dice nada al principio, pero acaba por descubrirme las sombras de María Isabel con más claridad que nunca. Trato de disimular los nervios. No nos conocemos y esa mujer no sabe lo que significa para mí que me ofrezca la posibilidad de acercarme un poco más a María Isabel aunque no entienda bien algunas de las cosas que me dice, aunque no sé si creo en la astrología, aunque me dé pudor y miedo. La casa ocho es la casa más oscura de todas las casas y habla de personas que tienen una gran conexión con su sombra. Fue magnética. Eso ya lo sabía. Vivió muy cerca de su oscuridad y, quizá, siempre fue consciente de su fuerte intuición. Tenía acceso a sus sombras, sí, pero también a las del resto. ¿Qué habría visto en mí María Isabel? Lo que sí sé es que me lo habría dicho porque era directa y clara. Una claridad que no podemos asumir la mayoría. Aquello le traería

problemas. Sí. Eso seguro.

María Isabel pudo percibir que quienes la querían le invadían hasta lo más profundo de su ser y, quizá por eso, aprendió a vincularse desde lo hondo con el resto. Aprendió a querer como le habían querido a ella. Todos sus amores estaban condenados.

En la casa ocho no solo tiene la luna, sino que ahí también aparece Plutón, lo que indica cuál tendría que haber sido su primera gran transformación vital. Lo habitual, según la astrología, es que, en torno a los veintisiete o treinta años, vivamos lo que se llama el retorno de Saturno. Es en ese momento en el que nos convertimos en personas adultas porque, hasta entonces, seguimos ancladas en el rol de niñas, buscando entender cuál es la herida que nos ayudará a crecer. En la cultura popular se conoce como la crisis de los treinta, pero ella murió mucho antes y ahora, más de cuarenta años después, me muero por ella de rabia yo.

Ese retorno de Saturno es un momento clave de la vida en el que nos toca aprender algo importante. No le dio tiempo a aprender que, a pesar de que su niña interna encontraba la seguridad en el poder, en el sexo y en el dinero, era capaz de encontrar esa calma en otros lugares. Creo que vivió con la sensación constante de no encontrar jamás la paz y, joder, qué horror. La oscuridad era su refugio y, probablemente, fuera capaz de vivir en estados alterados. Sí. Desde luego que sí. La carta parece indicar lo que indican otros documentos: María Isabel no vivía sus dramas en el silencio de su habitación.

La carta natal indica una mezcla explosiva y mucha potencia. La presencia de Saturno en la casa 10 señala que tenía dificultades para entenderse con la autoridad. Esa casa representa también a la madre, la que probablemente nunca le mostró mucho afecto sin ponerle ciertas condiciones. Así, aprendió que el amor es una moneda de cambio. Ella, que necesitaba un retorno afectivo especialmente fuerte, se encuentra huérfana de padre siendo una niña, con una madre que no era muy cariñosa y bajo la vigilancia de unas instituciones —desde los centros psiquiátricos a las cárceles o las diferentes instalaciones del Patronato de Protección a la Mujer — en las que el amor era el eterno ausente. A pesar de todo, María Isabel era una tía que sabía mantener la mirada, una lideresa que percibía lo que no percibía el resto, una mujer con iniciativa e

impulso. Lo que no puedo saber es si, alguna vez, tuvo la oportunidad de poner en práctica sus talentos. Quizá ella no hubiese necesitado a la gente de la COPEL para organizar la huelga por su muerte.

Capricornio con ascendente Sagitario. María Isabel no se andaba con rodeos, pero no tuvo tiempo para descubrir quién era en realidad. Puede que fuera una mujer apegada a lo material, a sus recuerdos, pero nadie sabe dónde quedaron sus cosas. Lo que daría yo por tener en mis manos algunos de sus vestidos o por ponerme cualquiera de sus collares. Se dejaba llevar, quizá demasiado. Sabía lo que deseaba el resto, pero nunca supo qué quería ella. Encontró en el sexo la oscuridad que necesitaba, y su intuición, su gran capacidad para conectar con las heridas de otros, la pudo haber dejado al descubierto en más de una ocasión. Tenía miedo al fracaso, pero se fabricaba ella misma los obstáculos.

Vivió en guerra y, me atrevo a afirmar, tuvo mucho que ver con una de sus principales relaciones. Ha sido completamente imposible dar con él, pero casi mejor, porque me encantaría decirle cuatro cositas. En teoría, según él mismo dijo a la policía, llegó a Bilbao en 1974 y parece ser que era de Barcelona. Entonces vivían en mi ciudad 430 021 personas y 5680 cerdos. María del Pilar Careaga Basa era la alcaldesa.

Él llegó, según su testimonio, a pasar unos días de vacaciones. No estaba trabajando porque andaba esperando a que le convocaran para hacer la mili. Si esto es cierto, podemos intuir varias cosas: que tenía una posición económica relativamente cómoda que le permitía un tiempo de descanso, que tenía entre dieciocho y veinte años, que su padre estaba vivo, que había nacido en el Estado español, que no estaba estudiando y que no tenía ninguna discapacidad física ni psíquica. El 2 de mayo de ese año declaró por primera vez ante la policía de la ciudad. Decía que el día anterior había conocido a María Isabel en una cafetería del barrio Deusto y que estaba con ella desde entonces en su casa. No se acordaba de haberla agredido, pero sí de que había bebido mucho. Su versión se parece solo un poquito a la de María Isabel. Ella contó al mismo policía que estaba tranquilamente durmiendo en su casa cuando este tío llegó de muy malas maneras. Estaba enfadado porque el día anterior habían quedado, pero ella no apareció. Solo sabe su nombre de pila y le

conoce porque han bailado juntos en alguna ocasión. La discusión subió mucho de tono y cuando él la agarró del cuello, ella se defendió. Entró en la vivienda, agarró una botella y le golpeó varias veces en la cabeza hasta que cayó al suelo y se cortó ella el pie. En el parte de la Casa de Socorro, una especie de centro ambulatorio que funcionaba entonces, aparecen reflejadas las erosiones y contusiones generalizadas, así como una herida incisa en la planta del pie derecho. Una vecina dijo que «la mujer estaba siendo cruelmente maltratada», pero el asunto se entendió como una «agresión mutua». María Isabel vivía entonces en el barrio de Atxuri, una zona entre el Casco Viejo y Bolueta, pero se mudó poco después.

El tío se pegó unas buenas vacaciones. Cincuenta días después de haber conocido a María Isabel seguía en Bilbao viviendo del cuento. En 1974, pasaron juntos prácticamente todo el mes de junio en una casa de huéspedes del Casco Viejo. En el número 5 de la calle Jardines estaba la Pensión Viedma, que regentaba su propietario. A él no debía importarle mucho la moral franquista porque no puso pegas a alquilarles una habitación, aunque tenía que saber, de sobra, que no eran matrimonio. Entonces había que demostrar el parentesco para que una pareja heterosexual pudiera compartir una habitación. Declaró ante la policía que había «sospechado», pero que le aseguraron que eran matrimonio y se lo creyó. No le enseñaron el libro de familia y, según sus documentos de identidad, ambos estaban solteros. El hombre no tenía ninguna intención de jugar a ser Sherlock Holmes.

Todo fue bien hasta que llamó al 091.

Era alrededor de la una del mediodía cuando empezaron a escucharse gritos y golpes en la habitación que compartían. El escándalo debía ser importante porque el dueño de la pensión llamó asustado a la policía. Les detuvieron a ambos y, una vez más, se contradijeron en sus declaraciones. Ella dijo que llevaban juntos quince días y que él se había enfadado porque no quiso follar. María Isabel llevaba viviendo allí más de veinte días. Si estaba sola pagaba 150 pesetas y el propietario le cobraba exactamente el doble cuando estaban los dos. Él afirmó que, desde que se conocieron a principios de mayo, según declararon en otra ocasión, habían estado juntos en diferentes sitios de la ciudad. No sabía decir nada

más porque todavía no conocía Bilbao. No tuvo ningún problema para reconocer que era un gorrón porque, según sus propias palabras, lo pagaba todo ella. Confirmó que estaba bebido, que igual se puso tonto y que se habían vuelto a agredir mutuamente. Ambos fueron puestos a disposición judicial. La denuncia inicial se tramitó por escándalo público, pero María Isabel acabó acusada de ejercer la prostitución y él, de proxenetismo.

No puedo confirmar que volvieran a verse, pero puedo intuir que ese tío fue una de sus principales condenas. María Isabel, en algún momento que no he podido determinar con exactitud, decidió marcharse con él a Barcelona. No hay ninguna evidencia más allá de su propio testimonio ante un juez, pero, según su declaración, estuvo allí pasando unos meses mientras trabajaba de camarera. Declaró haber trabajado en Tequila, una whiskería mítica del Gòtic. Abrió en 1950 y ha sido un templo en la noche barcelonesa.

La astróloga me propone que le comparta alguna fecha que crea que puede ser importante para que mire qué pasa con los tránsitos. Si no lo entiendo mal, compara la carta natal de María Isabel, con la situación de los astros ese día. Dudo, pero decido preguntarle cuál era la posición planetaria de los signos y de las casas astrológicas el 23 de noviembre de 1973. Ella me dice que, en el primer caso, Urano estaba en cuadratura con Urano. Eso significa que se dio un cambio brutal en su propia autoidentificación, que se dio una gran revolución interna en su ser.

Aquel día nació su hijo. «¿Por cesárea?», me pregunta. No tengo ni idea. Venus, además, estaba en la casa 1: «Le llegó alguna forma de amor», me explica. Probablemente, el único de sus amores que le trajo algo de paz aunque estuviera de alguna manera también condenado.

Ese pequeñín apenas pudo conocer a su madre.

¡JAZZ! Y TE CORTO LA YUGULAR

No se tarda nada en llegar en tren a Sondika desde Bilbao. No había estado nunca y, después de estar, tampoco sabría decir gran cosa del pueblo. Las rabas del bar al que fuimos estaban buenas, las cañas estaban bien echadas y la familia de Saray es majísima. La búsqueda de María Isabel ha tenido, incluso, algo de enfermizo. He enseñado su foto a gente que no conocía «por si acaso», se la he enseñado a mi gente «por si acaso»; he preguntado quién podría conocer a los dueños de los clubs en los que trabajó, a alguna de las funcionarias de prisiones, a alguna de las putas que trabajó en la huelga, a posibles chulos, amigas, amantes; he preguntado en bares, en restaurantes, en comisarías, en clubs, fruterías, tiendas de flores, peluquerías y ultramarinos. Hasta la saciedad. A veces, solo a veces, he tenido suerte. Así fue como me enteré de que Pepín, el tío de mi vecina Saray, tenía una tienda de condones en Cortes. En el cartel del comercio, que sigue en pie, no pone que sea una tienda de condones. Pone «Higiene especial». Así, sin más, en mayúscula y con unas letras enormes. Pepín ha muerto, pero quizá su mujer podría acordarse de algo. Era altamente improbable, pero cogimos el tren y fuimos a Sondika. Total, no se tarda nada.

La tía de Saray se llama Teresa y, efectivamente, no conoció a María Isabel: «No te creas, que tampoco se me hace completamente desconocida». Quizá algún día se cruzaron por la calle, pero poco más. Ella no trabajaba en la tienda de su marido, aunque solía pasarse a echar una mano o iba a buscarle para ir después a tomar algo. A sus hijas y a sus sobrinas les decían que trabajaban en una droguería, algo que no es del todo mentira; y, si preguntaban en el colegio, las niñas decían que su padre era autónomo, que también era verdad.

Resulta que esa tienda la montó el abuelo de su marido, un hombre que nació en Jaén y debía ser más listo que el hambre. Primero anduvo navegando y luego estuvo viviendo en Barcelona y en Santander hasta que decidió asentarse en Bilbao y poner en

marcha un negocio que le salió redondo: el de los condones. Teresa no sabe decirme cuándo abrió exactamente, pero sabe que el hombre llegó a Bilbao tras perder todo lo que tenía en Santander tras un desastre natural. Probablemente, el incendio que asoló la ciudad en febrero de 1941. Si así fuera, el hombre llegó a Bilbao poco antes o poco después de que la dictadura prohibiera, en agosto de 1941, cualquier forma de propaganda anticonceptiva, que sería castigada «con la pena de arresto mayor en su grado mínimo (de un mes y un día a dos meses) y multa de 500 a 5000 pesetas. Será castigada con igual pena la exposición pública y ofrecimiento en venta de objetos destinados a evitar la procreación». El Código Penal de 1944, además, recogía en el artículo 416, que serían castigados «con arresto mayor y multa de 1000 a 25 000 pesetas los que, con relación a medicamentos, sustancias, objetos, instrumentos, aparatos, medios o procedimientos capaces de provocar o facilitar el aborto o de evitar la procreación, realicen distintos actos». Entre ellos, «la divulgación en cualquier forma» de medios «destinados a evitar la procreación, así como su exposición pública y ofrecimiento en venta». Hasta 1978, la venta, divulgación y uso de anticonceptivos estuvieron prohibidos aunque, por supuesto, se generaron estrategias de resistencia para evitar la tiranía del régimen fascista. Teresa me cuenta que los y las clientas solían llamar a los condones «calcetín de viaje», un término que recoge Cela en su *Diccionario secreto*. A pesar de los eufemismos, que parecen más un chascarrillo que una forma de evitar la represión, lo cierto es que la tienda estaba a pie de calle y era muy visible. Podemos intuir que no había mucha voluntad de cerrarla a pesar de lo que dijera la ley.

Los condones los traían de Barcelona «a granel», cajas y cajas de preservativos. No es que tuvieran cola, pero llegaba gente de toda la provincia («y de otras») a comprar. Teresa no recuerda exactamente cuánto costaban, pero calcula que serían entre dos o tres pesetas cada uno. Para demostrar que eran resistentes, en la tienda tenían un artilugio de madera, con forma de pene, en el que los introducían para probar su resistencia. Además, los inflaban para comprobar que no tuvieran desperfectos. Luego les echaban polvos de talco y los envolvían para vender en paquetes de tres, seis o doce condones.

No era lo único que ofrecían. «Para que te hagas una idea, era una especie de parafarmacia». Vendían todo lo necesario para hacerse lavativas y también esponjas naturales que las prostitutas se introducían en la vagina para evitar embarazos cuando los clientes no querían utilizar condones. «Eran bastante caras», recuerda. Podían comprar también compresas, tiritas, algodones, esparadrapos. Todo lo necesario para los primeros auxilios. «Mira, dame algo, que me han mordido». Teresa recuerda una calle Cortes que era un auténtico lujo: «Era como Las Vegas, de verdad»; un rinconcito de Bilbao en el que había de todo. Pura efervescencia y glamur y, probablemente, mucha violencia también contra las prostitutas.

La relación entre las prostitutas y la familia que regentaba la tienda era una relación atravesada por el respeto y una aparente distancia. Casi el mismo que se suele tener a una médica o a un farmacéutico, por ejemplo. Ellos iban trajeados y despachaban a sus clientas con profesionalidad y cariño. La distancia, sin embargo, no era tanta como trataban de evidenciar en el momento de la compra. Teresa recuerda que pasaron la Nochevieja con una mujer prostituta que tenía el pelo morado y que su marido llegó una noche a casa con un pequeñajo en pijama. Su madre tenía que trabajar esa noche y no tenía dónde dejarlo. La tienda estaba abierta todos los días de diez de la mañana a dos de la madrugada, excepto Nochevieja y Nochebuena, que cerraban sobre las nueve y media. El mostrador tenía un cristal y debajo estaban, de muestra, algunos de los productos que vendían. Controlaban quién entraba y quién salía a través de unos espejos. La lonja era larga y estrecha; estaba dividida en dos partes: la zona de venta al público y el almacén en el que se preparaban los materiales. Ahí solía estar Teresa cuando iba a echar una mano. Miraba, curiosa, a través de las cortinas. «Era la tienda más conocida del barrio, pero de la que menos se hablaba», cuenta. Excepto en el caso de las prostitutas, que eran ellas quienes iban a comprar los condones, lo habitual es que no entrasen muchas mujeres.

Ella y su marido, con el tiempo, acabaron montando un *sex shop* muy cerca de la tienda de productos de higiene. Era el primero que se abría en Bilbao y estaba debajo de unas escaleras que unen Cortes con San Francisco, al lado del Bataclán, en la esquina en la

que los policías hoy se paran a comer pipas. Lo llamaron Heros. Tenían seis cabinas para ver películas porno y ropa sadomasoquista. Lo de las películas dejó de ser rentable con el tiempo y aumentó tanto la competencia que decidieron cerrar. Fueron pioneros, entre otras cosas, en la instalación de dispensadores de condones en los váteres de los bares: «Al principio no era rentable porque rompían todas las máquinas».

Teresa aprovechó un par de viajes que hizo por Europa para fisgar qué es lo que se llevaba. Viajó a Hamburgo con un coro y acabó perdida por el barrio chino. Allí se encontró con una prostituta que pensaba que andaba cotilleando y no le hizo ni puñetera gracia. Empezaron a charlar y resulta que conocía a su marido porque había estado una temporada en Bilbao. En un viaje a Londres, de ese turismo abortivo que hicieron muchas mujeres en los setenta, acabó en Piccadilly comprando popper. Aquello, claro, arrasó en el barrio.

La calle San Francisco, paralela a Cortes, muere en la plaza de Zabalburu. Es una plaza peculiar porque está dividida por una carretera. A un lado, media circunferencia y, al otro, la otra mitad. Es una zona con bastante trasiego y es muy fácil encontrarte allí con gente del barrio que va a hacer la compra al Carrefour. En un lado de la plaza hay unos columpios, bastantes bancos, un baño público, un fotomatón y unas farolas rarísimas que diseñó Mario Nanni. Además del Carrefour también hay un bazar gigante, un par de bares, una zapatería. Al otro lado, tenemos un par de bancos, alguna cafetería, una tienda de segunda mano y poco más. A ambos lados de la carretera, en cada mitad de la plaza, el terreno tiene algunos pequeños montículos artificiales de hormigón recubiertos de césped y bastantes árboles. Puede que esté pareciendo que es un lugar amable, pero la verdad es que poca gente para por allí. No es que sea el sitio más terrible de Bilbao, pero cerca hay rincones mucho más agradables. En una de las mitades de la plaza, en la que está el Carrefour, hay siete torres con 470 viviendas. Fueron construidas por los arquitectos Eugenio M.ª Aguinaga Azqueta y Luis M.ª Gana Hoyos para la empresa Construcciones Alcorta y se inauguraron en 1971. En los bajos estuvo el primer centro comercial de la ciudad. *ABC* lo anunciaba con mucho entusiasmo: «Bilbao se incorpora a la gran revolución europea con su centro

comercial Zabalburu». Ahí estaba también Galerías Preciados, aunque tardaron poco en echar el cerrojo.

Aquel gigante comercial tenía de todo. Allí se abrió la que debe ser la primera pizzería de Bilbao. Una mujer lo cuenta en un grupo de nostálgicos bilbaínos en Facebook: «Había mucho lío para pillar un sitio. Ahora parece mentira, con todas las que tenemos, pero yo pizzas solo las había visto en el cine y, cuando la probé allí, con trece o catorce años, me decepcionó tanto, que aún siguen sin gustarme». En esos mismos bajos estuvieron los Cines Abra, inaugurados en 1977 y reconvertidos en una sala de cine erótico entre 1985 y 1993. Lo reabrieron «para todos los públicos» y apenas duraron dos años en funcionamiento. Estuvo también allí la sala de cine Vistarama. La prensa decía que era «una de las siete mejores salas cinematográficas del mundo». Ahora ahí hay un gimnasio, el que está justo al lado de la parada de autobús que va a la Universidad. En 1974, la fábrica Babcock Wilcox —conocida como «la Balco»— organizó en el centro comercial un concurso de pintura. Ganó Ismael Fidalgo.

Los edificios, de setenta y cinco metros de altura, debieron ser uno de los rincones más llamativos y modernos de la ciudad. Mi madre se compró allí unos pantalones de cuadros negros y blancos. Poco antes de que se inauguraran las torres se instaló, en 1967, una fuente que se convirtió en uno de los principales reclamos de la zona. De eso ya no queda nada. Hubo comercios de todo tipo hasta que todo el glamur se quedó en nada. El vecindario, claro, debió cabrearse. Les habían prometido otra cosa y algunos se lamentan todavía en distintos foros de internet de la situación en la que está ahora el barrio: «Esta zona fue lo más de Bilbao durante muchos años. Era impresionante verlo en su máximo esplendor, con todos los comercios funcionando, los bares, la plaza iluminada con la fuente. Miles de personas paseando por allí, cruzando la plaza por los subterráneos. En Navidad era acojonante y precioso». Las viviendas también deben ser impresionantes. «Tendrías que ver los pisazos» con calidades «de lujo, enormes, con entrada para el personal de servicio. Pisos devaluados a día de hoy y con problemas para ser vendidos». Todo se fue al garete y este vecino, claro, cree que la culpa de todo la tenemos los vecinos de San Francisco y Cortes. Asegura —parece un poco exagerado el hombre— que

tienen que contratar «seguridad privada para poder moverse por las noches sin ser atracados».

El tipo parece un poco exagerado, sí, la verdad es que su relato de aquel lujo resulta increíble. Ahora, la zona da pena. Entre una de las cafeterías —una de esas a las que no llevarías nunca a nadie a quien quieres impresionar— y el Carrefour, puedes acceder a una galería en la que ya no queda absolutamente nada excepto una librería. El hombre, además, parece empeñado en resistir y a veces la zona aparece repleta de carteles de promoción. Casi todo lo demás, se vende. Resisten cuatro cosas. Entre ellas, una sauna.

En los bajos de esos edificios estaba La Casa del Loco, un local que era bastante excéntrico. Apenas quedan algunas referencias escritas sobre un garito donde sonaba *jazz*. Lo primero que encuentro en algunos foros es que lo abrió Filippo Carletti, un músico italiano pionero en los años sesenta por incluir ritmos electrónicos en sus grabaciones. El hombre lo dejó y el negocio quedó en manos de Juan Antonio Ipiña y Guillermo Cortázar, Willy, que resultan ser dos personajes también de mucho *cuidau*.

Esto promete.

Resulta que tanto Juan Antonio como Willy volvieron de nuevo a Bilbao tras unos años de aventuras en Madrid. El primero había estado estudiando Ingeniería de Minas mientras se dedicaba a ser representante del cantante Toni Landa; Willy había sido el director artístico de la banda de Julio Iglesias durante seis años. Ambos, por cosas de la vida, decidieron volver a Bilbao y coger un local con una decoración muy sorprendente. Había sillas y mesas en el techo tratando de simular una realidad invertida. Las mesas, bajitas, estaban preparadas para grupos de seis u ocho personas; los asientos eran pufs redondos. El escenario estaba en una esquina y, por allí, pasaron grandes músicos como el mismísimo Oscar Peterson. Era la época del destape, así que también había actuaciones de estriptis y cuplé. «Yo lo recuerdo de pequeño: los vestuarios de las bailarinas, las luces, el humo, la barra. En ese sitio, se bebieron Escocia», asegura el hijo de uno de ellos. La aventura no duró mucho porque se les fue de las manos. «A mí no me han contado muchas cosas, pero sé que hubo hasta balazos. Iban policías, proxenetas, melómanos… Se juntaba allí lo mejor de cada casa». La tarjeta de visitas del local era una caricatura de los

dueños. Aquello fue muy divertido hasta que cerraron. «Salieron de allí como el rosario de la aurora».

Un martes de septiembre, María Isabel se acercó a tomar algo con una amiga a La Casa del Loco. La noche acabó con varios partes médicos y la intervención de la policía. Fue acusada de haberle abierto la cabeza a un hombre con una botella de cristal tras discutir por un pisotón. Su madre declaraba años después que le había cortado la yugular y…, sí, pues algo así debió ser.

Ellos dijeron que estaban tranquilamente tomando unas copas cuando dos mujeres intentaron pasar por el pasillo que da a la barra; que María Isabel, sin ton ni son, le dijo a uno de ellos: «Quítate, patoso». A su hijo no le gustó que hablara así a su padre y le recriminó su actitud con algún insulto que nadie recordaba y un empujón. Ella cogió una botella, la rompió por la mitad y le dio un golpe a la altura del cuello. Sangraba mucho, así que lo metieron en un coche y fueron corriendo al hospital. Un policía municipal les dijo allí que las dos mujeres estaban siendo intervenidas también por lesiones en una de las Casas de Socorro de la ciudad. Iban para allá —no dicen exactamente para qué— cuando se encontraron con un coche patrulla de la policía al que pararon para contarles lo ocurrido.

La amiga de María Isabel declaró que ellas llegaron con la intención de tomar algo, pero que el camarero les dijo que no estaba sirviendo porque había un grupete montando jaleo. Al marcharse, uno de ellos le puso la zancadilla a María Isabel y esta le llamó patoso. El hijo del patoso la llamó hija de puta y se lio a golpes con ella hasta que la tiró al suelo. Dijo que no sabía nada más porque la sacaron del local.

María Isabel declaró algo parecido. Ellas se iban del bar porque no podían tomar nada, pero un tipo que estaba en la barra no las dejó pasar. Le pidió que se apartara, pero él le puso un pie por delante. Entonces, le llamó patoso, sí. El hijo se puso bravo: «A mi padre no le llamas patoso, hija de puta». Le dio un puñetazo, la tiró al suelo, le pisó el pecho, le tiró un cenicero y una botella encima. Pudo levantarse unos minutos después y dirigirse hacia su amiga, que en ningún momento salió del local. María Isabel negó haberle dado un botellazo. Esa noche se quedó ingresado en la zona de cirugía general del Hospital de Basurto con pronóstico reservado.

María Isabel también fue atendida esa noche en el mismo hospital. Mientras esperaba a tomar declaración en la comisaría, después de haber sido atendida en un centro ambulatorio, volvió a sentirse mal. Fue trasladada por un coche patrulla al hospital en el que le mandaron tomar unas pastillas. El mismo coche la llevó de vuelta a la comisaría en la que acabó de declarar. Dijo que «el padre era bajo con el pelo blanco y gordo; el hijo era rubio con gafas blancas, bajito y regordete» y que el amigo que estaba con ellos era «moreno, bajito y regordete con bigote». No he conseguido contactar con ninguno de ellos.

Encuentro también algunas referencias sobre La Casa del Loco en *Doctor Blues. Memorias autobiográficas*, un libro autoeditado por Gotzon Monasterio. Encuentro, en sus páginas, recuerdos y anécdotas de un Bilbao completamente desaparecido ya. Monasterio es un crápula. Conoce todos los tugurios de la ciudad porque ha tocado en prácticamente todos los rincones y garitos. Me pongo en contacto con él y, ¡sorpresa!, conoce a María Isabel. Solo de vista, pero la conoce. Me cuenta que solía verla por los bares de la zona como el Cliper, Mosela, Rimbombin o Long Drink. Todos estaban por la zona de Zabalburu y ya no queda casi ninguno. En el Faisán y en el Chaston paraban también muchas prostitutas de Cortes: «El ambiente era macarra, de obreros y policías. Algunos, como el Chaston, eran bastante sórdidos». Se traficaba con droga y se jugaban timbas «con mucha pasta».

Es difícil encontrar en Bilbao a personas que se acuerden de María Isabel. Matilde sí sabe quién era, pero no tiene muchas ganas de contarme gran cosa. La suelo ver llegar al barrio por las mañanas: camina despacio y siempre lleva una coleta, de esas que parece que solo pueden hacerse con laca. Parece tímida. No sé si tiene manías, pero alguna vez la he visto desayunando un cruasán en otro bar del barrio y pide cuchillo y tenedor. Hace la mejor pasta al pesto del barrio y siempre parece muy atareada, aunque se mueve como si no tuviera prisa.

Me mira con cierto recelo desde que un día aparecí en su bar con una foto de María Isabel. Regenta un bar con su excompañero, un tipo argentino que nació para ser barman, de esos que te cogen el abrigo para ponerlo en el perchero. Dice que no puede contarme gran cosa, aunque me cuenta algo interesante: «Me llamaba cariño

mío veinte veces al día» y, bum, descubro que María Isabel pudo haber sido más dulce de lo que yo creía. «Era una mujer que tenía muy mal genio. No le podías hablar si no te hablaba ella» y, bum, confirmo que tenía grandes cambios de humor. «Estaba muy estropeada por mucho alcohol, mucha droga y mucha leche». Entonces se llevaba el caballo, la coca y los canutos, pero eso ya lo sabía.

—¿La conocías por su nombre o tenía algún mote?

—No lo sé, pero todo el mundo tenía apodos aquí. La llamaban «la Loca». A veces no quería hablar con nadie y tenía muy malos modales. La mejor información te la puede dar la policía.

En el archivo de la policía podría encontrar mucha mandanga. María Isabel tenía jarana un día sí y otro también, pero en los documentos oficiales no se prevén apartados para ninguno de los datos que a mí me interesan: cómo era su risa, cómo masticaba la comida, qué tono tenía su voz, de qué verde eran exactamente sus ojos. La información que me ha facilitado me ayuda a leer entre líneas quién y cómo era. Me entretengo mirando su firma que cambia radicalmente por temporadas. Si estaba tranquila, firmaba con claridad: M.ª Isabel Gutiérrez Velasco. Si estaba ansiosa, depresiva o rabiosa, ocupaba por completo el documento con una rúbrica desproporcionada. «Esta soy yo, hijos de puta» o algo así pensaría.

500 PESETAS POR INCITAR AL ACTO CARNAL

La tía tenía genio.

Aurora la reconoce rápido en cuanto ve la foto: «Esta muchacha era de Santander. La verdad es que no estaba bien de la cabeza. No estaba bien. Montaba unas… Le tenía pánico todo el mundo. A lo mejor pasabas por al lado de ella, la mirabas y te daba un *jetazo*». Recuerda que una vez María Isabel lanzó al suelo a un hombre de un golpazo y que solía andar con un montón de bolsas por la calle. No sabe decirme cómo vestía, pero sí sabe que, a veces, se quedaba en cueros: «Se quitaba la ropa y se quedaba en tetas. Era una pobre mujer».

La detuvieron decenas de veces. Principalmente, por ejercer la prostitución. Aurora, que no accede a que quedemos, me atiende amablemente por teléfono. «Era muy guapa. Y era una cría, una cría. Muy joven. Es que no sé, no sé, hija, no te puedo decir nada más. Yo con ella no hablaba porque le tenía más miedo que a un nublado. No podías hablar con ella. Estábamos en la peluquería de Juan, entraba… y salíamos todas escopetadas porque era una *jata*, una *jatona*». La peluquería de Juanito estaba en el número 26 de la calle Cortes. Ahora ahí hay un solar tapiado con bloques de cemento pintados con murales: «Como clavos y ahorro para ti, mi amor». Al lado está pintado un bocadillo de puntas.

Esa calle, aunque hoy parezca increíble, desbordaba vida. Era una zona con mucha personalidad en la que el dinero brotaba a borbotones gracias, principalmente, a lo que generaban las prostitutas. Pero la postura de la dictadura ante la prostitución cambió radicalmente a partir de 1956. Unos años antes, en 1953, habían firmado el concordato con la Santa Sede y, en 1955, España ingresó en la Organización de las Naciones Unidas.

Cuéntame más, Francisco.

Un decreto-ley de marzo de 1956 abolía la prostitución en siete tristes artículos. Se declaraba que la prostitución era tráfico ilícito;

quedaron prohibidas las mancebías y casas de tolerancia, que tenían un plazo de tres meses para cerrar. Aseguraban que las medidas irían acompañadas del «incremento de los medios tendentes a la regeneración, reeducación y readaptación a la sociedad de las mujeres explotadas, y la preservación de las que puedan hallarse en peligro, así como la actuación de índole sanitaria». Así, aumentaban las competencias del Patronato de Protección de la Mujer, al que se le encomendaba a partir de entonces «la creación, fomento y coordinación de las instituciones que no tengan carácter penitenciario, para la enmienda y regeneración». La institución tenía también la obligación de tratar de procurar «trabajos normales» para las acogidas. En abril, una orden gubernamental, desarrollaba las nuevas funciones del Patronato. Los y las propietarias de las casas de tolerancia o mancebías tenían la obligación de facilitarles una lista de las mujeres que trabajaban en ellas para que pudieran decidir las medidas oportunas para cada una. Para todo ello, «la Dirección General de Seguridad y las Jefaturas de la Policía pondrán a disposición de las Juntas Provinciales del Patronato los elementos personales que estimen indispensables al cumplimiento de este mismo y facilitarán los medios de locomoción y desplazamiento que sean necesarios».

Pues ya estamos todos. Los locales fueron clausurados y las mujeres, condenadas a trabajar en unas condiciones de mayor inseguridad. Ningún decreto, si no va acompañado de medidas de protección para las mujeres, acabará nunca con esta práctica. El papel todo lo aguanta, claro, pero tampoco este decreto franquista acabó con la prostitución. Las prostitutas acabaron arrinconadas entre una amalgama de normas, decretos y leyes que aumentaban su vulnerabilidad.

El escritor José Ramón Sáiz Viadero publicó en 1976 una obra imprescindible para entender cómo era ejercer la prostitución entonces: *Conversaciones con la Mary Loly. 40 años de prostitución en España*. El seudónimo pretendía «disfrazar lo suficiente su personalidad», pero, sobre todo, les permitía «trabajar con libertad y no traicionar el auténtico sabor de su nombre». Mary Loly se soltó y su voz arroja luz a los ángulos muertos a los que no ha llegado la historiografía. Ella declaraba entonces que la última noche antes de que entrara en vigor el decreto abolicionista

hicieron una cena de despedida con amigos de confianza: «Las chicas trajeron cada una a su hombre y nos pegamos una tripada de no te menees». Cuenta, como anécdota, que comieron unas gallinas que había comprado ella misma sin saber que habían sido robadas de la huerta de su madre. Fumaron grifa y, Mary Loly, que no lo había probado hasta entonces, se sentía volar. La despedida fue «entre triste y descacharrante». Entonces se llevaban los discos dedicados y mandaron a la radio poner uno para «las señoritas del taller». Era «Adiós, muchachos», un tema que se grabó por primera vez en 1917. «Me toca a mí hoy emprender la retirada», dice el tango. Muchas lo hicieron, sí.

Algunas de sus compañeras, preocupadas ante la inseguridad, decidieron dejarlo durante un tiempo porque trabajaban «voladas» temiendo siempre «que la pasma te echara el guante o que algún gamberro se aprovechara. Había que hacerlo en un taxi, en los coches de los clientes o en la playa, en un descampado». La situación se tranquilizó relativamente con el tiempo. Algunas volvieron al oficio y «poco a poco empezaron a atender a su clientela de forma discreta, en pisos de confianza. También en algunos bares te dejaban atender en el cabrete superior. Fueron malos días, con todo lo beneficioso que parecía aquel decreto». Trabajar entonces era cada vez más complicado, pero si se reduce la oferta, aumenta el precio. «Hubo un aumento en la consideración de nuestro trabajo, por lo menos en el rendimiento por servicio. De los tres duros que cobrábamos entonces, se puso a 50 pesetas en unos días».

A partir de la aprobación del decreto abolicionista de 1956, la maquinaria legislativa franquista se puso en marcha. En 1961 se introdujo en el Código Penal el delito de prostitución, así como se desarrollaban los castigos previstos para quienes vivieran de las personas prostituidas o facilitaran la misma. Las putas empezaron entonces a camuflarse entre otros empleos. De camareras, por ejemplo.

Un miércoles, el 12 de noviembre de 1974, a eso de las siete de la tarde, María Isabel fue arrestada en Cortes por un miembro de la Brigada de Orden Público. El funcionario declaró haberla detenido por incitar a los hombres a realizar el acto carnal, no justificar realizar actividad laboral alguna ni contar con otros medios de vida

que los obtenidos ejerciendo la prostitución. Al ser interrogada, dijo que había estado años trabajando en distintos clubs como camarera ganando unas 15 000 pesetas al mes, pero que llevaba seis meses trabajando de prostituta en dos bares de Cortes. No sé por qué María Isabel dijo la verdad. El caso es que la dejaron marchar, pero la encontraron poco después. El día 20 entró en prisión acusada de ejercer la prostitución. Una patrulla de la policía había entrado a un bar y la encontraron allí. La estaban buscando porque ya sabían que solía acompañar con frecuencia a un hombre de «dudosa forma de vivir» y que hacía de la prostitución su modo de vida. En comisaría, afirmó que sí, que era verdad, que era puta, pero que no siempre se había dedicado a lo mismo. Había trabajado, al menos un tiempo, en la barra de distintos bares. Dijo que había empezado a ocuparse tras dar a luz a su hijo que había nacido, exactamente, un año antes. Contaba que trabajaba siempre en el mismo piso y que solía cobrar 500 pesetas «como mínimo por el tiempo necesario para desahogarse». Aseguró que vivía holgada.

Ya ante el juez aseguró que llevaba ocho meses sin dedicarse a la prostitución: «Estoy retirada». Dijo que entonces trabajaba en un bar en Santutxu, pero que se había quedado sin trabajo porque la policía había cerrado el local. Entró en prisión a disposición del Juzgado de Rehabilitación y Peligrosidad Social por un delito relativo a la prostitución. Entonces, medía 1.74 y tenía el pelo teñido de rubio. Fue puesta en libertad mes y pico después porque no encontraron «síntomas de peligrosidad especial» en ella.

En marzo de 1975, medía 1.72. Estaba en prisión preventiva esperando a que el Juzgado de Peligrosidad y Rehabilitación Social decidiera si le aplicaban medidas de seguridad. Habían solicitado una fianza de 5000 pesetas que, por supuesto, no puso. Según lo que establece la ley, las personas detenidas tienen derecho a explicarse, y son estas declaraciones los documentos en los que más he podido escuchar su voz. Entonces hablaba de su bautizo, contaba que había estado trabajando hasta entonces en un bar que tenía su madre, que nunca se había dedicado a la prostitución y que había pasado alguna temporada en Bilbao de vacaciones. No era lo mismo que opinaba la policía, que aseguraba que «carecía de medios de vida y que se dedicaba a la prostitución». Tienen más detalles: ganaba unas 2500 pesetas. Esos días, el niño estaba con ella en

Bilbao y solicitó, creo que de su puño y letra, que le dejaran salir para hacerse cargo de él. Tras recabar toda la información, pasar por el fiscal y por el juez, decidieron que no tenían pruebas suficientes para afirmar que se dedicara a la prostitución y fue puesta en libertad el 19 de abril.

Puede que María Isabel exagerase al hablar de sus finanzas aunque puede que viviera relativamente holgada en lo económico. Al menos, algunas temporadas. Mary Loly apunta algo importante: «Hemos ganado mucho mucho de este dinero, para mí que está maldecido, porque se nos va con la misma facilidad que lo ganamos. ¿En qué? Nunca lo sabes con certeza, pero la seguridad de conseguirlo bien en las rachas buenas te crea una forma de ser, te habitúa el carácter, y no das importancia a su posesión, a cuánto ganas, y comienzan las juergas, los viajes, los vestidos, las alhajas, que sirven para empeñar o malvender en los momentos de apuro, en una enfermedad o para no dejar de pagar a la que se encarga de tus hijos…, haces regalos a los amigos, a la familia, que no le falte de nada a tus padres, a tus hijos, a tu marido. Eso la que no tiene que entregar la mayor parte de su ganancia al chulo».

La verdad es que me encaja. María Isabel era una tía muy generosa. Una de sus compañeras lo declaró a la revista *Primera Plana* tras su muerte: «Era muy espléndida. Le gustaba vestirse bien, a veces en plan *hippy*. Era la mejor cliente de El Corte Inglés, donde compraba toda su ropa y la de su hijo». El niño entonces debía estar todavía al cuidado de Trini, una mujer que vivía en la calle de la Laguna. Pagaba entre 8000 y 10 000 pesetas al mes para que se hiciera cargo de él. El peque pasaba también muchas temporadas con su abuela a la que María Isabel solía darle 2000 pesetas a la semana para su manutención.

En la calle de la Laguna, una de las que corta Cortes, había muchos clubs y casas de prostitución. El barrio ha cambiado mucho, pero esa calle ha desaparecido casi por completo. Hoy parece increíble, pero ahí estuvieron, al menos, el Neska, Columbia, Hippies, Boni, Orfeo, Texas, Chino, Las Vegas, El Rincón Dorado, Dallas, Salón Micky, El País, La Gaditana, El Recreo, Canadá o el Corinto. Además, también en la Laguna había pisos que las prostitutas utilizaban para acostarse con sus clientes.

La dinámica era siempre la misma: te acercabas al tipo en el bar,

te invitaba a una copa, de la que cobrabas un porcentaje, y buscabas cama en alguno de los pisos que estaban habilitados por la zona. De lo que te pagaba el cliente, asumías el gasto de la cama y, en su caso, de la *palanganera*. Si tenías chulo, le dabas a él lo que te sobraba. Mary Loly, desde luego, siempre pasó de ellos. Ofrece una descripción impagable de esa figura: «Quede bien claro que no he tenido en mi vida un macarra, ni lo tendré jamás. Me basto sola para vivir en este mundo sin que nadie tenga que administrarme ni decirme lo que tengo que hacer, ni gastarse mi dinero: si sigo en esta profesión es porque no me veo capaz de amoldarme a las obligaciones que trae consigo un trabajo en un sitio fijo, como para venirme a mí con controles ni imposiciones de un tipo que no quiere trabajar». Está claro, Mary Loly. Ella se lamentaba porque sus compañeras, además de entregarles todo el dinero, les trataban como si fueran príncipes, aunque ellos se pasaran el día «sin rascar bola». En la mayoría de los casos, los macarras o chulos eran sus parejas, pero también los había que ejercían de macarras profesionales y se dedicaban a recoger el dinero que ganaban para ellos varias mujeres. Abundaban «los obreros y los hijos de prostitutas». Los había de todo tipo, pero siempre con algo en común: vivían del trabajo de *sus* mujeres.

Luisa no ha leído el libro de la Mary, pero es igual de experta en la materia que ella. Es la jefa en uno de los clubs más emblemáticos del barrio: el Manhattan. Llegó a Bilbao cuando María Isabel ya estaba muerta, pero conoce muy bien el barrio. Mientras la camarera nos sirve una cerveza, le cuento su historia y pone cara de pena. Ella querría morir dormida y, sí, yo también. Aterrizó en el club New York en 1979 y, ahora, tiene su propio negocio: «He sabido aprovechar el tiempo». La prostitución, dice, «no es fácil para nadie. A mí se me caían los mocos hasta los talones la primera vez que tuve que estar con un hijo de Satanás». Lo de los chulos, no lo entiende y, como hizo Mary hace tantos años, culpa a las mujeres: «¿Por qué tienes que pagar a un tipo para que esté contigo? Yo no lo voy a entender ni lo entenderé nunca. Es incomprensible. Puedes trabajar sin tener chulo. Igual antiguamente necesitabas el apoyo del hombre para que no se metieran contigo, pero eso fue una época muy pasada. Antes las mujeres éramos un poco ignorantes. Yo he tenido la suerte de no haber caído en las

manos de ellos, pero sí he tenido amigas y conocidas que lo han sufrido». Las situaciones de violencia a las que se han visto históricamente abocadas muchas prostitutas y esa manera de educarnos a las mujeres para no estar solas son dos de las claves que ayudan a entender por qué muchas prostitutas entregaban sus salarios.

Nadie sabe decirme si María Isabel tenía macarra.

En esa época, parece que salió del barrio. Trabajaba con Saturnino. Era un cabrón. Pegaba unas palizas terribles a su mujer con las muletas que usa desde que perdió una pierna. «La vas a matar», solían advertirle, pero le daba exactamente igual. Él decía que estaba loca e hizo que la ingresaran en un psiquiátrico. «Le tenía mucha tirria porque ella conducía cuando tuvieron el accidente», me susurra un antiguo trabajador del Charleston, el club de alterne que tenía antes de que todo se fuera a la mierda en aquel 127. Iban o volvían de Zaragoza.

En su barrio me dicen que es un chulo y un facha, que tenga mucho cuidadito con él porque no se anda con tonterías. Me describen a un hombre muy desagradable y tramposo, un personaje de poca monta y mucha mala hostia; un tipo que rellenaba las botellas de licor del club con garrafón antes de que llegasen los primeros clientes y racaneaba hasta la última peseta a las mujeres que trabajaban para él. Ahora se dedica a pedir en la puerta de El Corte Inglés.

Eso es lo primero que me dicen cuando pregunto por él y, algunos, sonríen. Parece que encuentran cierta justicia poética en verle sentado en el suelo de Gran Vía mostrando su pata de palo y estirando la mano ante desconocidos. No tardo en encontrarle, pero el señor rudo que me había imaginado resulta ser un mindundi. Está muy muy muy delgado. Lleva un pantalón de traje marrón y un jersey del mismo color, con pinta de elegante pero lleno de bolas. Debajo se asoman los cuellos sobados de una camisa amarillenta. Atado a la empuñadura de una de las muletas, lleva un paquete de pañales de adulto.

No se sorprende cuando me acerco:

—Hola, ¿es usted Saturnino?

—Sí.

—Me llamo Andrea, soy periodista. Espere que me quite la

mascarilla y las gafas para que me vea bien.

Le suelto mi rollo y responde con amabilidad a todas mis preguntas hasta que saco el cuaderno y tomo alguna nota. Entonces, a Saturnino le entran las prisas por llegar a casa y, aunque me ofrezco a acompañarle, rechaza con amabilidad mi propuesta. En realidad, lo agradezco. Va pisando huevos y ya sé que no tiene mucho más que contarme. Reconoce a María Isabel en cuanto ve la foto, pero ni siquiera es capaz de recordar su nombre.

Lo que no termino de entender es cómo acabó ella en aquel club. La prostitución en Bolueta era un rollo muy distinto. Podías encontrar algunas luces de neón, pero nada que ver con el espectáculo luminoso de Cortes. Bolueta es un barrio muy barrio o, al menos, lo fue en algún momento. Apenas puede distinguirse de Txurdinaga o Santutxu. En esa zona de Bilbao, los barrios están tan cerca unos de otros que cruzas, de uno a otro, en un bostezo. En cualquier caso, a pesar de que un mismo bar podría tener la barra en un barrio y el baño en otro, los de Bolueta tienen claro qué es lo suyo. En una misma calle están el Bar Galicia y el Celta de Vigo.

En Bolueta había ambiente. Si hay ambiente, hay prostitución. En apenas unos metros cuadrados estaban los clubs Afrodita, Yanis, Nevada, Traviata, 700, Geisha y Copa. No queda ninguno abierto y solo una de las lonjas mantiene el cartel luminoso. «Nevada» se encendía en azul y «Club», en rojo. Encuentro con cierta facilidad a varios hombres que me hablan sin pudor de sus incursiones en estos locales, pero apenas recuerdan a las mujeres con las que se acostaban. De María Isabel, claro, tampoco saben decirme nada. La mayoría no debía ser de la zona, probablemente ni siquiera de Bilbao. Saturnino, que parece bastante flipado, me dice que él iba a Madrid a buscar mujeres. No parece probable, aunque, en cualquier caso, no fue en Madrid donde encontró a María Isabel.

Al lado del Charleston, pared con pared, había un colegio que ahora es una residencia. Los chavales miraban, curiosos, cómo algunas trabajadoras entraban al club sobre las tres del mediodía. Entonces ellos eran unos mocosos, que jugaban por las tardes a buscar rodamientos en las inmediaciones de la fábrica de Santa Ana, un símbolo del barrio y de la economía vasca. Muy cerquita del club, en el Cuatro Caminos, solían estar los chulos de las prostitutas jugando a las cartas y gastando los duros que ganaban

ellas. Ese bar ahora es una tienda de ortopedia y el Charleston está tapiado. Debía tener una ventana roja con algún dibujo en la puerta, pero no queda ni rastro. Entre lo que me cuentan unos y otros acabo por entender que era un local relativamente modesto en el que trabajarían entre ocho y diez mujeres. Al fondo, en frente de los váteres, Saturnino puso con el tiempo unas diez habitaciones. El local no era especialmente grande, así que eran cubículos donde apenas cabía un catre y alguna palangana. María Isabel declaró que ella ganaba allí 1000 pesetas diarias de asignación fija más lo que se llevaba del «descorche», se refieren así en el argot de las prostitutas a los ingresos que reciben del consumo que hagan sus clientes.

Al perder la pierna, Satur no quiso perder también el control de su negocio. Echó un puf dentro de la barra y ahí estaba tumbado todo el día controlándolo todo. «Dadme un vaso», solía pedir desde el suelo. Meaba en él y lo dejaba apoyado entre las copas.

UN SIMULACRO DE SU MUERTE

La familia de María Isabel y sus compañeras declararon insistentemente a la prensa que había sido detenida por robar un pastel. Es más: por robar un pastel en la tienda de Bernardo. No sé de dónde pudo surgir ese rumor que se extendió como la pólvora entre las vecinas del barrio y las periodistas que cubrieron lo sucedido. No, en noviembre de 1977 María Isabel no entró en prisión por robar un pastel en la tienda de Bernardo.

Lo más parecido al robo de un pastel en la tienda de Bernardo ocurrió en octubre de 1975 en Los Juncos, un bar en la plaza que está al lado del Ayuntamiento. Hoy se llama plaza Ernesto Erkoreka, pero entonces todavía se llamaba Primo de Rivera. Esos bares han estado siempre muy concurridos de madrugada y a primera hora de la mañana. Son puro Bilbao, tanto como las canciones de Doctor Deseo. Era habitual acabar ahí las noches de farra para algunos y de trabajo para otros. Han sido, tradicionalmente, un lugar de encuentro para los más crápulas de la ciudad. Todavía hoy, si madrugas, te encuentras por allí con algún personaje curioso. De esos que pretenden disimular su colocón con conversaciones que entienden muy profundas, aunque ninguna de las frases esté completa.

Un sábado, a eso de las doce del mediodía, María Isabel se presentó en Los Juncos. Agarró un pastel de la barra y se lo iba a comer cuando uno de los camareros le llamó la atención. Él creyó que pretendía marcharse, pero ella insistía en que lo iba a pagar.

En lo que coinciden los dos es en que María Isabel se puso un poco nerviosa.

—Me tiró el pastel a la cara y tiró toda la comida que había preparada sobre la barra. Salió a la calle y empezó a insultarme. Los daños ascienden a unas 500 pesetas.

Ella tenía una versión parecida:

—No he podido evitarlo y, llevada por los nervios, se lo he tirado a la cara porque yo pensaba pagarlo. He tirado también unas

banderillas que había en la barra y me he marchado.

Ambos declararon en comisaría, a la que fueron trasladados por un guardia de la Policía Municipal y, en principio, ahí debería haberse quedado la cosa. En teoría, claro. Lo de María Isabel era un continuo vete y ven. Lo mismo estaba en Bilbao que se marchaba a Santander, lo mismo amanecía en Torrelavega que se marchaba unos meses a Barcelona. Si se le metía algo en la cabeza, ya estaría. No había manera humana de hacerle cambiar de opinión. Sí, era bastante cabezota. Estaba condenada, a pesar de su rebeldía, a que las instituciones tomaran decisiones en su nombre.

En agosto de 1976, por alguna razón que desconozco, María Isabel ingresó en contra de su voluntad de nuevo en el Hospital Psiquiátrico de Valdecilla. Exactamente, el sábado 14 de agosto. Un día antes se hizo el documento nacional de identidad.

Ingresó el sábado y se dio a la fuga el viernes siguiente. Probablemente marchara directamente a ver qué ambiente había por la calle San Pedro. El caso es que esos días conoció a un tipo de Palencia, que entonces vivía en Córdoba y era un poco mayor que ella. Juntos se marcharon a Torrelavega, una población industrial a unos veinte kilómetros de Santander. Llegaron pasada la media noche y pidieron una habitación en el Hotel Saja, asegurando que eran matrimonio.

Engañaron al propietario. María Isabel le dijo que no tenía el DNI encima, que lo tenía en la maleta y que se lo enseñaría después. Al día siguiente, sobre las once de la noche, el dueño subió a tocarles la puerta porque todavía no le habían facilitado la documentación. Ella abrió y le explicó tranquilamente que, efectivamente, no era la mujer de aquel señor. Él, encima, había desaparecido sin pagar la habitación, el desayuno y alguna otra cosa más que habían consumido. La cuenta era de unas 1000 pesetas.

El hotel ahora está cerrado y los propietarios, muertos. Nadie de la familia recuerda el episodio. Tuvo su público porque imprimían, incluso, postales del establecimiento. Alguna podía comprarse en todocoleccion.net hasta que la compré yo. Es una imagen dividida en tres apartados: a la izquierda, en vertical, vemos una foto completa del edificio del hotel, que tenía un cartel con el nombre en el tejado; la otra mitad de la postal está dividida por dos fotos

verticales. En la primera vemos lo que parece el *hall* del hotel, con unas sillas verdes y, debajo, una de las habitaciones. La colcha es marrón de flores, las cortinas son blancas; sus mesillas, sus cuadros de adorno y poco más. No tiene mala pinta. Las fotos que aparecen en internet son más realistas que las de la postal.

María Isabel no tenía intención —ni de coña, vaya— de hacerse cargo del gasto. Hizo ademán de coger sus cosas para marcharse, pero el hombre llamó a la comisaría. Mientras llegaba la patrulla, María Isabel «organizó un fuerte escándalo dando muestras de estar bebida y con una gran excitación nerviosa». Montó un pollo, vaya. Ella quería marcharse con todo lo que le había gustado de la habitación: una colcha, cinco toallas, una bandeja de acero inoxidable, un vaso y un cenicero. Dos guardias se la llevaron.

Declaró que había conocido a aquel tipo en Santander y que habían estado todo el día «realizando actos íntimos». Follando, vaya. Les contó que había sido detenida en varias ocasiones y que sufría alteraciones nerviosas.

—¿Y del robo?

—Me llevaba las toallas y la colcha porque las he lavado yo.

—¿Y el resto de las cosas?

—La bandeja, el cenicero y el vaso me gustaron.

María Isabel pasó aquella noche en el depósito municipal de Torrelavega que, aunque tiene nombre de sitio al que llevan los coches que están mal aparcados, debía ser un centro de detención. Llegó bastante nerviosa y estuvo todo el día armando escándalo, golpeando la puerta de su celda, insultando a los guardias, rompiendo el lavabo y cagándose en lo más grande. Aquel día hizo un simulacro de su muerte.

En torno a las cinco de la madrugada e, insisto, según declaró la policía, «hubo necesidad de sacarla de su celda y mantenerla esposada a uno de los barrotes de la verja de entrada del depósito, ya que había prendido fuego al colchón y mantas de su cama y parte de la ropa que ella tenía». Avisaron a los bomberos y a nadie se le ocurrió otra manera mejor de tranquilizar a una persona en plena crisis que esposarla a los barrotes de una verja. No pasó buena noche, claro.

Al día siguiente, Eugenia fue a visitar a su hija. Aseguró que tenía sus facultades perturbadas y se mostró preocupada porque,

según ella, era peligrosa. Entonces dijo que María Isabel se quedó con un «estado mental deficiente» desde que tuvo un accidente de coche con once años, que le daba por romper las cosas y que cree que un día se va a matar: «Tengo miedo a que un día me haga algo a mí o a cualquier persona de la calle».

El juez municipal de Torrelavega valoró que se trataba de un caso que podría corresponder al Juzgado de Peligrosidad y Rehabilitación Social, que puso en marcha el procedimiento habitual. El médico forense fue a reconocer a María Isabel mientras estaba detenida y aseguró que se encontraba con un cuadro de excitación y agitación como consecuencia del trastorno mental que padecía. Aseguró haber estudiado su historial clínico y pidió que se tramitara urgentemente su traslado al Centro Psiquiátrico Provincial para su internamiento y tratamiento. Ante tal informe forense, el juez solicitó que se ampliara la declaración de su madre, que ese mismo día insistió en que su hija era «un peligro social» y que estaba «expuesta» a seguir cometiendo escándalos que podrían poner en peligro a otras personas.

Tuvieron el detalle de volver a preguntarle a María Isabel cómo veía ella el asunto y entonces declaró que ni había estado con ningún hombre en ningún hotel ni había robado nada, sino que había sido ella víctima de un robo: le faltaba su reloj.

La pusieron en libertad por la falta de hurto y daños, a la espera de juicio, pero se acordó su ingreso en Valdecilla a disposición del Juzgado de Peligrosidad y Rehabilitación Social. Desde Bilbao, sede del juzgado que actuaba en las provincias entonces denominadas como Vizcaya, Álava, Guipúzcoa, Santander, Burgos y Logroño, ratificó el internamiento preventivo mientras se llevaban a cabo las investigaciones previstas. No sé si María Isabel volvió a ingresar en Valdecilla, pero, si así fue, volvió a escaparse unos días después.

El 30 de agosto ya estaba otra vez en Bilbao y, de nuevo, con el pastel entre ceja y ceja.

Algo pasó aquel día en Los Juncos, más allá del episodio del famoso dulce, que María Isabel no pudo perdonar. Dentro le quedó una rabia que no pudo contener y, meses después de que le acusaran de haber robado un maldito pastel, volvió con la intención de matarles. A eso de las cuatro de la tarde, uno de los camareros llamó a la policía porque estaba «escandalizando e insultando a los

clientes». Le pidieron la documentación, pero no quiso dársela y la llevaron detenida a comisaría. Tanto dentro del bar como ya fuera se levantaba la camiseta para enseñar las tetas. A las cinco de la tarde, declaraba ante la policía que estaba divorciada y entregaba un cuchillo de acero inoxidable de unos once centímetros «desde el tope de mango hasta la punta» con el filo de sierra y un tenedor de acero inoxidable de tres puntas, ambos con la inscripción de RESTOP, un bar de autopista.

El camarero declaró que él estaba tranquilamente trabajando cuando «llegó y sin razón alguna, ni mediar palabra, empezó a tirar las sillas hacia los clientes». Escupió a la gente que estaba en el bar y le quitó la escoba a la mujer que estaba limpiando para tratar de golpear al camarero. Él, muy orgulloso, aseguró que no pudo. Consiguió echarla fuera y, ya en las escaleras, María Isabel le sentenció: «Te mataré ahora o cuando pueda». Les metieron a los dos en el mismo coche y, durante el trayecto hasta comisaría, ella se quedó a gusto: «Hijo de puta», «me cago en tu puta madre», «te tengo que matar».

Aseguró que llevaba en Bilbao solo unos días, que tenía 400 000 pesetas, que era ambulante y no tenía ninguna intención de contarles de dónde sacó el dinero, pero que era para «sus diversiones». No sabía cómo se llamaba el camarero. Ella pidió un café, el camarero la miró mal, a la señora se le cayó la escoba; ella tiró un vaso porque no quería beber y, sí, le llamó «maricón», «hijo de puta», «cabrón» y «cornudo», pero no le amenazó. Bueno, sí, un poco sí: «Le dije que le iba a arrancar la cabeza». En el coche intentó agredirle, es verdad.

Yo, si me lo permiten, tengo una hipótesis clara: nunca perdonó que le acusaran de robar aquel pastel porque pensaba pagarlo. Se obsesionó, lo repetía prácticamente a diario y acabó por enterarse todo el barrio. En su cuerpo quedó grabada la sensación de injusticia y, por tanto, de venganza. Lo repetiría tanto que, todavía hoy, su madre cree que la detuvieron por robar un pastel.

El 30 de agosto de 1976 fue detenida por amenazas de muerte y, una vez más, trasladaron su caso al Juzgado de Peligrosidad y Rehabilitación Social. De nuevo, la maquinaria en marcha. El médico forense decía entonces que padecía «graves trastornos de carácter y conducta ligado a una enfermedad psíquica, maníaca,

sobre la base de una personalidad psicopática». Aseguraba que necesitaba de un tratamiento «intrasanatorial cerrado» en un establecimiento psiquiátrico porque no era posible un tratamiento ambulatorio. Aseguraba también que «desde el punto de vista médico-legal» su ingreso en un establecimiento penitenciario «acarrearía peligros para su persona». Este mismo día ingresó en el Psiquiátrico de Zaldibar donde aseguraban que tenía «ideas delirantes y trastornos de pensamiento: megalomanía y pensamiento mágico» que correspondían a un cuadro de esquizofrenia.

En el último parte que emitieron desde el hospital se aseguraba que durante su estancia había cedido parcialmente su excitación con «medicación neuroléptica» sin que desaparecieran los síntomas de trastornos de pensamiento e ideas delirantes «manteniéndose su reticencia y exhibicionismo», dificultando la relación terapéutica por «su negativismo, falta de colaboración» y conducta inadecuada. En el mismo informe aseguran que padece «coprolalia», el término médico que recoge cierta tendencia patológica a decir obscenidades, e hipermovilidad. Parece ser que las articulaciones de María Isabel eran más flexibles y elásticas de lo habitual. Prueba a imaginarla bailando. A mí me saca siempre una sonrisa.

El Hospital de Zaldibar, inaugurado en 1923 en un antiguo balneario, fue uno de los que sufrió duras críticas en 1977 por parte de un grupo de MIR (Médico Interno Residente) que se encerraron entre el 17 y el 30 de mayo en el Colegio de Médicos de Bizkaia. *El País* recogió que lo hicieron como protesta a unas sanciones impuestas a los trabajadores de, precisamente, Zaldibar. Durante el encierro elaboraron un informe «realista y deprimente»: «Ni siquiera en las instituciones destinadas para ellos, los locos pueden mostrarse tal cual son y encontrar un clima de comprensión humana que les ayude a sentirse acogidos y protegidos. Todo lo contrario, se les explota, se les domestica y se les anula con el rigor implacable de la institución fría y paternalista. Son años soportando no solo la más genuina marginación social, médica y asistencial, sino también unas condiciones de vida duras y unas técnicas de tratamientos sofisticadamente agresivas. En resumen, esta es la vida del sector de población más proscrito y castigado del Estado español desde hace más de un siglo. Esta es la otra amnistía a conseguir».

María Isabel se fugó el 8 de septiembre. Puede que se marchara de vuelta a Santander, en su ya clásico vete y ven, o puede que se quedara en Bilbao unos días. A finales de septiembre tuvo que ser atendida en una Casa de Socorro porque había sido agredida.

Ni rastro de ella hasta el 21 de octubre de 1976.

Era jueves y no hacía mucho frío. El termómetro marcaba los catorce grados en Santoña, una población rodeada de Cantábrico y famosa por sus anchoas. María Isabel andaba por allí «semidesnuda, formando un fuerte escándalo». Puede que la detuvieran ese mismo día o que aquel episodio no tuviera más recorrido, pero poco después volvía a ingresar en el Hospital Psiquiátrico de Santander. Esos días, fue declarada «incapaz permanente y absoluta por esquizofrenia».

Mientras tanto, el Juzgado de Peligrosidad y Rehabilitación Social volvía a abrir otro procedimiento en su nombre. Lo de siempre. Las instituciones franquistas no tuvieron nunca la intención de reeducar a nadie. En algunas ocasiones, si el caso no era muy complicado, puede que te mantuvieran durante años en sus circuitos de manera más o menos estable, pero María Isabel era un marrón que fue rebotando de acá para allá.

CONTORNO DE CARA PENTAGONAL Y ÁNGULO FÁCIL AGUDO

María Isabel tuvo mucho trajín el último año de su vida. Trajín igual no es la palabra. En cualquier caso, si era trajín, era malo. Debía andar desasosegada, inquieta, cabreada, revuelta. No sé. Todo iba muy rápido entonces. Tanto que resulta prácticamente imposible trazar una línea del tiempo clara de todo lo que le ocurrió entre 1976 y 1977. En la vida de María Isabel los episodios se agolpan uno detrás de otro. Era detenida cada dos por tres y los trámites del Juzgado de Peligrosidad y Rehabilitación Social se pisaban unos con otros. No habían acabado de dictar una sentencia cuando se solicitaba la apertura de un nuevo expediente. Tuvo decenas de cristos con la Justicia y prácticamente siempre por lo mismo: por trabajar de puta y ¿por estar loca?

El 23 de noviembre, martes, a eso de las doce del mediodía, María Isabel volvió a visitar una comisaría en Bilbao. Seguro que, en algún momento, resopló harta de la situación. Es probable que conocieran ya sus datos de filiación, pero siempre empiezan por ahí las declaraciones: María Isabel Gutiérrez Velasco, hija de Eugenia y de Manuel, nacida en Santander el 23 de diciembre de 1953, bla, bla, bla. Este día fue entregada por dos policías de la Brigada Regional de Orden Público con una mujer de Barakaldo, que estaba viuda, y un hombre que, me imagino, sería el mismo que le traía por la calle de la amargura desde hacía un tiempo.

Los policías habían entrado a un piso en San Francisco esa misma mañana porque tenían «infundadas sospechas» de que la propietaria de la pensión podía favorecer la prostitución. Comprobaron que en una de las habitaciones estaban María Isabel y el hombre «yaciendo en la única cama existente». No era la primera vez que ella acudía a ese piso acompañada de hombres y siempre con el beneplácito de la propietaria. Pidieron el libro de registro para comprobarlo y ¡eureka! Ese mes había estado, al menos, en tres ocasiones, aunque en una de ellas había presentado el DNI de

su madre para poder registrarse. Se lo robaría del bolso al marcharse de Santander.

Los tres fueron conducidos a la comisaría. Él declaró que nunca había pagado a María Isabel por acostarse con ella. En el juicio dijo que se conocían desde hace unos años, pero que su relación era superficial porque ella no estaba muy bien de la cabeza. Tendrá jeta.

María Isabel estaba reclamada por el Juzgado de Peligrosidad y Rehabilitación Social, así que ese mismo día entró en prisión. Vuelta a empezar: antecedentes, informes familiares, forenses y todo el rollo. A ella le tomaron declaración ya en la cárcel a través de un formulario. En él aseguraba que nunca había utilizado un nombre distinto al suyo, que era peluquera de profesión y que no tenía ningún menor a su cargo porque su hijo entonces estaba al cuidado de un «ama». Dijo haber vivido con su madre los últimos años y que sus deseos, aspiraciones y proyectos para el futuro pasaban por trabajar. El forense que la valoró aseguró encontrarse ante una mujer de «constitución atlética, contorno de cara pentagonal y ángulo fácil agudo» que padecía una esquizofrenia. El tratamiento estaba parcialmente retirado entonces, pero su enfermedad había generado problemas de conducta en prisión en otras ocasiones. No tenía ninguna enfermedad «ni defecto físico» que le impidiera trabajar y concluyó que debía ser ingresada en un establecimiento psiquiátrico.

Tras todas las pesquisas, el fiscal concluye, el 12 de enero de 1977, que María Isabel tiene una conducta descrita en el artículo 3 de la dichosa ley: «Serán de aplicación los preceptos de esta ley a los enfermos y deficientes mentales que, por su abandono o por la carencia de tratamiento adecuado, signifiquen un riesgo para la comunidad». Determinan, por tanto, que se le apliquen las medidas previstas para esos casos: «Internamiento en un establecimiento de preservación hasta que sea necesario; y sumisión a la vigilancia de los delegados». A partir de este momento, se lo comunican desde el juzgado y le piden que designe «procurador que le represente y abogado que le defienda», si no quiere que se busquen de oficio. Además, le solicitan que presente una fianza de 10 000 pesetas para garantizar «el pago de las costas y otras responsabilidades pecuniarias que, en definitiva, pudieran declararse procedentes

apercibiéndole que en caso de no presentarse, proceder al embargo de bienes que resulten de su propiedad en cuantía suficiente para cubrir la expresa suma». Casi nada. Qué entendería ella de todo esto.

Esos días es trasladada al complejo penitenciario femenino de Madrid. Resulta muy muy muy complicado rastrear qué centros estaban en funcionamiento durante el franquismo. Ricardo Campos conoce bien «el galimatías de instituciones» que puso en marcha el franquismo para poner en práctica su proyecto represivo. Es doctor en Historia Contemporánea por la Universidad Complutense de Madrid y forma parte del Proyecto Psiquiatría y Cambio Social. Nos vemos por Zoom un par de veces. La primera vez, tiene que hablar bajito porque su hija está estudiando para unas oposiciones. Lo primero que tengo que saber es que tratar de investigar cómo se organizó el franquismo con relación a las prisiones y a la psiquiatría es «una pesadilla» porque tanto las propias instituciones como el discurso se fueron adaptando con el paso de los años. Al principio, el sistema era completamente evangelizador y buscaban redimir las penas con el trabajo. A partir de los años sesenta se pusieron más científicos y consolidaron las instituciones a partir de una clasificación de los presos según los delitos o las enfermedades. «Tuvieron que adaptarse a los cambios sociales de esa época: la industrialización, el éxodo del campo a la ciudad, el turismo y las nuevas costumbres» obligaron al régimen a actualizar la norma que había heredado de la II República. De todos esos centros que debieron crearse entonces, encontrar información es toda, una odisea.

En Madrid, otro médico forense escribe un informe sobre la situación de María Isabel a partir de lo que declara y de sus propias interpretaciones, claro. Ella asegura que nadie tenía antecedentes neuropsiquiátricos en su familia, que es la mayor de tres hermanos sanos [María del Carmen, *in memoriam*] y que nació de parto normal; que pertenece a una familia de clase social baja, integrada y adaptada. Ella afirmó que en plena adolescencia empezaron los problemas. Narra sus fugas, sus ingresos en prisión. El psiquiatra que la trató entonces en Madrid aseguró que no tenía enfermedad mental alguna, sino que se trataba de una personalidad con una dotación intelectual normal o baja, que se relacionaba con

dificultades afectivas y tenía reflexiones infantiles.

No presentaba enfermedad mental alguna así que, según su criterio, estaba perfectamente capacitada para volver a Santander con su madre.

La diferencia entre unos diagnósticos psiquiátricos y otros era tal que la defensa de María Isabel aseguró que había una contradicción en los juicios clínicos expedidos y pidió que se aclarase cuál era su situación psiquiátrica con las pruebas que se estimasen oportunas. Solicitaron que se aclarara si era necesario que tuviera un tratamiento clínico en régimen de internado o si, efectivamente, podía volver a su casa. Desde Madrid, el médico volvió a asegurar que no presentaba «ninguna enfermedad mental, tan solo una personalidad inmadura con una fuerte labilidad afectiva y una dotación intelectual dentro del término medio-bajo». Decía que su aptitud laboral había mejorado durante su estancia en el centro, que había adquirido ciertos hábitos y se mostraba «diligente en cuantas tareas se le encomiendan». Que no ponía pegas a nada. Concluía que parecía «conveniente dar por terminado el internamiento preceptivo» y proponía que si tenía pendiente alguna medida de internamiento fuera trasladada al centro penitenciario de Alcázar de San Juan, en Ciudad Real.

Antes del traslado, María Isabel estuvo sufriendo la oscuridad, la violencia y la humedad de lo que se ha conocido popularmente como la cárcel de Yeserías. El complejo penitenciario femenino de Madrid se convirtió en una prisión de mujeres en 1974. Antes había sido un hospital penitenciario y un asilo para pobres. Una de las trabajadoras del centro, en los años ochenta, aseguraba en un artículo que estaba formado «por cuatro edificios, construidos en paralelo, y otro que lo cruza» que estaban «separados por dos calles sin patios» con «un campo de deportes». Decía que las reclusas estaban atendidas por un «equipo de Observación y Tratamiento, formado por una criminóloga, una psicóloga, una pedagoga, cuatro educadoras y tres asistentes sociales. En el recinto del complejo se encuentra ubicado, en edificio aparte, el único psiquiátrico penitenciario femenino de España». Ahí estuvo ingresada María Isabel.

Durante el tiempo que estuvo en Yeserías, el director era Carlos Jesús Jiménez Cañete. En un reportaje en la revista *Triunfo*,

firmado por Gonzalo Goicoechea, se le define como un «hombre bajito que nunca ocultaba lo que sentía. Era muy franquista. Era muy totalitario». El periodista añadía que «cuando surgía algún problema, se arremangaba el brazo y enseñaba sus heridas de bala, viejas heridas de guerra en la que él luchó con los vencedores». Formaba parte del cuerpo de prisiones desde los años cuarenta. Pasó por varias cárceles hasta que cayó en Madrid en algún momento de 1976.

A pesar del oscurantismo con el que se gestionan tradicionalmente las prisiones, Jiménez Cañete abrió las puertas en alguna ocasión a los medios de comunicación. En junio de 1978, recibió a la revista *La Unión del Pueblo*. Les contó que en la cárcel había en torno a 165 mujeres divididas en varios departamentos: el de las madres, en el que están tanto las embarazadas como las que tienen hijos menores de tres años; el departamento de peligrosidad social y toxicomanía; el de detención y las «de convicción». Así se refería a las presas políticas. Contaba que las reclusas estaban «separadas para comer, dormir y ver la televisión. El resto del tiempo conviven juntas, excepto en el caso de las madres, que tienen su propio patio, con juegos para los niños, y el departamento psiquiátrico». El hombre aprovechó para quejarse por la falta de presupuesto y se esmeró en explicar las bondades de un centro en el que, por supuesto, había más ratas que bondad. Les habló de un gimnasio, de un cine, de talleres…, que resultó ser un cine en el que repetían las mismas películas una y otra vez, un gimnasio que apenas abrían y unos talleres en los que trabajaban en condiciones de esclavitud. «El trabajo es obligado para las penadas. El horario del taller de flores es de diez a una y, por la tarde, de tres y media a seis y media. El trabajo es a destajo: cobramos 45 pesetas por caja. Si te matas a trabajar a lo mejor sacas 2000 al mes, pero eso en teoría, porque nos pagan cuando quieren», aseguraba una presa.

La periodista Paloma Soriano y el fotógrafo J. Martínez recorrieron la cárcel con la inestimable compañía de las funcionarias. En algún momento de despiste pudieron conocer la verdadera opinión de las presas, que no querían hablar por miedo a las represalias. Entre otras cosas, denunciaban que en psiquiatría apenas se veía al médico: «Al cuidado de una veintena de enfermas están seis reclusas, que trabajaban todo el día y casi nunca tienen

permisos. El tratamiento consiste en tranquilizantes. Hay una enfermera que está en el otro edificio y viene aquí todos los días cinco minutos para traernos las pastillas. El psiquiatra aparece cuando le viene en gana, una vez al mes o así». Denunciaban que había seis celdas especialmente pequeñas, «auténticos calabozos». En ese momento, dos de ellas estaban ocupadas. En una de ellas estaba una mujer, completamente inmóvil que, dicen, parecía un esqueleto viviente de más de un siglo. Según la funcionaria, no podía mover ni un brazo. Había matado a su marido unos cuarenta años antes: «No se sabe muy bien por qué está aquí, quizá porque nadie pide su libertad».

Tras la muerte de Franco, solo un mes después de que muriera María Isabel, se inició una seudorreforma penitenciaria a manos de Jesús Haddad, que sustituía a José Moreno Moreno como director general de Instituciones Penitenciarias. Entre sus primeras decisiones estuvo la de aislar en la cárcel de El Dueso a los presos más representativos de la COPEL. Haddad murió en un atentado que reivindicó el GRAPO en respuesta al asesinato en la prisión de Carabanchel del anarquista Agustín Rueda. Carlos García Valdés fue el encargado de sustituirlo y, si bien se mostró receptivo a cierta apertura y diálogo, no llevó a cabo las demandas de la COPEL. En una entrevista a *Triunfo* aseguraba, que en su opinión, la supresión de la ley de doble reincidencia, que agravaba las penas de los indisciplinados, y actuar a fondo en la ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social tendría las mismas ventajas que un indulto general.

En las cárceles se daban ya pequeños movimientos.

Ana María de la Rocha fue nombrada directora del centro de Yeserías en 1979. Decía que las presas eran sus «gatitas» y tuvo el valor de declarar a *El País* que era feminista: «Diría que soy feminista, pero no de ultranza; independiente en lo político y profundamente realista, y por eso creo en las leyes y reglamentos cuando su puesta en práctica». En agosto de 1979, a raíz de una huelga de hambre que iniciaron presas del GRAPO y que contó con el apoyo de algunas presas sociales, enviaron un comunicado al periódico *Solidaridad Obrera* en el que denunciaban «la penosa situación» en la que se encontraba todavía la prisión: falta de higiene, la presencia de ratas y cucarachas o la pésima calidad de la

comida. Aseguraban también que tanto el departamento de las toxicómanas como la zona de psiquiatría estaban completamente abandonados: «En el psiquiátrico son tratadas como conejos de indias y maltratadas por las presas chivatas que ejercen de vigilantas». Denunciaban también los cacheos a las presas comunes «llegando al extremo de introducirles los dedos en la vagina y ano cuando regresaban del fin de semana». En el comunicado ironizaban con la actitud democrática de la directora del centro, que había impuesto nuevos métodos en prisión tan duros como los anteriores. A esta no la conoció María Isabel, aunque pudo haber coincidido con ella en alguna otra prisión. Antes de llegar a Yeserías, De la Rocha había trabajado en Alcalá de Henares hasta 1969 y fue enviada a Alcázar de San Juan (Ciudad Real), al parecer, hasta su traslado a Madrid. La prensa recogía ante su nombramiento que tenía fama de mujer dura y hay quien cuenta auténticas perrerías de ella, de su pasado como funcionaria de prisiones. Aseguraban que quería dar imagen de liberal y humanitaria, pero, en realidad, era «represiva y autoritaria».

María Isabel estuvo dos o tres meses en el pabellón psiquiátrico de Yeserías, una zona de la que hay muy poca información. En el libro *El pensamiento criminológico* dan cuenta en una visita que realizó la profesora Teresa Miralles al «establecimiento psiquiátrico para mujeres contiguo a la cárcel» en octubre de 1980. «En aquella fecha atendía a dieciocho mujeres consideradas enfermas mentales —de ellas, dos chicas muy jóvenes— por droga, y dos mujeres consideradas peligrosas que estaban en celdas, encerradas y maniatadas; la situación de una de ellas es un caso a considerar como ejemplo del tratamiento psiquiátrico de tipo únicamente farmacológico y segregante que se efectúa en nuestras cárceles, que huye del diálogo y perpetúa a la mujer en su situación de *shock* ininteligible para ella misma». Miralles narra la historia de una mujer que fue ingresada por orden de un juez gaditano. Era muy pobre, tenía cuatro hijos y su marido era alcohólico. Tenía con ella al pequeño de sus criaturas, pero se lo quitaron alegando que «los fármacos le adulteraban la leche del pecho con que alimentaba al hijo. Se formó un círculo vicioso: cuando la mujer retornaba en sí y reclamaba el hijo, al no dárselo ni permitirle verlo se enfurecía y le administraban de nuevo calmantes». Miralles hizo preguntas

incómodas a la psiquiatra, que no quiso discutir.

María Isabel estuvo en ese mismo centro hasta que el Juzgado de Peligrosidad y Rehabilitación Social decretó su traslado a Alcázar de San Juan a la espera del juicio definitivo.

SOLO LE QUEDABAN 124 DÍAS VIVA

Hay algo que he aprendido con este libro que quizá no puedo afirmar con rigor, pero afirmo con convencimiento: los grupos de Facebook son una oportunidad muy poco explorada para la investigación periodística. Luego, por supuesto, hay que confirmar absolutamente todo lo que te dicen, pero resulta muy útil para hacer contactos o conseguir las primeras pistas. Es alucinante lo que nos gusta hablar y lo poco que nos enteramos de las cosas realmente importantes.

Cada dato que aporto a este libro ha costado mucho conseguirlo. Acceder a la documentación se convierte en una tarea ingente. Tras la desaparición de Eugenia —esa es otra película—, Pedro era mi única esperanza, pero no todas las instituciones reconocen el interés legítimo de los hermanos. Además, para qué vamos a engañarnos, conseguir que me mandase una foto de su DNI para que pudiera solicitar unos documentos que me interesaban de Salamanca fue toda una odisea. Volvió a derretirme. Él, que me dijo que quería ser mi grumete en esta investigación, me mandó una foto completamente pixelada de su documentación en la que se veía bastante más la FPP2 que llevaba puesta que el carné. No pasa nada, Pedro. Esa documentación no era tan importante.

Supe, pero solo a través de otros documentos, que María Isabel fue trasladada a un centro penitenciario de Alcázar de San Juan, una ciudad ciudadrealeña. Minutos después, por supuesto, ya estaba pidiendo acceso al grupo de Facebook. Me encontré de todo, la verdad. Desde el que me sugirió que preguntara, con un tono jocoso bastante desagradable, en el club del pueblo hasta quienes me negaban que allí hubiera habido nunca una prisión para prostitutas. Lo cierto es que apenas hay rastro. Un hombre decía en el grupo que él tuvo que entregar a la prisión algo en alguna ocasión, pero solo recordaba que le aplaudieron. Otra mujer, que luego no ha querido seguir comunicándose conmigo, contaba que ella había trabajado dando alguna formación en prisión y que pronto se dio

cuenta de que no eran mujeres «normales». Me imagino que con eso quería confirmarme que eran prostitutas.

La ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social impuso la creación de catorce centros especializados en relación con los diferentes supuestos de peligrosidad social en los que pudieran cumplir las medidas de seguridad al margen del resto de los reclusos. En teoría, a partir de 1971 se tuvo que inaugurar, entre otros, un centro de reeducación para mujeres que habitualmente ejercían la prostitución en Alcázar de San Juan. Al menos, así se recogió en el Boletín Oficial del Estado. De manera oficial no vuelve a saberse nada de este centro hasta que en 1975, en otro boletín, se publica una orden por la que se repone el servicio y se crea un centro para presas menores de veintiún años. Esta misma referencia se repite en decenas de documentos sin que haya podido acceder a datos más concretos. Mirta Núñez, en *Mujeres caídas*, asegura que en ese municipio hubo una cárcel de prostitutas hasta 1967.

En un reportaje del diario *El País*, M. C. D. cuenta su experiencia en Alcázar de San Juan. A ella le abrieron un expediente de peligrosidad social por ser lesbiana. «Era una cárcel normal, y no había reeducación ninguna. Bueno, sí, hacíamos cositas, manualidades de punto, costura y cuero. Por cierto, nos las pagaban muy mal, así que alguien debió de forrarse con nuestro trabajo». El «centro de reeducación» estaba situado en el mismo lugar en el que ahora está la cárcel: Avenida Quero, 51. 13600 - Alcázar de San Juan, Ciudad Real. Ahora solo hay hombres.

No sé exactamente cuándo ingresó María Isabel, pero sé que fue puesta en libertad el 9 de julio de 1977. Ella no sabía que solo le quedaban 124 días viva. En realidad tampoco sé bien por qué acabó allí. Si en la zona de psiquiatría de la prisión de Yeserías determinan que no está enferma entiendo que tienen que esperar la confirmación del juez de Peligrosidad y Rehabilitación Social —como así fue— para que pueda salir en libertad. Recordemos que, en teoría, no estaba presa, sino cumpliendo una medida de seguridad. ¿Por qué no la dejan en Madrid mientras el juez dice algo? Puede que ella también sufriera la violencia de la dispersión o que, al margen de que el expediente se le había abierto por tener problemas de salud mental, decidieran que su caso siguiera el cauce habitual que se seguía con las prostitutas.

La sentencia se hace pública en junio de 1977. En el auto se asegura que está probado que María Isabel es «una persona de mala conducta, moral, pública y privada», que durante algún tiempo se ha dedicado al ejercicio de la prostitución y que presenta, según los diversos informes clínicos emitidos por médicos forenses especialistas en psiquiatría, graves trastornos de carácter ligados a una enfermedad psíquica, sobre la mesa de una personalidad psicopática que ha presentado una evolución favorable. Entendían que debía darse por cumplida la medida de internamiento, pero solicitaron que se le aplicara la medida de vigilancia durante un año. El 9 de julio, como nadie había recurrido la sentencia, se comunica a la prisión que la dejen en libertad con una nueva medida: libertad vigilada durante un año. Al volver a Santander se presentó ante lo que tradicionalmente había sido el Patronato Central de Nuestra Señora de la Merced, el organismo encargado de hacer cumplir este tipo de medidas. Constituido en 1938, el Patronato desapareció por completo en 1983.

María Isabel no llevaba nada bien eso de cumplir órdenes, así que estuvo presentándose ante el Patronato encargado de comprobar que cumplía con la libertad vigilada un par de meses. El 2 de septiembre se plantó allí por última vez y si te he visto, no me acuerdo. Volvería probablemente a Bilbao, esa ciudad gris y llena de mierda que le traía por la calle de la amargura. Todavía no existía Eskorbuto, pero Bizkaia ya estaba llena de ratas.

Un viernes de octubre, la situación se volvió a poner fea. A eso de las diez de la noche, muy cerca del bar del maldito pastel, María Isabel estaba borracha y montando escándalo. Al llegar la policía, estaba abrazada a un señor al que no conocía. Andaba subiéndose y bajándose la cremallera del pantalón mientras gritaba a un grupo de veinte hombres que la estaban rodeando: «Estáis locos por joderme. Estoy muy buena». En su declaración, aseguró que tenía intención de acostarse con aquel tipo, pero que no pretendía recibir remuneración alguna; que no era verdad que se subiera ni se bajara la cremallera y que eso de «joderme» se lo decía a su acompañante. No quiso firmar la declaración porque ella no había hecho nada. Ese mismo día vuelve a entrar en la prisión de Basauri acusada de escándalo público y de exhibicionismo. Debido a la naturaleza de los hechos, se avisa también al Juzgado de Peligrosidad y

Rehabilitación Social.

Esos días en prisión no fueron, ni mucho menos, tranquilos. El sábado, rompió los cristales de la ventana y la puerta de su celda. Era la número 4. Tuvieron que atenderla porque se cortó la yema del dedo meñique. A lo largo del día, armó un gran alboroto y, bueno, pues otro parte. A eso de las siete de la tarde había ingresado en la prisión otra prostituta con la que no se llevaba bien, porque pasaron un buen rato dando fuertes gritos e insultándose mutuamente a través de las ventanas. Ya de noche, empezaron a hacer ruido con las camas, así que las sacaron de sus celdas, dejándoles el colchón y la ropa necesaria para dormir. La persona que firmaba el parte, además, dejaba por escrito su opinión: «En ambas reclusas se aprecia que pudieran tener un fuerte desequilibrio psíquico, encontrándose las dos muy nerviosas a lo largo de la jornada».

Sí, las dos debían estar muy nerviosas.

Un par de días después, revisada la documentación, el Juzgado de Instrucción que llevaba el caso decidió dejarla en libertad. Mientras, el juez de Peligrosidad y Rehabilitación Social volvía a valorar si era oportuno abrirle o no un expediente. No le dio tiempo a tomar una decisión. Solo le quedaban catorce días viva.

Salió de prisión un miércoles y volvió a ingresar, para no volver a salir más, el viernes siguiente.

Eran, exactamente, las ocho y media de la tarde cuando la dejaron en libertad por última vez.

TRES BOTELLAS DE COLONIA BRUMMEL

Seguro que María Isabel tenía otros planes para ese fin de semana. Ella no madrugaba mucho porque pasaba de convenciones sociales tan mundanas como despertarse temprano. Aquel viernes abriría el ojo cuando le viniera en gana. Vivía en el número 9 de la Laguna o eso dijo alguien cuando lo preguntó el cura para registrar su defunción. Esa pequeña calle ha cambiado mucho, tanto que resulta irreconocible en las viejas fotos. Apenas quedan vecinas que puedan acordarse de cómo eran las cosas antaño o de dónde vivía María Isabel. Ahora, enfrente de la que fue su última vivienda, hay una plaza con aires de parque; un mamotreto de cemento, con cuatro columpios, algunos bancos y, al cierre de esta edición, once árboles. Ella no veía nada de eso desde su casa, pero estaría entretenida porque entonces había bastante más vidilla que ahora. Puede que, aburrida, María Isabel se asomara a la ventana a echarse algún pitillo y quizá alguien le gritase desde abajo: «Ey, ¿cómo te va, tía?».

Las cosas le iban bastante mal. El pronóstico de su vida fue siempre de todo excepto alentador, pero ella le daba la espalda a cualquier presagio. Tenía suficiente con buscarse la vida, aunque esa expresión contenga más esperanza de la que podía suponer María Isabel. La vida se acababa cada noche al irse a la cama, y estaba más que ganada si podía dormir tranquila.

Se despertaría, insisto, cuando le viniera en gana; puede que se tomara un cafecito y que comiera algo antes de agarrar sus cosas y acercarse al centro. El número 1 de la Gran Vía de Bilbao, epicentro de cosas importantísimas, está a unos diez minutos de Cortes aunque, todavía hoy, esa pequeña distancia parezca un abismo. María Isabel atravesó aquel día dos mundos sin saber que no volvería nunca a hacer el camino de vuelta. Eran las dos y media de la tarde cuando un cabo de la policía le pidió que se montara en el radiopatrulla

Z-20

en el que llegó a la comisaría del distrito Centro media hora más tarde. Si protestó ante tal petición, no lo sé.

María Isabel llegó a El Corte Inglés, al menos, una hora antes. Franqueaba las puertas de un gran centro comercial, paraíso de consumo y marcas, en torno a la una del mediodía. El 24 de mayo de 1969, cuando abrió por primera vez sus puertas en Bilbao, ella todavía no había pisado la ciudad ni probablemente ninguno de esos famosos centros comerciales.

Puede que fuera una tía caprichosa o que no se resignara a malvivir. A veces derrochaba propinas exageradas y, a veces también, robaba. Ese viernes llegó al centro comercial con las manos vacías y salió de allí con un vestido, un jersey granate, un gorro de terciopelo de color crema, un bolso de plástico azul, un neceser de cuero, unas tijeras, gel de baño, un portafolios y tres botellas de colonia Brummel. Anduvo de arriba abajo, roba que te roba. Lo que le requisaron estaba valorado en unas 6000 pesetas. 36.64 euros que ahora, atendiendo a la inflación, ascenderían a 344.20. Además, al registrarla, encontraron una factura de 454 pesetas emitida por un restaurante que no sé por qué les pareció importante señalar.

Eran las dos del mediodía cuando una de las guardas de seguridad la vio robar. Avisó a otros empleados y, entre todos, la llevaron hasta el *parking* mientras llamaban al 091. Todavía atendía ese teléfono la Policía Armada —conocidos popularmente como los grises—, aunque no les quedaba mucho tiempo. En diciembre de 1978 el cuerpo fue sustituido por la Policía Nacional. Ya en comisaría, no montó jarana y apenas dijo mentiras, aunque declaró haber nacido en Madrid. No trató de defenderse y se limitó a narrar los hechos: «Fui sorprendida por la empleada cogiendo unos objetos». En esa declaración hay mucha literatura de esa mala que se hace en las denuncias. Ella, probablemente, diría algo más parecido a esto: «La segurata me pilló cogiendo unas movidas».

La Policía Armada dio parte al tribunal que estaba de guardia, el Juzgado de Instrucción número 4, sección B, de Bilbao, que ese día dirigía Jesús Domínguez Gonda. El magistrado pidió los antecedentes de la detenida a la Primera Brigada Regional de Investigación, Seguridad y Orden Público que, sorprendentemente, declaró que María Isabel no tenía antecedentes ni reclamaciones

pendientes aunque sí sabían que era «prostituta habitual». Abrieron diligencias previas por hurto. Esa misma noche durmió en prisión. Allí dijo que había robado porque «los macarras» le debían entre «20 000 y 80 000 pesetas». Puede que su intención fuera vender lo que había cogido.

El difunto Inocencio Gutiérrez Oyagüe, director de El Corte Inglés, declaró después que no se había enterado de nada: «Cada día descubrimos tantos intentos de robo que, como ustedes comprenderán, no puedo estar informado de todos. Además, prefiero no enterarme de ninguno por si los responsables son los hijos de algún buen cliente o amigo. Me llevaría un disgusto». Ante la insistencia de Manuel Vidal, enviado especial de la revista *Posible* para cubrir el caso, acabó confesando que conocía a María Isabel: «Era una mujer muy difícil y conflictiva. Una vez estuvo a punto de organizarnos una sonada en la cafetería, negándose a pagar la cuenta después de haber comido en compañía de un individuo portugués. Para evitar el escándalo, preferimos que se marchara sin más». Acompañado por Quico Mochales, relaciones públicas del centro comercial, ventilaron rápido el suceso.

Ese domingo, María Isabel se despertó guerrera. No estaba en sus planes pasar el fin de semana en la cárcel. A las nueve menos cuarto de la mañana, se cargó el lavabo de su celda. Además, denunciaba la carcelera, «su actitud es grosera, insultante e incluso en algunos momentos peligrosa». Lo notificó a los efectos oportunos. El lunes, destrozó las colchonetas. El martes, a las siete y cuarto de la tarde, rompió seis cristales de las puertas del patio en el que estaba paseando porque estaba haciendo vida normal «por orden médica». Eugenia dice haber ido esos días a ver a su hija a prisión, pero a veces le bailan las escenas, así que lo más probable es que recuerde cualquier otra visita a la cárcel. Puede que hablaran por teléfono, y Eugenia recuerda que María Isabel andaba muy nerviosa porque no le dejaban ver *Esta noche… fiesta*, el programa de José María Íñigo que se emitía los martes.

El 8 de noviembre era martes.

El médico del Centro Penitenciario de Bilbao —que se llama así aunque esté en Basauri— declaró la muerte de María Isabel esa misma noche, poco después de las diez. El programa empezaba a las diez y media. José María Íñigo arrancaba la emisión saludando a

Los Panchos, que interpretaron «Perdón», «Caminemos», «Flor de Azalia» y «Lodo», más conocida como «Si tú me dices ven», y «Rayito de luna». Dieron paso después a la publicidad y, probablemente antes de que acabara el programa, el cuerpo de María Isabel se dirigía ya al depósito de cadáveres del Hospital de Basurto.

Ana no tenía televisión en la celda, así que ella tampoco vio a Los Panchos aquella noche. La última vez que vio a María Isabel estaban las dos en el patio de la prisión. Ana era una mujer bajita y gorda. Tenía cuatro pelos en la cabeza y, las últimas veces que nos encontramos, llevaba en la espalda una bombona de oxígeno. Nos conocimos en un pequeño club de Cortes. Estaba ya dentro, soportando las insolencias de otra mujer, cuando entró ella. Mentiría si digo que era una mujer alegre, pero, sin ninguna duda, era agradable.

Reconoció a María Isabel sin titubear, a pesar de que el local estaba prácticamente a oscuras. «Claro, claro, es Isabel», dijo mientras agarraba la foto. Desde entonces, aguantó mis cientos de mensajes por WhatsApp con preguntas de todos los estilos: «¿Quién era el dueño de tal club?»; «¿Cuánto se cobraba por un servicio?»; «¿Recuerdas con quién tenía a su hijo Isabel?»; «¿Cómo era la cárcel?»; «¿Qué eran las ordenanzas?». Ella, siempre dispuesta, contestaba a todas mis preguntas en audios, pero despachaba rápido mi preocupación por su salud: «Bien, hija, bien. Gracias». Cambiaba, cada dos por tres, su foto de perfil y solía deleitarnos a todos sus contactos con banderas de España. Lo que no cambiaba nunca era su estado, que escribió en 2016 y podré seguir mirando hasta que alguna compañía de teléfono asigne a otra persona su número: «ME.EYDÓ.PARASER.FELIZ.NOSE.CUANDO.BOLVERE.JIJI».

Nunca.

Ana se lamentaba por no haber podido participar en la colecta que hicieron las prostitutas del barrio para el *intierro* de María Isabel. Era la práctica habitual entre los bares de la zona cuando moría cualquier compañera. A cambio, te daban un recordatorio del funeral y sentías así que de alguna manera honrabas la memoria de una pobre desgraciada como tú.

No he encontrado a nadie que conserve el de María Isabel.

A Ana no le podías hablar ni de abolición, de regulación, ni de

debates feministas en torno a la prostitución. Ella no había sido puta por gusto. Tenía unos doce años cuando se marchó de su tierra y tuvo la mala suerte de encontrarse con un cabrón que le hizo la vida imposible. «La gente cree que es fácil, pero es muy duro. Acostarte con tíos que no quieres es mucho. Tíos que no conoces, que a lo mejor te pueden hasta asesinar. Te haces a la idea, piensas otra cosa y ya está, pero las que dicen que es porque quieres es que no saben». Para Ana todo fue miseria, violencia y cárcel. No se lamenta: «En la cárcel, lo único que te falta es la libertad». Parecía un poco pelota. No ponía pegas a prácticamente nada con lo que tuvo que tragar en prisión. Criticaba las imágenes que muestran en el cine y, aunque no lo decía exactamente así, parecía haber estado encantada durante todas sus estancias: «Si vas de sobrada…, ya sabes lo que hay, pero puedes estar como Dios».

El último día que nos vimos tomamos un café en el Arias, un bar de la plaza Corazón de María.

—¿Qué pasa, Lute? —le preguntó un policía.

—Pues nada, hijo, aquí —contestó ella con su voz ronca.

—Me llaman así —dijo dirigiéndose de nuevo a mí— porque me han pillado muchas veces.

Siempre parecía tener mucha prisa, aunque, en realidad, no tenía ya nada que hacer. Cargaba en su espalda esa mochila de oxígeno que le daba cierto aire de pobre vieja mientras inhalaba por la nariz una mezcla homogénea de gases que le permitían subir andando a la pensión en la que vivía. La última vez que la vi llevaba un vestido de algodón con algún dibujito infantil de esos que, primero palidecen y, luego, acaban por desaparecer de las prendas. Ella no era amiga de María Isabel porque, según me contó, los chulos no permitían que las putas tuvieran amigas, pero hablaba de ella con cariño y respeto. Ana tuvo una vida de mierda, así que el cariño y el respeto se convierten, en su caso, en características de un valor incalculable. No parecía tener mucho interés en este libro, ni necesidad de que nadie guarde la memoria de las que, como ella, se dejaron la piel en una calle Cortes que desapareció con la llegada de la heroína. Me hablaba de una María Isabel dicharachera, risueña, muy alegre, muy vacilona. Llevaba el pelo suelto, largo, moreno. «Era muy guapa. Siempre llevaba un vestidito de flores, muy mona, siempre vestía muy bien. Muy alta».

A pesar de que no parecía interesada en cuestionar las crueldades del sistema penitenciario, Ana tampoco creyó nunca del todo la versión oficial: «Dicen, aunque es mentira porque yo estaba en la cárcel, que fumó. Se quedaría dormida y el colchón, que son como paja, ardería como la pólvora. Tiene que ser una muerte horrible, pero igual no gritó porque estaba dormida o si gritó no la oyeron». No se atrevía con ninguna hipótesis: «Yo qué sé».

Recuerda que en las celdas comunes había dos literas y narra una cortesía sorprendente por parte del funcionariado: «Si tú querías estar sola, te metían en una celda sola».

—Pero, Ana, ¿eran tan amables?

—No, pero si tú les decías: «Prefiero estar sola…» con voz de modosita, ya sabes.

No cuela.

Ella, sin embargo, erre que erre con las virtudes de la cárcel: «Ahí te miran psicólogos y todo. Viene el médico, el asistente social. Ahí no estás abandonada. No. No. Tú tienes tus médicos y todo. En las películas es una cosa, pero en la vida real es otra. Salíamos a los recuentos. En el comedor nos juntábamos todas y para dormir cada una tenía su chabolo».

—¿Se armó revuelo cuando murió María Isabel?

—No, no. No nos dejaron ver nada. Te mueres, te sacan y ya.

En 1977 todo el mundo estaba muy ocupado. Estaban pasando cosas que parecían indicar que llegaba la ansiada libertad que no acabó de llegar nunca para algunas. En junio de ese año se habían celebrado las primeras elecciones democráticas, tras casi cuarenta años de dictadura, pero María Isabel probablemente no fue a votar. Ninguna de las personas que la conocieron sabe decirme cuál era su tendencia ideológica, así que no he podido saber si celebró la legalización del Partido Comunista. Es probable que no tuviera ningún interés político más allá de sobrevivir y puede que ni siquiera estuviera de acuerdo con la dimensión que tomó su muerte. No sé tampoco si aquel año vio Eurovisión, pero sé que le gustaba mucho la música y a mí me gusta imaginarla berreando: «Enséñame a cantar. Enséñame a cantar, que tengo triste el corazón y necesito amar».

Micky obtuvo el noveno puesto en el festival, que aquel año se celebró en Londres.

MARÍA ISABEL ESTUVO VIVA 23 AÑOS

Por prescripción médica, podía pasear un ratito todos los días por el patio. Los documentos que narran su muerte parecen escritos sobre hielo, aunque ella ardiera en llamas. Llevaba apenas cuatro días en prisión y debía estar nerviosa. No es la cárcel el lugar más amable para una persona con un diagnóstico psiquiátrico, ni el espacio más agradable para transitar el sufrimiento con el que vivía ella. Había roto ya todo lo que tenía a su alcance en su celda, que, según algunas versiones, era una celda de castigo y, según otras, una celda de periodo, los zulos en los que las presas esperaban su traslado a otros destinos. En cualquier caso, era la número 4. María Isabel tenía ya asignada una plaza en el psiquiátrico penitenciario femenino de Madrid. Puede que ella no lo supiera y seguro que no tenía ninguna gana de volver.

A pesar de haber ingresado en la cárcel por hurto, la detención había quedado sin efecto ese mismo lunes. Seguía presa reclamada por el Juzgado de Peligrosidad y Rehabilitación Social que estaba revisando su expediente tras su última detención por escándalo público. La ley recogía, en el artículo 3, la posibilidad de revisar las sentencias si se incurría de nuevo en alguno de los estados de peligrosidad y ella había sido detenida de nuevo mientras cumplía una medida de seguridad de un año. Tenía que presentarse ante los delegados de Santander cada equis tiempo, pero llevaba meses sin hacerlo.

El juez decidió reabrir su caso y decretó su internamiento preventivo incondicional y una nueva valoración de un médico forense al ser detenida en El Corte Inglés. No llegó a tiempo porque, como comunicó al juzgado, había fallecido como consecuencia de un accidente. Desde prisión dieron cuenta también al juzgado de que María Isabel «se había ocasionado la muerte al parecer por asfixia al haber dado fuego a su petate y demás enseres de la celda». Unos días después recordaban que ya habían avisado en otras ocasiones de sus «deficiencias psíquicas» y de sus amenazas de

suicidio.

El 8 de noviembre, alrededor de las ocho de la tarde, una de las funcionarias se acordó de que tenía que subir a administrarle la medicación a María Isabel. Por alguna razón, prefirió no hacerlo sola y llamó a una de sus compañeras que tardó cuarenta y cinco minutos en llegar. María Isabel llevaba un par de días agitada y quizá pensó que era peligroso subir sola. Si así fuera, ese miedo se le desvaneció un rato después. Las dos funcionarias llegaron juntas a la celda con la cena y una gragea de Largactil. La situación debía parecerles compleja porque también estaban acompañadas por presas de confianza, conocidas en el argot como ordenanzas.

Una gragea de Largactil es una pastilla de clorpromazina, el primer antipsicótico clásico de uso masivo. En el prospecto se dice que tiene «capacidad sedante» y que eso resulta «de utilidad en los estados de agitación, agresividad y angustia de los enfermos mentales». La clorpromazina también «detiene o previene el vómito» y reduce la ansiedad. Ese tratamiento, siempre bajo la supervisión médica, está prescrito para «estados de agitación psicomotriz: psicosis agudas, crisis maniacas, accesos delirantes, síndromes confusionales, procesos psicogeriátricos; procesos psicóticos: esquizofrenia, síndromes delirantes crónicos; y curas de sueño». Si se tomó esa pastilla, podríamos intuir que se quedó dormida enseguida. Un rato después, la funcionaria —la misma que antes había decidido esperar a una compañera para subir a darle la cena y la medicación a María Isabel— recordó que se le había olvidado llevarle agua y pan. Volvió sola a la celda sobre las nueve y diez de la noche y estuvo, según su propio testimonio, hablando con María Isabel hasta las diez menos veinte. Puede que ya estuviera más tranquila y, desde luego, estaba despierta.

Seguía viva. Estuvo viva 23 años.

Tras la conversación, la funcionaria dijo que volvió a su puesto hasta que, cinco minutos después, en torno a las diez menos diez de la noche, escuchó a una de las ordenanzas gritar «agua». Pudo oír también unos jadeos y el golpe de un cuerpo al caer. Volvió acompañada por tres personas más. Las internas de esa zona —que parece ser que todavía no estaban en sus celdas o que podían salir libremente— habían echado un jarro de agua —que parece ser que tenían a mano— y habían conseguido abrir la puerta de la celda,

aunque no pudieron entrar porque aquello parecía un horno.

El jefe de Servicios del Centro Penitenciario de Bilbao también estaba ya allí. Él mismo intentó acceder a la celda en llamas de María Isabel, pero tuvo que abortar la misión hasta que otros funcionarios y ordenanzas trajeron algunos extintores y cubos de agua. Llamó, en orden, al señor director, al señor administrador y, en último lugar, al señor médico oficial, que estaba atendiendo a otro preso que se había autolesionado. Más tarde acudió al evento también el señor practicante oficial, funcionarios de la oficina de régimen y el capellán. El equipo ya estaba casi al completo. Andaba el señor jefe de servicios de aquí para allá, avisando a unos y a otros, mientras el director «con colaboración de los que allí se encontraban» consiguió «sofocar el incendio y rescatar el cuerpo, al parecer sin vida, de la desafortunada interna». Cumplida la misión —«normalizada la situación»—, el señor jefe de Servicios volvió a su cometido.

La funcionaria que llevó la cena a María Isabel, la última persona con la que habló antes de morir, declaró que a su juicio el incendio fue producido de forma involuntaria por un cigarrillo. Esa es la versión que se recoge también en otros documentos, aunque dejan entrever también que pudo ser un suicidio: «El fuego, presume esta dirección, pudo ser provocado voluntaria o involuntariamente por dicha interna, al encender y fumar un cigarrillo, prendiendo fuego a la colchoneta, de espuma, colcha acrílica, mantas y ropas de uso personal y quizá siendo sorprendida por asfixia con pérdida de conocimiento antes de darle lugar a proferir gritos en demanda de auxilio».

En las celdas de aislamiento no estaba permitido fumar y a las presas se les requisaban todas sus pertenencias, aunque María Isabel, que estaba habituada a pasar tiempo en prisión, podría saber cómo saltarse los controles. La clorpromazina es muy sedante, aunque genera tolerancia bastante rápido. No resulta difícil intuir que María Isabel lo podría haber tomado en muchas ocasiones antes. Los efectos son siempre más rápidos si la medicación se administra intramuscularmente, pero con las pastillas puedes caer rendida en treinta minutos o una hora. ¿Tan dormida como para carbonizarse en diez minutos? Pues quizá sí. Es probable que María Isabel se desmayara por la inhalación de monóxido y, tal vez, su

cuerpo cayera sobre las llamas. Sí, podría ser que el cadáver sufriera cierta carbonización, sobre todo si la celda estaba repleta de materiales fácilmente inflamables. Más extraño resulta que las presas pudieran haber salido de sus celdas y abrir la de María Isabel antes de que llegasen las personas responsables.

En el certificado de defunción la causa de la muerte que recogen es «*shock* por quemaduras». La funcionaria no escuchó ningún grito de auxilio. Desde la prisión notificaron a Madrid que la muerte de María Isabel se había producido a las once menos diez de la noche, probablemente cuando el médico de la prisión tuvo un momentito para rellenar el parte de defunción: «Tengo el honor de poner en su conocimiento que, personado en la celda de aislamiento ocupada por la interna de este centro María Isabel Gutiérrez Velasco, resulta estar muerta por asfixia con todo el cuerpo quemado». En teoría, el juez de guardia hizo el levantamiento del cadáver, el mismo que tenía que ratificar o rectificar el parte médico de la prisión.

A las doce menos veinte se autorizó la salida del centro penitenciario a la interna para su traslado al depósito de cadáveres.

Ese mismo día, según cuentan, intentaron contactar con familiares o allegados, pero los intentos fueron infructuosos. Al día siguiente, en torno a las seis y media de la tarde, Eugenia llamó a la cárcel. Dicen que no manifestó ninguna extrañeza porque, según ella, su hija había presentado ya anteriormente voluntad de prenderse fuego. Eugenia no lo recuerda y, de hecho, parece que pudo haberlo olvidado tan solo unos días después. El 13 de noviembre declaraba al periódico *Egin* que su hija tenía un gran amor a la vida: «Le voy a contar un detalle que demuestra el horror que le tenía al fuego. En Torrelavega fue a una tienda a comprarse un vestido. Le cayó ceniza del cigarrillo y el vestido se le prendió un poco. Lo apagó horrorizada, como quien ha visto al diablo. Quería muchísimo al niño. Su nacimiento coincidió, precisamente, con su entrada en la prostitución. Ni siquiera me cabe la posibilidad de que se haya prendido fuego en un arrebato esquizofrénico». Eugenia hoy no se acuerda tampoco de la anécdota de Torrelavega, ni fuego, ni vestido, ni el incendio que María Isabel provocó en su celda tras ser detenida en un hotel de aquel municipio. A duras penas reconoce que María Isabel se dedicaba a la prostitución mucho antes de que naciera su hijo.

Egin había aparecido en el mercado unos meses antes, en septiembre de 1977. Fue un periódico crítico, que atendió a muchos conflictos sociales que no tenían cabida en otro tipo de publicaciones. Desde la redacción del diario se preocuparon por la muerte de María Isabel llegando, incluso, a publicar un croquis de la cárcel de Basauri con el que pretendían demostrar que era imposible que nadie hubiera escuchado sus gritos antes de que el fuego acabase con su vida. La versión sobre su muerte que recabaron en el periódico no coincide con la información oficial. Fuentes consultadas por el diario afirmaban que «el accidente sobrevino antes de las once de la noche. A esa hora, la vigilante de turno, que permanece durante toda la noche en una estancia próxima a las celdas de periodo, tenía establecida la última ronda del día. Ni ella ni los funcionarios que permanecían en la cocina-comedor, en la planta baja, escucharon nada, al parecer. Sin embargo, las reclusas de las celdas de periodo oían nítidamente el transistor que suena en el comedor. Tampoco oyó nada el centinela de la garita situada a unos cien metros de las celdas. Nadie, al parecer, escuchó los gritos angustiosos de María Isabel al verse convertida en una antorcha humana. A juzgar por el estado del cadáver, drásticamente reducido, María Isabel tuvo que estar ardiendo un espacio prolongado de tiempo». Aseguraban también que no había constancia de que se le hubiera hecho autopsia al cadáver porque, al parecer, no estaba previsto que el forense volviera a Bilbao hasta el martes 15 de noviembre, justo una semana después del fallecimiento. Si *Egin* estaba en lo cierto aquel 13 de noviembre, nunca se le hizo la autopsia.

El cadáver fue inhumado el 12 de noviembre en una fosa del cementerio de Bilbao mientras la maquinaria judicial seguía trabajando en su nombre. Tal y como recogía el procedimiento habitual del Juzgado de Peligrosidad y Rehabilitación Social, la Guardia Civil, la Policía Nacional y el juzgado de Santander —entre otras instituciones— fueron enviando, a lo largo de todo el mes de noviembre, la información que tenían sobre ella para que el juez pudiera valorar cuánto de peligrosa era para la sociedad.

Nunca llegó esa sentencia. Ya estaba muerta.

El juez del Juzgado de Peligrosidad y Rehabilitación Social informaba al Ministerio del Interior, el 22 de noviembre, de que

María Isabel había muerto por «quemaduras que se produjo a sí misma al prender fuego a la cama que tenía asignada». A pesar de las distintas opiniones y sin que parezca que se le hiciera ninguna autopsia, se atrevía a asegurar así que la muerte de María Isabel había sido un suicidio.

No hay mucha documentación que permita esclarecer cuál fue el procedimiento judicial que se llevó a cabo para entender su muerte. El Juzgado de Instrucción número 5 de Bilbao fue el encargado de tratar de esclarecer su muerte hasta que el Ministerio Fiscal, el 17 de diciembre, «debía acordar y acordaba la extensión de responsabilidad por muerte de María Isabel y el archivo definitivo de las actuaciones».

Hasta el 2 de enero de 1978 no se archiva definitivamente su expediente en el Juzgado de Peligrosidad y Rehabilitación Social.

UNA LUCHA PARA DERRIBAR LAS PRISIONES

Celina me recoge con su coche en Bilbao. Nos hemos visto en alguna otra ocasión así que sabe de sobra de qué va este libro. Lo sabe porque se lo he contado y, sobre todo, porque a ella, de alguna manera, la muerte de María Isabel le cambió la vida. Es de esas médicas que ha apostado siempre por lo comunitario, y ahora, ya jubilada, sigue siendo activista. Forma parte del grupo feminista de las Merindades, una zona del norte de Burgos en la que pasa mucho tiempo y, por supuesto, del movimiento de pensionistas. En noviembre de 1977, mientras las putas de Bilbao se organizaban para protestar por la muerte de su compañera y para reivindicar mejoras en sus condiciones de vida, en muchas ciudades del Estado español también se estaban dando grandes movilizaciones de pensionistas. Pedían la actualización de sus pagas y especial atención a los mayores de setenta años, que solo percibían 1500 pesetas. El mismo día que más de doscientas mujeres salieron a las calles para denunciar la muerte en prisión de María Isabel, diez mil jubilados tomaban la ciudad. Hubo un enfrentamiento con un joven que llevaba una pancarta pidiendo que se reconociera a las viudas de guerra de la República.

Charlamos de esto y de lo otro, me habla de sus hijas y me cuenta batallitas mientras llegamos a Zeberio, una localidad a unos veinte kilómetros de la capital. La intención es conocer a Putxeta e Itxaso. Los dos nos reciben, a Celina y a mí, con mucha amabilidad en un caserío que haría las delicias de cualquier neorrural.

—¿Tú estabas en la COPEL, Putxeta?

—No, no, de la COPEL eran los presos sociales que estaban en la cárcel y empezaban a organizarse para reivindicar su derecho a la amnistía.

Esto es lo primero que me toca aprender: nada tiene que ver la COPEL con los comités de apoyo a la COPEL que se organizaron en distintos territorios para apoyarles desde fuera de prisión. Fuera de la cárcel, no había COPEL. Dentro, el colectivo surgió por puro

hartazgo. Franco ya había muerto, sí, pero el proyecto franquista seguía atravesando todas las instituciones del Estado. Entre ellas, por supuesto, las cárceles. En la transición española fueron muy dados a los lavados de cara.

Ninguna de las personas que he entrevistado recuerda a reclusas vinculadas a la COPEL y es probable que ninguna militara nunca en la organización. La mayor parte de la población reclusa eran hombres. Las mujeres en prisión eran pocas y estaban muy controladas por la presencia de órdenes religiosas en los centros. En la cárcel de La Modelo, de Barcelona, controlaban el cotarro las Cruzadas Evangélicas. Las presas políticas generalmente estaban separadas de las comunes y no había posibilidad de tanta contaminación ideológica que sí se daba en las cárceles de hombres. La falta de apoyos que las presas suelen tener fuera de prisión —a diferencia de lo que ocurre con los hombres, que suelen contar con las mujeres de su entorno— también tuvo mucho que ver. No había mujeres en la COPEL, no, pero muchas madres, hermanas, novias y amigas sostuvieron sobre sus espaldas la violencia de la cárcel a la que se condenaba a su gente.

Un año después de la muerte del dictador, el 25 de noviembre de 1976, se aprobaba un decreto por el que se concedía un indulto general con motivo de la proclamación de su majestad don Juan Carlos de Borbón como rey de España. El recién estrenado monarca aprovechó la ocasión para dejar claro cuál era su propuesta democrática y, en la misma norma, se decía que era «un homenaje a la memoria de la egregia figura del generalísimo Franco, artífice del progresivo desarrollo en la paz de que ha disfrutado España en las últimas cuatro décadas».

Un indulto supone el perdón de la pena, pero sigue reconociéndose el delito. La amnistía, sin embargo, reconoce que se ha juzgado a una persona por un delito que ya no es tal. En 1974, en el Estado español estaban presas 14 764 personas: 665 eran mujeres. En 1976, el total había descendido hasta 9937: 9576 eran hombres y 361, mujeres. Entre una fecha y otra se aprobó un indulto. El Gobierno pretendía así un pequeño gesto, con una lógica de perdón muy cristiana, con el que no rompía con la dictadura franquista y sus leyes. Las calles del Estado español ardieron reclamando, ahora sí, la amnistía para los presos políticos. Los

hechos por los que se les había juzgado, durante la dictadura, no debían ser considerados delitos en democracia. No querían perdón, querían justicia y reconocimiento. Llegó parcialmente el 30 de julio de 1976.

Adolfo Suárez firmó una orden por la que se concedía la amnistía a todas las personas condenadas por delitos de «intencionalidad política o de opinión ocurridos hasta el presente, sin otros límites que los impuestos por la protección penal de valores esenciales, como son la vida e integridad de las personas». No se hizo alusión a las conductas que se trataban como delitos por la ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social ni se entendía que robar pudiera tener alguna intencionalidad política o ser consecuencia de un sistema de organización social injusto. El lumpen quedó en prisión. En 1977, según la memoria de la Dirección General de Instituciones Penitenciarias, en el Estado español estaban presas 355 mujeres y 9037 hombres. 39 de ellas estaban condenadas por la ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social.

El motín de la cárcel de Carabanchel se considera la primera protesta política de los presos comunes. Desde la COPEL tenían claras sus reivindicaciones y así lo exigían en un comunicado: «Amnistía general sin exclusiones, libertades políticas, sindicales y ciudadanas; reforma de las leyes penales favorecedoras solo del poderoso; supresión de la ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, auténtico chantaje al pueblo; verdaderos cauces de rehabilitación para el recluso; fin del terror en las prisiones; responsabilidades por los secuestros y torturas que seguimos padeciendo; fin de las farsas de los juicios, igualdad en la justicia distributiva; fin de la explotación de los presos; y supresión del reglamento de prisiones que permite la tortura y el terror».

Suárez obvió sus propuestas y, tal como recoge el historiador César Lorenzo Rubio en su libro *Cárceles en llamas. El movimiento de presos sociales en la transición*, los presos se organizaron de inmediato en Carabanchel, la prisión más grande de todo el país: «Desde una ventana de los pisos superiores revoloteaban papeles. Escritos la noche previa para evitar su requisa, con la mano izquierda para que la caligrafía no delatase a sus autores, y preparados mediante un sistema de hilos y plomadas que permitiese

lanzarlos sin ser vistos». Volaban por la prisión sus propuestas y ese mismo día se negaron a trabajar en los talleres. A la tarde, tomaron la azotea del edificio hasta las seis de la mañana. Bajaron porque les prometieron que no habría represalias, pero unos días después «entre setenta y trescientos presos —según se tome la cifra del informe o de la prensa— fueron conducidos por la fuerza a celdas de castigo en la propia Carabanchel y el penal de Ocaña».

Incluso Fernando Savater clamaba ante las injusticias de la cárcel en la revista *Triunfo*. Aseguraba que «si los presos no se hubieran cortado las venas y destrozado las cárceles, no se habría acordado nadie de limpiarles la jaula». Escribía que las acciones de la COPEL eran más «sugestivas y aleccionadoras que sus explicaciones teóricas, quizá porque sus acciones surgen de lo que ellos padecen y las teorías de lo que les cuentan sobre sus padecimientos».

No es casualidad, por supuesto, que las prisiones ardieran en aquellos años entre tantas mentiras, falsas promesas y pequeñas reformas. A pesar de las movilizaciones, sobre todo en grandes prisiones, desde Instituciones Penitenciarias hicieron oídos sordos a las propuestas de la COPEL. El 18 de julio de 1977 —el día no fue elegido por casualidad— se organizó otro motín en la cárcel de Carabanchel. Las imágenes de los presos en las azoteas corrieron como la pólvora. A partir de ese momento, la lucha se extendió por muchas otras prisiones y se afianzaron sus métodos: más motines, huelgas de hambre, autolesiones. Hubo algunos cambios: Instituciones Penitenciarias nombró a Jesús Haddad como director general —fue asesinado unos meses después por el GRAPO— y aprobaron una reforma parcial del Reglamento de Prisiones, que no se había modificado desde 1956. La COPEL lo calificó como una «seudorreforma» y un «mero eslogan publicitario».

Los presos se cortaban las venas y se tragaban cubiertos o muelles de los colchones para forzar el traslado al hospital, donde podían hacer visibles sus demandas. Fueron muchos los que escribieron «COPEL» con sangre en sus pieles y el himno, una adaptación de «Bella Ciao», resonaba en las galerías: «Llegó la COPEL, llegó la COPEL; y nos unió, nos unió, nos unió, nos unió». Ana fue enfermera en el Hospital de Basurto entre 1975 y 1978. Tanto ella como otras compañeras trataban de apoyar a los presos

con acciones, tan aparentemente sencillas, como llevarles espárragos para que pudieran expulsar con más facilidad los objetos que se tragaban. «No me acuerdo de mucho más —me dice por teléfono—. Es que, hija, eran unos años en los que teníamos muchos frentes abiertos. Aquella época me abrió a la vida».

El proceso de politización de la COPEL fue complejo. Tanto que me atrevo a preguntar a César Lorenzo Rubio, autor de uno de los libros más completos sobre esta lucha, si realmente era un movimiento político: «Era un movimiento clandestino, anónimo, que rehuía de los líderes y… hubo de todo. A muchos se les notaba el contacto con los presos políticos porque estaban en la misma galería, pero también hubo muchos otros que a río revuelto, ganancia de pescadores. Al fracasar, por decirlo de alguna manera, cuando ya se está hablando de que la Constitución no iba a permitir indultos generales, solo quedaba seguir adelante como fuera. Cada vez eran más violentos los motines y más difusos los objetivos. Eso repercutió en sus propias condiciones de vida».

Putxeta formaba parte del grupo de apoyo a la COPEL de Bilbao, aunque ninguno de sus integrantes sepa explicarme exactamente cuándo surge.

Un momento. Sí saben por qué. Al menos, Peli lo tiene claro.

—Queríamos dar una respuesta social a un conflicto generalizado que se estaba dando en las cárceles del Estado español de una forma dramática: motines, autolesiones, represión y violencia, huelgas de hambre. Éramos un puñado de jóvenes con espíritu solidario que nos implicamos en la denuncia de situaciones injustas. No estábamos al principio implicados personalmente, no teníamos de entrada ningún contacto ni relaciones con ese mundo *marginal*, pero teníamos voluntad, actitud crítica y sensibilidad.

Empezaron a organizarse meses antes de la muerte de María Isabel. «Éramos cuatro perros y un gato. Bueno —dice—, había gatas y perras también». Mujeres no había muchas, la verdad.

A Ramón —todo el mundo le llama Peli— le pude entrevistar por primera vez con dificultades en el Alpamayo, un bar de Bilbao. Las mismas dificultades a las que me tuve que enfrentar al hablar con todos y todas sus compañeras. De primeras no se acuerdan de nada, pero, poquito a poco, van surgiendo los recuerdos: «Es que ha pasado mucho tiempo», me dicen. Él va desgranando conmigo su

memoria y me presta todos los recuerdos que conserva de aquella época con la promesa de ser devueltos. Pegatinas, alguna revista, un libro. A Felipe, otro de los que estaba metido en el ajo, no he podido conocerle porque ya no vive en la ciudad y no tiene muchas ganas de hablar. Llegué tarde para conocer a Joserra, el compañero de Celina, que falleció hace años. Era abogado y, de alguna manera, formaba también parte del comité: «Asistía a algunas reuniones, a veces nos asesoraba en asuntos penales y teníamos una relación personal muy buena».

Marta tarda unos meses más en aparecer y nos vemos en el mismo bar. Ella vive en Cantabria y también cree no acordarse de muchas cosas, aunque, en su caso también, las anécdotas afloran con la conversación. Es una tía muy dulce, y trata continuamente de restarse protagonismo: «Ellos eran la parte política —dice refiriéndose a sus compañeros— y yo…, pues yo me llevaba bien con las prostitutas del barrio». Marta tenía un puesto de pescado en el Mercado de la Ribera al que solían bajar a comprar muchas trabajadoras sexuales. Al salir de la plaza, iba a tomar unos potes a Cortes. «Solía llenar la barra del Gaucho de escamas porque subía con el dinero en una bolsa de la pescadería», recuerda con una sonrisa tímida. La llamaban «la Pescatera». Hizo amistad con muchas de las mujeres que hacían la calle a finales de los setenta, aunque ha perdido la pista a todas.

Marta, Felipe y Peli vivían juntos en una buhardilla de la plaza Nueva donde creen recordar que se gestó la movida. Tres habitaciones, salón amplio, un baño y *sagutxus* [ratones].

—¿Cómo era la cocina? ¿Era de butano?

—No me acuerdo. ¡Pareces policía, con perdón!

Era una casa de madera, oscura, que solía estar llena de humo y de gente. Los antiguos inquilinos, estudiantes de Medicina, dejaron una calavera que participaba también en las fiestas. «Fue una época acojonante. Mayo del 68 llegó tarde, pero llegó. Lo probamos todo», dice Ramón. Vivieron juntos, al menos, un año. La primera acción de la que tiene constancia fue la elaboración de unos panfletos llamando a la no participación en las primeras elecciones democráticas, que se celebraron el verano de 1977. «¡Imagínate esos panfletos con las ganas que tenía la gente de votar! Pues nosotros, en contra. Creíamos que la democracia es una engañifa».

No creían en la democracia ni el sistema penitenciario porque «la cárcel es una fábrica de delincuencia» resultado de una sociedad que penaliza y marginaliza la pobreza.

A ver, Peli quiere matizar:

—Eso de que «no creíamos en la democracia» suena muy *heavy*. En realidad creíamos y estábamos por la democracia directa, por el poder del pueblo y la asamblea. No apoyamos «esa» democracia de la transición que se estaba implantando en la España del posfranquismo.

Se recuerda haciendo pintadas por Bilbao pidiendo la libertad de los presos sociales ante la mirada atónita del resto de la ciudadanía: «Nos ponían a parir. ¿Sacar de la cárcel a los violadores o a los ladrones? ¡Pero si esos son los malos!». El planteamiento tenía dificultades para ser asumido por el grueso de la población, que ha vivido siempre de espaldas a las prisiones. Si las pintadas eran por San Francisco o por Cortes, dos de las calles marginadas históricamente de Bilbao, las reacciones eran muy distintas. En esa zona, la cárcel no es tan ajena.

La buhardilla estaba abierta veinticuatro horas. Marta recuerda que, en una ocasión, durmieron allí diez chavales que habían escapado de prisión y se ríe al acordarse de Lino, un especialista en el timo que le regaló un juego de ganzúas que servían tanto para reventar persianas como coches. Lino era de León y solía andar con Alberto, un anarquista de la vieja guardia. Los dos vivieron un tiempo también en la buhardilla de la plaza Nueva. Jugaban al ajedrez.

Putxeta recuerda algunos nombres de presos que se unieron a los comités tras salir de la cárcel: «Joder, Arevalillo y su hermano; o Zabaleta, que tenía un coco que iba a su propia bola; también andaba por ahí el Tivoli, que se cortó las venas». Peli recuerda haber estado en la cárcel en alguna ocasión y recibir en la buhardilla a algunos presos cuando eran puestos en libertad. Arevalillo es al que más recuerdan todos: «No se plantaba ante nadie —dice Putxeta—. A él no le tocaba las narices nadie. Al salir se unió bastante a nosotros y daba charlas por ahí. Se politizó o llámalo como quieras».

No saben qué habrá sido de ninguno de ellos. La mayoría volvería a entrar en prisión poco después. Lo canta La Polla

Records: «El rico nunca entra y el pobre nunca sale». Es la moral burguesa la que genera a ese «otro» que hay que encerrar: el delincuente, el pobre. Esos hijos de la clase obrera que, de alguna manera, se rebelan ante las migajas que el mundo les ofrece. La población reclusa, más allá de lo que digan las cifras oficiales que tan solo congelan un momento, son todas esas personas que se pasan la vida entrando y saliendo de prisión porque nunca la cárcel ha servido para lograr esa rehabilitación social que ya reclamaba en los setenta la COPEL. Su fuerza desapareció pronto, pero esas siglas siguen siendo un faro para quienes luchan contra la crueldad carcelaria.

Ninguno se acuerda de cómo se enteraron de la muerte de María Isabel. En la buhardilla no tenían teléfono, así que nadie pudo llamarles a casa; puede que lo leyeran en el periódico o que lo escucharan en la radio. En cualquier caso, Peli sí que sabe que subieron a Cortes en cuanto pudieron: «Las prostitutas estaban indignadas. Imagínate». Fueron a una librería que estaba en la calle San Francisco a comprar cartulinas y rotuladores. Pasaron después, club por club, recogiendo las quejas de las prostitutas: «Ellas decían que la habían matado, que no podía tener cerillas en una celda de castigo, que cuando te aíslan te repasan bien». No recuerda que tuvieran problemas con ningún chulo ni con los dueños de los clubs. Recuerda una rabia compartida. Ahí empezó a gestarse lo que pudo ser la Coordinadora de Prostitutas de Bilbao.

En un artículo de Raquel Osborne en *Triunfo*, publicado en enero de 1978, «Las prostitutas: hipocresía de una marginación», recogía el poco eco que había tenido la muerte de María Isabel, aunque, por error, la situaba en la cárcel de Martutene: «Armaron un poco de jaleo, nadie les hizo ni caso y, al poco tiempo, enseguida volvieron las aguas a su cauce: las putas, a su oficio; los chulos, a pasarles la factura; las leyes inamovidas-inamovibles: la sociedad, a respirar tranquila… Todo en su sitio de siempre, como Dios manda, y a esperar la siguiente noticia». En el mismo texto se quejaba de que no existía nada, «ni por asomo», parecido a la COPEL entre mujeres prostitutas porque «el individualismo y la competencia priman sobre la solidaridad y la organización». Decía que «las pocas veces que sus voces se han escuchado fuera de sus recintos habituales ha sido por motivos muy concretos y locales,

constituyendo, más bien, un movimiento espontáneo que una actuación organizada».

«HA MUERTO UNA COMPAÑERA. HOY NO SE TRABAJA»

El 10 de noviembre de 1977 el cuerpo de María Isabel todavía estaba en el Hospital de Basurto. Su familia llegó a Bilbao en busca de unas explicaciones que nadie les dio nunca. Lo que sí encontraron fue el cadáver completamente calcinado. Me encuentro con su tío en un hotel de Astillero, al lado de la iglesia en la que hicieron la comunión María Isabel y su hermano Lolo: «Estaba igual que un *chon* cuando lo quemas. Mi sobrina estaba igual. Inflamada y quemada viva. Quemada, quemada. ¿Cómo pueden meter a una chica a una celda de castigo, desnuda, con un camisón y que se prenda fuego? Explícame. Encima con grilletes. Tenía las marcas de las esposas», cuenta. El camisón es probable que se lo pusieran en el propio hospital y no hay ningún documento que confirme las marcas en las muñecas. El cuerpo, desde luego, debía impresionar. Recuerda a una mujer «majísima, guapísima, encantadora. Era muy agradable, pero con la enfermedad se ponía agresiva. Además era una tiona de la hostia».

Una tía de la hostia que no podía acabar convertida en simples cenizas. Sus compañeras no estaban dispuestas a permitir que la muerte de María Isabel pasara desapercibida porque ella nunca había sido precisamente discreta y porque estaban hartas del maltrato al que estaban sometidas todas por parte de las instituciones, las leyes y la policía. Las informaciones sobre la muerte de María Isabel que se publicaban esos días eran incoherentes. *Diario 16* denunciaba que la prisión se negaba a dar información y, a pesar de que la familia lo contradice, publicaron que se le había practicado la autopsia. *El País* afirmaba que se había suicidado cuando tuvo noticias de su traslado al centro psiquiátrico de Madrid aunque eso se contradice con los partes del personal de prisión. En cualquier caso —o probablemente porque nadie era capaz de explicar con exactitud qué había pasado— sus

colegas ardieron en llamas por primera vez durante el funeral.

No estaba previsto.

A las seis de la tarde, en la plaza del barrio de San Francisco, las putas se agolpaban en la puerta de la iglesia de Corazón de María para despedir a María Isabel. Ahí, en la puerta del templo, se dio un episodio que recogió *Egin* y que ha sido imposible confirmar: «Mientras el párroco oficiaba la misa, un nutrido grupo de prostitutas, acompañadas por miembras de la Asamblea de Mujeres de Bizkaia, permanecían junto al féretro que, según un empleado de la funeraria, no había podido ser introducido en la iglesia porque el cadáver estaba totalmente descompuesto y el olor hubiera sido insoportable». Un cadáver quemado huele mal, sí, pero no tendría por qué estar descompuesto. En cualquier caso, ya estaban desarrolladas las técnicas funerarias que podían evitarlo, aunque es probable que aquello costase un dinero que la familia no tenía. El cuerpo fue enterrado primero en una fosa y trasladado después al osario general, el lugar donde se depositan las cenizas de los restos no reclamados.

No todas las prostitutas se quedaron junto al féretro. *Posible* publicó fotos del funeral y en una de ellas aparece una mujer alta, de pelo corto y nariz afilada, que leyó unas palabras desde el púlpito. En él aparece tallado «Palabra de Dios». Aquel día, fue una puta la que tomó su palabra. El cura aprovechó también la misa para pedir que se aclarasen las circunstancias de la muerte, aunque, según su opinión, no podía culparse a la dirección de la prisión sin tener pruebas suficientes. Parece que trató de mantener la calma, pero la tensión cada vez era más evidente y en el *hall* tuvieron que atender a una mujer que se había desmayado. Las crónicas recogen que los primeros gritos de justicia se escucharon ya dentro de la iglesia y eso molestó a una de las prostitutas que participó en las protestas: «Mire, yo me manifesté como la primera, porque a María Isabel le tenía mucha ley, pero no quiero que esto llegue a convertirse en un desorden. Tengo mis principios, he estudiado en un colegio de religiosas y no me gustó nada que, el día del funeral, se hablara en la iglesia de cárceles y de prostitución, estando el Santísimo expuesto».

Más o menos molestas por el cariz que tomó el funeral, alrededor de las seis y media de la tarde, arrancaron a andar en una

manifestación improvisada. El número de personas que participó en la movilización varía según la fuente —un clásico—, pero parece ser que pudieron ser entre 200 y 500 personas. Ya había oscurecido cuando empezaron a escucharse los primeros gritos de «¡Prostitutas libertad!»; «¡Abajo la ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social!» y decenas de sentencias: «¡Asesinos!». Una de las prostitutas que participaba en las protestas se puso ante los micrófonos para dejar claras sus intenciones: «Estamos dispuestas a todo y no cesaremos hasta aclarar esta muerte. Pediremos justicia a todos los niveles. No hacía ningún mal y si tanto nos desprecia la sociedad, que nos den empleo para alimentar a nuestros hijos».

El recorrido que hicieron aquel día ha sido difícil determinarlo con exactitud, pero lo más probable es que salieran de la iglesia en dirección a la plaza de la Cantera; irían por Cortes hasta la plaza de Zabalburu y, desde ahí, se adentraron en ese Bilbao que no les pertenecía bajando por Hurtado de Amézaga hasta la calle Bailén. En paralelo a la ría, subirían de nuevo a San Francisco. En el número 53 de esa calle, Bernardo estaría vendiendo chucherías ajeno al cristo que le estaban por montar. Muchas compañeras de María Isabel y muchos periodistas habían asegurado que su última detención había tenido que ver con el robo de unos pasteles en la tienda de este hombre. Había un puto pastel que traía por la calle de la amargura a María Isabel, sí, pero no fue ese el motivo de su última detención.

Cabreadas y tristes, las prostitutas de Cortes estaban dispuestas a destrozar la tienda de Bernardo. Vicente, un hombre que lleva toda la vida en el barrio y se dedica ahora a hacerles los recados a viejas prostitutas, cree recordar que los chulos andaban reventando los adoquines de la acera para lanzarlos a las lunas de la tienda: «Me sorprendió porque ya sabes que los chulos no han trabajado nunca», me dijo un día que me acompañó a hablar con el cura de la Quinta Parroquia. Los cristales y Bernardo sufrieron la rabia de unas mujeres que estaban hartas y cansadas de tanta brutalidad. «Exigimos que se aclare el presunto suicidio. No nos creemos la versión oficial porque no explica que tuviese cerillas en su celda de castigo y que nadie la oyese gritar cuando se prendió fuego. De acuerdo, estaba loca y le daban ataques, pero precisamente por eso su lugar no era la cárcel por un hurto», clamaba una de ellas.

El señor declaró en todo momento que él no había denunciado a nadie, pero lo cierto es que su amabilidad se fue difuminando con el paso de los días. En unas primeras declaraciones decía que era «importante que ese punto se aclarara, ya que la citada joven era una buena clienta mía y nunca he tenido queja alguna». Unos días después, aunque se mantenía firme en su versión, Bernardo ya no resultaba tan tierno: «¿Cómo iba yo a denunciar a esa pobre muchacha, si era una clienta estupenda? La última vez que estuvo aquí, hizo compras por valor de 1500 pesetas y le dio diez duros de propina al dependiente. No sé de dónde habrá sacado ese infundio, pero yo soy inocente. No. No he denunciado la agresión, pero sé quiénes fueron esas guarras, machorras, que me apedrearon el establecimiento. Claro, me tienen envidia… Como empecé a vender ambulante y ahora uno, a costa de muchos sudores, se ha hecho con un comercio… Sí, las conozco a todas porque bajan por aquí, pero a mí no se me ocurre subir a Cortes, hay mucho vicio. Y, encima, piden libertad, ¿qué más libertad querrán estas tías asquerosas? Aquí, lo que hace falta es un Gobierno con mano dura». Bernardo aprovechó los micrófonos de *Posible* para quedarse a gusto y se dejó fotografiar, pero no sin antes ponerse la chaqueta para verse más guapo. Murió hace años y sus familiares no recuerdan este episodio. Su tienda sigue en la memoria de las más viejas del barrio que acudían a menudo a por alguna de las decenas de cosas que vendía: desde comida a calendarios porno.

Las prostitutas, acompañadas por la gente de los comités de apoyo a la COPEL, por feministas y grupos de lesbianas y maricas —las siglas del colectivo no incluían tantas identidades como ahora —, decidieron paralizar el ejercicio de la prostitución en esa zona de Bilbao. «Ha muerto una compañera. Hoy no se trabaja», decían mientras iban cerrando, uno a uno, todos los bares de la calle Cortes. Los clientes que, primero se reían, tuvieron que entender rápidamente que aquello no era una broma. «Aquí hoy no se jode, clavárosla en el suelo o iros con vuestras mujeres», gritaba una de las prostitutas. Organizaron piquetes para cerrar todos los clubs y permanecieron por la zona al menos hasta las cinco de la mañana para garantizar que ningún establecimiento funcionara con normalidad esa noche. La Policía Armada estuvo presente en todo momento, aunque apenas debieron intervenir en algunos momentos

de máxima tensión entre las prostitutas que estaban organizando la huelga y las que preferían seguir trabajando. *El Correo* publicaba que «los insultos y amenazas a las que hicieron caso omiso a sus pretensiones se prodigaron, llegando incluso a la agresión personal». Según este diario, dos tercios de los establecimientos estaban cerrados ya a las ocho de la tarde y la tensión siguió aumentando hasta que se cerraron prácticamente todos.

La familia de María Isabel participó en la manifestación, en la que también estuvo su hijo. Estaba a punto de cumplir cinco años. Aparece en muchas de las imágenes de las protestas, en primera fila, en brazos de una compañera de su madre. Es probable que fuera Mari Cruz, una buena amiga de María Isabel, que además era la madrina del niño. Ella ya no se dedicaba a la prostitución. Declaró a *Primera Plana* que «en una ocasión que estaba muy mala la llevamos nosotras mismas al manicomio para mujeres de Zaldibar. La engañamos diciéndole que íbamos al baile que le gustaba mucho. Se escapó de allí así como otra vez de Valdecilla. La idea de volver a un psiquiátrico le aterraba». No era lo único que le daba miedo. Manuel Vidal, periodista de *Posible*, escribía que «difícil y conflictiva, sí que debió ser María Isabel. Y decididamente incómoda para quien no se beneficiara de su ternura. A los cíclicos ataques de locura que solían aquejarla, hay que unir el dato definitorio que, de su carácter, nos ofrecen quienes la conocieron: una rebeldía visceral y epidérmica contra todo lo que ignoraba o temía; es decir, contra casi todo».

Su rebeldía inundó a todas sus compañeras esos días que, rabiosas, trataron de hacer frente a las violencias que sufrían en soledad. En uno de los clubs que frecuentaba María Isabel, una mujer de Granada, se lamentaba: «Nosotras somos la escoria de la sociedad. Si hubiera sido una hija de papá, cualquier otra mujer, no le hubiera pasado esto. Pero a nosotras, las prostitutas, nos dejan morir como perros». La sensación generalizada era una mezcla de apatía y rabia: «No es más que la última gota que ha colmado el vaso de esta vida infrahumana que vivimos aquí. Cualquier día nos puede ocurrir a una de nosotras».

El dolor de las prostitutas silenció aquellos días el alboroto de Cortes. Muchos y muchas periodistas se acercaron a esa zona de luces y bailes. Las compañeras de María Isabel aprovechaban sus

altavoces para rendirle homenaje. Una de ellas aseguraba que era una mujer muy culta, que había realizado estudios de Asistente Técnico Sanitario (ATS) y que, incluso, ejerció esa profesión durante un tiempo. Ha sido imposible comprobarlo, igual que tampoco puedo afirmar que fuera cierta su afición por los idiomas, como declaraba otra de sus amigas antes de añadir que «cuando alguien necesitaba escribir una carta lo hacía ella, con una letra maravillosa. Nunca le faltó dinero, si alguien lo necesitaba para comer o lo que fuera se lo daba. Cuando estaba normal era una compañera fabulosa, pero cuando le daba la mala luna nos hacía la vida imposible. Nosotras la soportábamos porque la queríamos, aquí nunca le pasó nada. Y, ya ve usted, la llevan a la cárcel y la dejan morir».

La mala luna de María Isabel inundó el cielo de Bilbao aquellos días y produjo mareas de solidaridad. Tras una noche en vela, como otras tantas, sus compañeras decidieron unirse a un encierro que tenía ya convocado el comité de apoyo a la COPEL en el Hospital de Basurto para denunciar la situación de extrema vulnerabilidad en la que se encontraban todos los presos sociales. El mismo día que murió María Isabel, Severiano Domingo había sido trasladado a ese hospital porque se había cortado la oreja. Diecisiete de los reclusos estaban ingresados por autolesionarse. A pesar de que ya tenían algo de relación, lo cierto es que parece que el vínculo entre los comités de apoyo a la COPEL y las prostitutas se forjó especialmente aquellos días.

El sábado, 12 de noviembre, entre cincuenta y cien personas tomaron el pabellón de Otorrinolaringología del Hospital, la zona que hoy está destinada a consultas externas. Llegaron en torno a las cinco de la tarde y, a partir de las siete, empezaron a recibir tanto la visita del director del hospital como de la Policía Armada. Putxeta fue el encargado de decirles que si querían podían empezar a detenerlos por la fuerza. Habían decidido, en asamblea, con votación a mano alzada, que por voluntad propia nadie saldría de momento de allí. La policía no intervino, aunque sí pidió la documentación a algunas personas.

Las prostitutas que acudieron al encierro fueron recibidas entre aplausos y todos los asistentes aprovecharon el foco mediático para denunciar las vejaciones a las que se veían sometidas tanto por la

policía, como por los funcionarios de prisiones o los guardias de los psiquiátricos. Redactaron un comunicado en el que solicitaban la colaboración del pueblo para lograr sus objetivos: la amnistía para todos los presos sociales, sin excepción; derogación de la ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, así como de los delitos específicos de las mujeres; reforma del Código Penal, cambios en el sistema penitenciario y opciones para los exreclusos: empleo al salir de prisión o la posibilidad de cobrar el desempleo.

Cayó la luz. Pasaron la noche en Basurto, en un pabellón que ahora visito sin encontrar ninguna evidencia de todo aquello y, en realidad, lo cierto es que resulta muy complicado saber con exactitud qué ocurrió de verdad aquellos días de noviembre.

En aquel encierro, Celina conoció a Joserra.

CUARENTA PUTAS SON MUY POCAS PUTAS

Trato de acercarme a la historia indagando en pequeños detalles que me permitan entender qué ocurrió aquel noviembre en Bilbao, quién y cómo participó en unas protestas que llamaron la atención de la prensa durante unos días y que me llamaron tanto la atención a mí más de cuarenta años después. Juan Ignacio Fernández empezaba a trabajar como fotoperiodista para *El Correo*, el diario local con más impacto en la provincia. El día del entierro, llegó al barrio acompañado por Ángel Ríos, el periodista encargado de escribir la crónica, y, si no le falla la memoria, con una Nikon F1.

A pesar de que han pasado muchos años, se acuerda bien de aquella jornada porque fue una de las primeras protestas que cubrió en su carrera. Me atiende con amabilidad y cierto entusiasmo: «¡Qué casualidad que me contactes para esto! Algo se me quedó marcado de aquello». Tanto que ha incluido un pasaje ficcionado de aquella tarde en la novela que está escribiendo ahora que está jubilado. Recuerda con cierta nostalgia que aquel día las compañeras de María Isabel les miraban con cierta esperanza: «¿Contaréis esto, verdad?». Entiendo que la nostalgia es fruto de los años, pero también de cómo ha cambiado la mirada de la sociedad sobre los y las periodistas.

Andaban echando fotos por la calle cuando alguien advirtió a gritos que llegaba la policía. Juan Ignacio y Ángel se escondieron en un portal con un grupo de prostitutas que se lamentaban de la actuación policial. No es capaz de recordar con exactitud las declaraciones que les dieron, pero recuerda la sensación de inseguridad y los insultos. Debían decir algo así como: «Estos hijos de puta nos dan palos en vez de protegernos». Era ya de noche cuando volvieron a la redacción para revelar las fotos que se publicaron al día siguiente. Cree recordar que llovía y un olor mezcla de desinfectante y humedad. A pesar del entusiasmo con el que la prensa de la época presentó la huelga de prostitutas de Bilbao, solo dejaron de trabajar por completo la primera noche. Al

día siguiente del funeral, cuando se encerraron en el hospital, las prostitutas ya habían vuelto al trabajo. Me lo confirma Celina, que, mientras duró el encierro en el hospital, hizo de taxista con su 800 verde de cuatro puertas.

—¿No era una huelga?

—Hacían servicios mínimos y yo llevaba a las que les tocaba entrar al turno. Me acuerdo de una de Sevilla que llamó a su marido para contarle que estaban de huelga. En los clubs las trataban con cierto espíritu infantil: «¿Qué hacéis? ¿Dónde vais? ¿Qué es eso de la huelga?». Ellas lo tenían claro: «Han matado a una compañera».

Aprovechaban los viajes del barrio al hospital para llevar la comida que les regalaban de los bares. Algunos recuerdan que cenaron pollo, otros hablan de bandejas de callos y de cordero. Nadie pasó hambre, eso está claro. La encerrona se mantuvo mientras seguían tomando las calles con otras acciones y los comités de apoyo a la COPEL declaraban que mantendrían las protestas por toda la provincia. Las prostitutas se dejaban llevar.

El 12 de noviembre, el día que fue enterrado el cadáver de María Isabel, llevaron a cabo una acción en el Puente Colgante de Portugalete, el primer transbordador con estructura de metal construido en el mundo, que conecta la Margen Izquierda con la Margen Derecha de la ría de Bilbao. Un puente que atraviesan históricamente cientos de trabajadores y trabajadoras cada día desde que se inauguró en 1893. Cinco miembros de la COPEL subieron para desplegar una pancarta, pero todos recuerdan a Arevalillo en las alturas. «Era una acción que no se había hecho nunca y a huevos no le ganaba nadie», dice Putxeta. Debajo les esperaban alrededor de 150 personas con pancartas solidarizándose con las protestas que se sucedían también en Bilbao. La intención debía ser pasar la noche ahí, pero algo se torció. A la vez, siete de los presos sociales que estaban ingresados esos días en el Hospital de Basurto iniciaban una huelga de hambre. Ese mismo día, quince militantes fueron detenidos por encadenarse al puente del Arenal, en Bilbao, en señal de protesta por la muerte de María Isabel y por las violencias a las que estaban sometidas todas las personas presas. Eran doce hombres y tres mujeres.

Entre las personas que se encadenaron, según se publicó en la prensa local, se encontraban militantes de la CNT, de los comités de

apoyo a la COPEL, objetores de conciencia, prostitutas, feministas y miembros de grupos de gais y lesbianas. En la única foto que he encontrado aparecen cinco personas. Dos de ellas, fumando. Todas encadenadas a la barandilla del puente y también entre ellas y cada una con un cartel colgado al cuello: «Amnistía para los presos sociales. Apoyo a COPEL»; «Derogación de la ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social y reforma del Código Penal»; «Los presos se autolesionan y suicidan. Gritan a la injusticia. ¡Amnistía total!» o «Las cárceles no acaban con los delincuentes, son escuelas de delincuencia». El texto de una de las pancartas es ilegible en la foto, aunque acaba haciendo alusión a la «peligrosidad social». La prensa recoge que en uno de los carteles podía leerse también que las putas son clase obrera.

La CNT exigía en un comunicado la libertad de los detenidos, aunque hoy sus militantes se acuerdan vagamente de todo aquello. Eugenio y Txetxu andaban por allí seguro, pero no pueden darme grandes detalles. Me hablan de Txamus, que ya ha fallecido, y probablemente pudiera saber algo de todo esto. Él, desde luego, estaba vinculado a los comités de apoyo a la COPEL. Tan vinculado que se encargó de la fontanería de la famosa buhardilla. Esa anécdota resume, en gran medida, cómo se generaban las alianzas políticas en los setenta: a través de vínculos de apego. Decenas de jóvenes, hombres y mujeres, hicieron de las calles de Bilbao un gran escenario de articulación y lucha política entre comunicados y potes. Había grandes diferencias ideológicas entre todos ellos, pero no eran tantos como para ignorarse unos a otros. Además, qué coño, la mayoría eran amigos.

Tras la detención de las personas encadenadas al puente del Arenal, ese mismo día volvió a improvisarse otra manifestación que reunió alrededor de 300 personas y acabó con un mitin en la plaza de la Cantera, un poco más arriba de Cortes. La familia de María Isabel no se enteró de nada de esto. Reyes, la prostituta que llevaba la voz cantante, decía que lo que les había echado a la calle era la muerte de una compañera, pero que no podía quedarse en eso: «Tenemos que seguir». Acabó su intervención con un grito de «¡Viva España!» y los presentes se miraron sorprendidos. Se generó cierta tensión hasta que alguien gritó: «¡Gora Euskadi Askatuta!». Al estrado, además de Reyes, subió también Felipe en nombre de los

comités de apoyo a la COPEL. Nadie recuerda si alguna mujer habló en nombre del incipiente movimiento feminista o LGTB, ni si hicieron alguna aportación los objetores de conciencia. Los que no faltaban eran vecinos y vecinas de la zona: «Se solidarizó todo el barrio. Eso tienes que ponerlo así», insiste Peli cuando hablamos.

Hecho: se solidarizó todo el barrio.

El 23 de noviembre de 1977, en un local que les cedió la asociación de vecinos, se formalizó la creación del comité de prostitutas de Cortes. Por allí aparecieron unas cuarenta prostitutas, miembros de los comités de apoyo a la COPEL y miembras de la Asamblea de Mujeres de Bizkaia. Al menos, así lo contó la prensa.

Pero cuarenta putas son muy pocas putas.

En los setenta, las mujeres que se dedicaban a la prostitución en esa zona de Bilbao eran muchísimas más. La periodista Mayte Santibáñez, de *Cuadernos para el Diálogo*, se acercó a aquella reunión y recogió el descontento de algunas de las presentes: «Siento que el noventa por ciento de los hombres que vienen conmigo me odian», lamentaba una de las participantes. Las principales quejas, sin embargo, tenían que ver con la falta de implicación del resto de sus compañeras en aquella lucha: «Siempre nos encontramos las mismas, y siempre caemos las mismas cuando hay redadas: las viejas, las que tenemos hijos y nos vemos obligadas a hacer horas extra para poder alimentarlos», declaraba otra de las asistentes.

Insisto: cuarenta putas son muy pocas putas. Fueron muchísimas más en las primeras manifestaciones tras la muerte de María Isabel. «Claro, al volver aquel día habrán recibido unas palizas terribles de sus chulos. Comprendemos su situación, pero no queremos aceptar la ayuda económica que algunas nos han ofrecido. Queremos que estén aquí, luchando con nosotras codo a codo», trataba de explicar una de ellas. Desde el comité de apoyo a la COPEL de Bizkaia aseguraron también que la policía se había «mosqueado ante la organización de las prostitutas y habían intensificado las redadas». Denunciaban que en comisaría «a las detenidas les enseñaban fotos de todas las fichadas para que lo contasen por el barrio». Amenazaban continuamente con detenciones masivas y con aplicarles la ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social «que las llevaría directamente al talego». «La policía hacía visitas a las casas

de algunas prostitutas que habían destacado: las patrullas de la policía se intensifican. Todo este trabajo la policía lo realiza muy por debajo, tratando de amedrentar y controlar una situación que hasta ahora nunca habían visto como peligrosa». Además de la presión policial, censuraban a todas las personas que, «explotando a la prostituta, viven de ella: macarras, propietarios de bares y *meublés*».

Algo parecido aseguraba a *Primera Plana* una de las mujeres que participaba en el comité.

—Desde la democracia nos detienen menos, pero a raíz de la manifestación la policía nos ha amenazado. Queremos, antes que nada, que no asome la policía ni como agentes ni como chulos.

Ni la decepción por la falta de implicación de las más jóvenes ni la presión de la policía detuvo a las más veteranas en sus objetivos. Aquel día hicieron públicas sus demandas porque la muerte de María Isabel había colmado de indignación a todas. «Este suceso y otros muchos más como, por ejemplo, la represión que ejerce sobre nosotras la policía que nos detienen cuando se les antoja o la ficha policial que tenemos como prostitutas, la cual nos impide salir del mundo de la prostitución, ya que nos niega cualquier tipo de trabajo, ha hecho que reaccionemos por primera vez ante nuestra injusta situación como marginadas sociales». Esas fichas, policiales o locales, eran utilizadas por la policía para seguir «incordiando por toda nuestra vida». Aseguraban que eran un instrumento que perseguía también a las que ya habían dejado la prostitución evitando que pudieran ejercer otros trabajos. Buscaban la «abolición del reglamento de prisiones: mejor trato, mejor comida, mejores condiciones sanitarias, abolición de las celdas de castigo»; y exigían, en último lugar, poder acogerse a las condiciones de cualquier trabajador: seguridad social, seguro de desempleo y seguro de enfermedad. Exigían derecho a poder organizarse libremente para formar un sindicato propio. Llamaban a otras prostitutas a que se unieran para seguir discutiendo y añadiendo puntos a sus reivindicaciones. Además querían que la opinión pública conociera por qué luchaban y qué derechos exigían.

No solo eso.

Exigían un control médico periódico y gratuito con médicos competentes e instalaciones adecuadas, y la creación de una escuela

en la que pudieran aprender un oficio, a leer y a escribir: «Muchas de nosotras somos analfabetas», decían. Reivindicaban que ambos servicios se ofrecieran en el local situado en la plaza de la Cantera, lo que había sido el Instituto Municipal de Higiene Especial, que consideraban suyo. El edificio se construyó en 1918 para controlar las enfermedades venéreas de las prostitutas que ejercían legalmente entonces. Sabemos, según se publicó en el periódico municipal, que a partir de 1930 en la primera planta estaba «la consulta de mujeres con dos salas de exploración, un despacho médico, sala de espera y una llamativa habitación dotada con una veintena de bidés». En la segunda planta, «la consulta para hombres, dispuesta de tal forma que no pudieran verse con las clientas de la planta inferior». En la planta tercera estaba la «capilla y la zona de hospitalización, exclusivamente para mujeres y dotada con una docena de camas. En la última planta se encontraba la residencia para las monjas que atendían al hospital». En 1965, la Dirección Provincial de Sanidad se hizo cargo del edificio hasta su desaparición en 1986. Hoy, Galtzagorri, el grupo feminista del barrio, reclama también ese edificio para la creación de Koloretxe, una casa que atienda las necesidades de las mujeres de la zona. Lograrlo sería también un bonito homenaje a todas las mujeres que se organizaron aquel noviembre de 1977 para reivindicar sus derechos y llorar a María Isabel.

Constituido ya el comité, a finales de noviembre, se hicieron algunas pequeñas acciones: repartieron hojas con sus reivindicaciones por el barrio, hicieron algunas charlas —en Ortuella, por ejemplo— y debieron pegar por ahí las pegatinas que les diseñó Putxeta, una pequeña viñeta en la que una prostituta, que estaba tranquilamente en un bar, preguntaba minutos después por qué había sido detenida en la comisaría: «¡Fuera represión contra las prostitutas!».

El comité participó, al menos formalmente, en la convocatoria de una manifestación como parte de la Coordinadora de Marginados el 25 de noviembre de 1977. La fecha elegida fue casualidad. No fue hasta 1999 cuando la Asamblea General de las Naciones Unidas señaló este día como Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra las Mujeres, aunque el movimiento feminista de América Latina la reclamaba desde los ochenta. La efeméride

recuerda el asesinato de las hermanas Mirabal, asesinadas por el dictador Trujillo en República Dominicana en 1960.

Aquella manifestación fue histórica, aunque hayamos tardado años en darnos cuenta. Las autoridades no dieron permiso, pero la marcha arrancó, según lo previsto, a las ocho de la tarde desde la plaza de Zabalburu a pesar de la negativa del Gobierno Civil, que aseguraba que se podrían producir alteraciones del orden público. Decían, además, que la mayoría de las reivindicaciones estaban recogidas en el Pacto de la Moncloa. La marcha, convocada por los comités de apoyo a la COPEL, Euskal Herriko
Gay-Les
Askapen Mugimendua (EHGAM), Juventud Gay de Euskadi, Asamblea de Mujeres de Bizkaia-Bizkaiko Emakume Asanblada, comité de prostitutas y objetores de conciencia, acabó con incidentes. «Según fuentes de la policía hubo disparos intimidatorios para evitar que se agrediera a un conductor que estaba retirando una barricada». Parece ser que hubo barricadas en dos calles principales de la ciudad: Gran Vía y Hurtado Amézaga; que se prendió fuego a sacos de basura y que la policía utilizó botes de humo para dispersar la marcha. Algunos vehículos de la policía fueron dañados y, al menos, hubo un detenido por agredir a los agentes. Llegó a decirse que había más de 4000 personas en aquella marcha.

De madrugada, llegó la venganza. En una crónica de *Diario de Burgos* aseguran que los focos violentos fueron reduciéndose por la noche, pero que a lo largo de la madrugada detuvieron a ocho personas por delitos relacionados con la prostitución. Exactamente, seis mujeres y dos hombres. Uno de ellos, marica.

En la revista *Bandera Roja* aseguraban que era evidente «la discriminación que la administración hace con estos sectores y sus reivindicaciones. Es inadmisible que la ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, verdadero engendro del franquismo, esté aún hoy en vigor y que se aplique diariamente. Es imposible el apoyo por parte de todas las organizaciones políticas y sociales de estas reivindicaciones y la orquestación de campañas masivas, a ser posible a nivel estatal, para conseguirlas».

Se hizo lo que se pudo.

La rabia por la muerte de María Isabel tardó poco en mitigarse

porque las protestas —las grandes hogueras— suelen responder a una necesidad urgente de cambio, pero la política de largo recorrido —el fuego que mantiene el calor— precisa de unas condiciones materiales muy concretas. Las prostitutas no tuvieron la posibilidad de mantenerse activas en la lucha política, al menos en los términos más tradicionales, porque la calle es muy jodida. Lo más probable es que ellas participaran de manera bastante residual en las acciones y, hoy, Peli recuerda perfectamente cómo eran ellos, los militantes de los comités de apoyo a la COPEL, quienes repartían en muchas ocasiones las octavillas: «Imagínate qué cara ponía la gente cuando veían a unos tíos repartiendo papeles en nombre del comité de prostitutas de Cortes».

—Pero ¿quién ha escrito esto? —pregunto señalando las reivindicaciones del comité de prostitutas.

—Pues… creo que yo, pero todo lo decían ellas.

—¿Lo del sindicato también?

—No lo sé, no lo sé.

UN FEMINISMO QUE BALBUCEA

Franco llevaba muerto dieciséis días cuando alrededor de quinientas mujeres feministas se reunieron en Madrid para dejar claras sus exigencias. Aprovecharon el puente de la Inmaculada para encontrarse y facilitar así el traslado de todas las que llegaron aquellos días a la ciudad desde diferentes puntos del Estado. El plan era llevar a cabo las Primeras Jornadas Nacionales por la Liberación de la Mujer, pero acabaron por suprimir del título la alusión a la nación por petición de algunas participantes. Tenían igual de claro a quién y para qué tenían que dirigirse, así que enviaron un telegrama a Juan Carlos con algunas propuestas: querían la amnistía general y la derogación de la ley antiterrorista, además hacían evidente que no reconocerían ningún Gobierno que no fuera elegido por el pueblo.

Estaba todo por hacer. Aquellos días de diciembre, con Carlos Arias Navarro al frente de la presidencia, muchas feministas tenían claro que ningún cambio político podría ser considerado democrático sin la participación de las mujeres, pero no todas estaban de acuerdo. La declaración que se hizo pública con las conclusiones del encuentro recoge también que algunas no suscribieron el texto en su totalidad: «La opresión de la Mujer no acaba con la instauración de un régimen democrático, sino con un cambio revolucionario en todas las estructuras económicas y políticas». Entendían que la primera estructura económica de opresión era la familia y aseguraban que las mujeres del Estado español se enfrentaban a dos contradicciones: «La opresión que el imperialismo y el capitalismo ejercen contra todas las clases populares» y la opresión que sufren las mujeres «por todos los hombres de todas las clases sociales y económicas». Apostaban por la supresión de una sociedad dividida en clases, de la explotación de las mujeres y de las relaciones de poder económicas y laborales. Entre sus primeras exigencias solicitaban «la reforma de la ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social en cuanto a la tipificación de

conductas consideradas como peligrosas que discriminan a la mujer en razón de su sexo» y su apuesta por una radical transformación de la legislación vigente que reconociera a las mujeres en un plano de igualdad tanto en el Código Civil como en el Código Penal.

La democracia tardó en volver al Estado español, pero llegó mucho más tarde para las mujeres. El 14 de julio de 1977, apenas un mes después de la celebración de las primeras elecciones democráticas tras la muerte del dictador, una minoría parlamentaria presentaba a la mesa del Congreso de los Diputados una proposición de ley que exigía la amnistía para los delitos que discriminaban específicamente a las mujeres: adulterio, aborto y la prohibición de difundir información sobre los anticonceptivos. Dolors Calvet, diputada del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), fue la encargada de defender la propuesta el mismo día en el que se debatieron cuestiones relacionadas con la pena de muerte o la mayoría de edad. La de Calvet fue la que menos apoyos recibió y ella declaró que la cámara parecía negarse a aceptar que la democracia significa igualdad de derechos entre hombres y mujeres. Tardaron en conseguir algunos de los objetivos que se marcaron en aquellas primeras jornadas y otros están aún pendientes de ser alcanzados en su totalidad. Querían, por ejemplo, «la eliminación de los dobles criterios de valoración moral». María Isabel habría disfrutado mucho de ese triunfo que está por llegar.

Cuarenta años de dictadura franquista son muchos años de dictadura franquista y las mujeres del Estado español empezaban a levantar cabeza. Estaban preocupadas y ocupadas en derogar las leyes que limitaban su participación política y social, los resquicios fascistas que seguían sin reconocer su condición de ciudadanas. Trabajaban en diferentes comisiones a lo largo de la semana y las asambleas solían celebrarse los sábados por la tarde. La militancia permeaba por completo las vidas de una generación que había nacido en la dictadura, pero apostaba por vivir en libertad. En 1976, más de 4000 mujeres participaron en las Jornades Catalanes de la Dona y, ya en 1977, se celebró por primera vez el 8 de marzo en Bilbao, en un local vinculado a la iglesia de San Francisquito, en el barrio de Santutxu. La Asamblea de Mujeres de Bizkaia se había formado en febrero de 1976, aunque empezaron a reunirse en octubre de 1975, un par de meses antes de las jornadas de Madrid.

Todas las personas a las que me acerco me remiten a ellas cuando pregunto por los orígenes del feminismo organizado en Bilbao: Begoña Mendia y Begoña Salcedo. Me reciben en casa de una de ellas con los deberes hechos: han repasado los documentos de la época buscando respuestas a mis preguntas sobre su participación en la huelga de prostitutas. Los recuerdos que tienen son vagos. Sí, lo sé, ha pasado mucho tiempo. «La soledad, la desesperación y el olvido te acompañaron hasta el fin. No conociste ni la amnistía», escribían las miembras de la Asamblea de Mujeres de Bizkaia en la pancarta que llevaron a su funeral. Ninguna recuerda hoy a María Isabel a pesar de que apostaron por unas palabras tan cariñosas para acudir a las protestas. «No es tan raro», me dicen. Lo más probable es que ninguna la conociese nunca. La mayoría no estaban acostumbradas a andar por el barrio de San Francisco y las putas de Cortes les quedaban lejos, aunque entonces se reunieran en Alameda San Mamés, una calle a menos de un kilómetro de clubs como El Gato Negro.

Estaban muy liadas aquel noviembre porque andaban organizando las primeras Jornadas Feministas de Euskadi, que se celebraron en diciembre de 1977 en la Universidad de Leioa. En una publicación previa al encuentro ponían «en tela de juicio la democracia». Reivindicaban, «con especial fuerza», la amnistía «para las compañeras que están en las cárceles» y apostaban por estrechar sus brazos «solidariamente fortaleciendo la autonomía de nuestra organización. No podemos confiar en el gobierno de Suárez ni en las Cortes. Solo nosotras con nuestra presencia en la calle arrebataremos de las cárceles a tantas y tantas mujeres que sufren condenas por delitos que son derechos de los seres libres».

Entonces, Lidia Falcón era un referente. Leían *Vindicación Feminista* y andaban enredadas en los primeros debates que, hoy, más de cuarenta años después, nos suenan tan a chino como Mao Tse Tung. A la cita acudieron alrededor de 3000 mujeres y, entonces, los principales debates tenían que ver con la participación de los hombres en el movimiento y con la doble militancia. ¿Debían militar exclusivamente en el movimiento feminista o tenía sentido su participación en espacios mixtos como partidos políticos? En la Asamblea convivían ambos modelos. Unos meses antes de las jornadas, en agosto de 1977, se había presentado en sociedad la

corriente radical de la Asamblea: Lanbroa (Lucha Antipatriarcal de Mujeres [*Neskak*] Bizkainas Radikales Organizadas Autónomamente) que apostaban por la militancia feminista única. La autonomía del movimiento es evidente en todas las visiones. En su texto fundacional, la Asamblea se presenta como una asociación autónoma, porque «todo grupo oprimido debe organizarse de manera autónoma para lograr sus objetivos».

La necesidad de espacios de militancia propios frente a la apuesta por el activismo en grupos mixtos supuso, más adelante, la primera gran brecha en el movimiento. La participación de los hombres, aunque el acuerdo parecía evidente *a priori*, supuso permanentes debates, de hecho durante el primer 8 de marzo que se celebró en Bilbao votaron para decidir que los hombres no podían entrar al acto.

La prostitución no era entonces un tema central en la agenda, al menos no generó grandes riñas durante la celebración de las jornadas, aunque se apuntó que el paro era la principal puerta de entrada a la prostitución. Estaban invitadas las prostitutas del comité, aunque en la misma crónica se recoge que «no pudieron contar con la anunciada presencia de una representante del movimiento de prostitutas de Bilbao, que a raíz de su movilización por su compañera Isabel Gutiérrez, que murió abrasada en la cárcel de Basauri, han sido objeto de actuaciones policiales».

Hoy, a pesar de las evidencias que aparecen en prensa, muchas de las militantes feministas de aquella época dudan ante cada una de mis preguntas. Algunas, incluso, llegan a asegurar que lo que se publicó fue una exageración, que nada de huelga, que nada de putas, que nada de articulación entre el feminismo y las mujeres que se dedicaban a la prostitución. No resulta extraño, eso es obvio, que una huelga de prostitutas llamase la atención de unos medios de comunicación que también estaban aprendiendo qué era aquello de la democracia. En cualquier caso, y a pesar de que resulta evidente que pudo exagerarse el impacto de las protestas, de alguna manera, durante al menos unas horas, las prostitutas de Bilbao se organizaron para hacer públicas sus demandas y, de alguna manera, durante al menos unas horas, encontraron la cercanía y la solidaridad de un movimiento feminista que empezaba a balbucear sus primeras consignas.

Participaron en las protestas por la muerte de María Isabel, sí. La prensa de la época, además, se encargó de nombrarlas en todas las crónicas, pero tanto Begoña Mendia como Begoña Salcedo tienen algo claro: «La manifestación estuvo protagonizada por ellas. Nosotras éramos residuales. No pintábamos nada allí», aseguran ambas. La Asamblea de Mujeres de Bizkaia mandó un comunicado a la prensa denunciando «la doble moral que condena a la madre soltera y a la mujer que aborta; la hipócrita moral que nos ha situado a las mujeres enfrentándonos entre honestas y deshonestas»; denunciaban «las instituciones que perpetúan esta situación injusta»; y aseguraban defender el derecho a controlar «nuestro propio cuerpo, el derecho a una maternidad libre y no impuesta por leyes, iglesias o médicos», así como «el derecho de todos los seres humanos a relacionarse libremente entre sí». Lamentaban la muerte de María Isabel y, todavía hoy, muchas recuerdan la rabia que inundó Bilbao aquellos días aunque durase poco, aunque las pillara de lejos. El papel lo aguanta todo y aquellos días feministas de todo Euskadi lanzaban también un comunicado en el que denunciaban que a nadie le importaba la situación de las presas, mujeres que habían desafiado «a una sociedad patriarcal que las denigra y explota». Apostaban por mantener el boicot electoral a los partidos que no asumían las reivindicaciones feministas y hacían constar que la amnistía no podía limitarse a que las mujeres presas salieran de prisión sino que tenía que abordar la «derogación de toda la legislación hecha por y para los hombres, que solo sirve para instrumentalizar la condición de oprimida y explotada de la mujer».

A excepción de los comités de apoyo a la COPEL, lo que parece más probable es que la participación del resto de los movimientos sociales de Bilbao en aquellas protestas se limitara también al envío de escuetos comunicados. Los grupos Liga Komunista Iraultzailea (LKI), LC (Liga Comunista) e Iraultza Taldea (IT) publicaban esos días que consideraban la muerte de María Isabel, que todavía era anunciada como un suicidio en algunos medios de comunicación, como «un asesinato legal», del que hacían responsable «al estado capitalista y a su gobierno, que se mantiene sobre una legislación opresiva que oprime singularmente a las mujeres, condenando a partir de una doble moral tanto a la madre soltera como a la mujer que aborta». Denunciaban «el olvido de todos estos problemas por

parte de la oposición responsable» y se reiteraban en la necesidad de la derogación de toda la legislación vigente. La muerte de María Isabel no llegó, ni siquiera, a ser instrumentalizada por los incipientes movimientos populares vinculados a la extrema izquierda. Mostraron su solidaridad, sí; participaron en las protestas, pero no dejaba de ser la muerte de una prostituta con problemas de salud mental, pobre y vecina de uno de los barrios más conflictivos de la ciudad. Era la época de lo *underground*, pero sin pasarse.

Aintzane Saitua es una de esas militantes feministas que no comparte mi entusiasmo por una historia que no recuerda que fuera para tanto. Nos encontramos en el actual local de la Asamblea de Mujeres de Bizkaia un día entre semana, por la mañana. Marta Brancas, una periodista histórica de la ciudad que guarda en su memoria los principales hitos del feminismo local, hace de anfitriona. Las dos recuerdan que una de las principales demandas del movimiento tenía que ver con la amnistía para las mujeres acusadas de delitos como el adulterio o el aborto, pero ambas acaban por reconocer que la prostitución no era una preocupación para el movimiento. «Nos pillaba más de refilón. Era, hay que reconocerlo, de alguna manera marginal», dice Aintzane. Fue mucho después, ya bien entrados los años ochenta, cuando el debate atravesó el pensamiento feminista y empezaron a darse los primeros conflictos. Los mismos que hoy están sin resolver. En los setenta, la Asamblea era un espacio de articulación para diferentes corrientes feministas. Participaban, principalmente, mujeres vinculadas al LKI (Liga Komunista Iraultzailea-Liga Comunista Revolucionaria), EMK (Euskadiko Mugimendu Komunista), algunas mujeres independentistas y otras que no se adscriben a ningún otro movimiento, a las que llamaban «independientes». Durante años, trabajaron en busca de posturas políticas aprobadas por consenso, hasta que la sociedad se complejiza y, con ella, se hicieron más evidentes las diferencias entre ellas.

Puede ser que las feministas tuvieran también en los setenta algunas discrepancias entre ellas o con colectivos como los comités de apoyo a la COPEL. Puede que, efectivamente, así fuera, pero luego, en el Casco Viejo, compartían vinos y confidencias. Ninguna recuerda grandes diferencias. Desde los grupos de apoyo a la

Coordinadora de Presos Españoles en Lucha (COPEL), el clamor era evidente en los años setenta: había que derribar las prisiones, estructuras de dominación burguesas, que condenaban a los pobres a la oscuridad. Esa era la demanda de los presos y ese era el planteamiento de los militantes y las militantes de izquierdas que apoyaban sus reivindicaciones desde la calle. El movimiento feminista, hoy, ha sido instrumentalizado de alguna manera por las posturas más conservadoras y, en muchas ocasiones, en nombre de los derechos de las mujeres se ha pedido el endurecimiento del Código Penal español. Ninguna de las activistas feministas a las que me acerco se recuerda discutiendo sobre si era o no oportuno para las mujeres que se lograse una amnistía total para todos los y las presas sociales, pero el debate sí se dio en *Vindicación Feminista*. En el número 16, en octubre de 1977, se preguntaban si era oportuno que los violadores salieran de la cárcel porque querían afrontar la grave contradicción «que se plantea al tener que pedir la amnistía para unos hombres que han cometido crímenes contra la mujer». Desde la Organización Feminista Revolucionaria (OFR), por ejemplo, aseguraban que no había que olvidar que si bien «habían condenado a Pedro el Loco, no han encarcelado, en cambio, al terrateniente que viola a la hija del aparcero» y es que «casi ninguna se decide a negarle al preso violador su salida de la cárcel» sobre todo porque «no deja de ser trágico que el peso de la ley, hecha y defendida también por violadores, por aquellos que gracias a su poder nunca serán descubiertos ni encarcelados, caiga exclusivamente sobre una ínfima parte de agresores que pertenecen a sectores oprimidos».

Las demandas del movimiento feminista entonces pueden resumirse en «amnistía para la mujer». Las mujeres se reorganizaron para asegurar sus derechos civiles: desde la derogación de la licencia marital a la supresión de las leyes que nos dejaban en una posición de subordinación evidente respecto a los hombres. Exigían poder ejercer la patria potestad de sus criaturas, que la mayoría de edad estuviera en veintiún años en todos los supuestos; además, las feministas se unían a todos los movimientos que exigían derechos políticos, laborales y educativos. Y, por supuesto, se dejaron la piel para lograr que pudiéramos vivir nuestra sexualidad libremente, controlar nuestra natalidad, casarnos por lo civil y divorciarnos sin

tener que dar explicaciones al Estado.

En muchos documentos de la época, las feministas recogían también la derogación de la ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social como una de sus demandas, pero esa lucha estuvo más presente en otros movimientos sociales: los colectivos en lucha para la liberación de los homosexuales o los vinculados a las luchas de los presos comunes. Quizá por eso todavía hoy resulta muy complicado encontrar trabajos que aborden cómo afectó esa ley a las mujeres en general y a las prostitutas en particular. Además, el artilugio judicial era lo suficientemente complejo —y patriarcal— para someterlas a través de diferentes mecanismos, lo que impide que podamos rastrear con facilidad qué fue de todas ellas.

La memoria es un artilugio complejo. Es complicado discernir qué pasó y qué nos gustaría que hubiera pasado. Hoy, me atrevo a afirmar que la participación del movimiento feminista bilbaíno en las protestas por la muerte de María Isabel fue circunstancial. Una mezcla de casualidad, sororidad, rabia contenida, poca reflexión, mucho cariño. Un cóctel propio de una época en la que los debates también atravesaban las asambleas feministas, pero probablemente no se sellaban, como se sellan hoy, con sentencias de muerte. Los movimientos políticos que hundieron la dictadura franquista —mucho después de que esta acabase oficialmente— estaban formados por una amalgama de siglas y diferencias ideológicas, pero, al menos hoy, me encuentro con un recuerdo compartido por todas las personas que participaron activamente en aquel resurgir de la vida: las ansias de libertad. No. Aquello no era jauja, pero tampoco Twitter. Los libros de historia sobre cómo se articuló la extrema izquierda nos cuentan que pocas veces se ponían de acuerdo, pero, al menos en Bilbao, las diferencias no resultaban tan obvias cuando tomaban unos potes.

No sé cómo llegaría la familia de María Isabel a Bilbao para despedirse de ella. Su madre vivía ya en Asturias, pero vete a saber dónde estaba. Llegaría en coche y quizá conducía el tío Fidel. Nadie se acuerda de cómo fue exactamente el viaje, pero se lamentarían de su mala suerte, llorarían y arderían de rabia. Hicieron rápido algunos contactos en la ciudad, aunque no he podido averiguar cómo. El caso es que acabaron reuniéndose con Isabel Otxoa, abogada feminista, que les recuerda, cómo no, hechos añicos.

Quedaron en una cafetería del centro e Isabel les ayudó con algún papel que cree que entregarían en el juzgado, pero no sabe decirme nada más. No le extraña que la encontraran precisamente a ella y creo que no acaba de entender mi obsesión por los detalles. «No hacíamos activismo por currículum», me dice un par de veces cuando le pregunto quién hizo esto o quién hizo lo otro. Es verdad, entonces, las feministas de la ciudad se articulaban de una manera muy distinta.

Todo estaba por hacer.

Lo seguimos haciendo.

LAS VÍCTIMAS DEL 431

No creo que María Isabel tuviera ningún amigo marica y, si soy honesta, me la imagino sin dificultad haciendo comentarios que a mí me sacarían de quicio. Es aquí cuando me alegro de no haberla conocido. He aprendido a quererla aunque esté muerta, sin necesidad de que coincidiéramos vivas al mismo tiempo más allá de estas páginas. En cualquier caso, el movimiento gay de Bilbao, organizado principalmente por EHGAM, hizo de su muerte un sayo.

Hay alguien que es lo más parecido a la memoria colectiva de aquellos años: Imanol Álvarez. Él, como otras tantas personas, salió ilusionado a las calles en los setenta tras años de oscurantismo y dictadura. La historia de EHGAM es la historia de muchas de las personas que empezaron a reivindicar su manera de vivir tras años de persecuciones judiciales y políticas. Sentaron las bases de un movimiento social que irrumpió con fuerza en el Estado español y que empezamos a entender ahora con cierta perspectiva. Queda mucho aún por explorar de la historia de esos primeros hombres que se dejaron la pluma en las calles; de todas esas bolleras que se peleaban con las feministas y con los gais para encontrar su hueco; de todas esas personas trans y travestis que se enfrentaban a las normas para vivir a su manera.

La dictadura franquista supuso un varapalo en muchos sentidos aunque la República no fuera precisamente *gay friendly*. Los primeros relatos que encontramos tras la muerte de Franco nos hablan de cierta apertura dentro, claro, de las posibilidades que podíamos encontrar en un contexto que seguía siendo cultural, política y socialmente homófobo. La apertura permitió que pudiéramos vivir con algo más de paz, pero seguía siendo habitual utilizar apodos, encontrarse en la oscuridad de parques, cines o los baños públicos, conocidos como «bomboneras».

Hay poca documentación para rastrear de dónde venimos. El archivo de EHGAM desapareció cuando desapareció Txoko-Landan, la lonja que el colectivo tenía alquilada en pleno Casco Viejo

bilbaíno. Entre la documentación que sí se conserva, la hemeroteca y algunos testimonios orales podemos saber que el germen de EHGAM surge en noviembre de 1976 en «Durangoko Euskal Liburu eta Disko Azoka» [la Feria del Libro y del Disco Vasco de Durango], una cita imprescindible para la cultura vasca. Allí Imanol conoció a Antonio Quintana, que acababa de llegar del Reino Unido. En Barcelona ya había surgido el Front d'Alliberament Gai de Catalunya y la prensa no había dicho nada. El único medio que publicó la carta fue la revista *Anaitasuna*, una revista en euskara que editaban los franciscanos. «Fueron los únicos», cuenta Imanol en *Miradas atrevidas*, una publicación que recoge testimonios de gais y lesbianas en los años setenta. En febrero de 1977 se constituye Euskal Herriko Gay Mugimendua-Movimiento Gay del País Vasco, «así, en bilingüe» y, durante unos años, sin hacer alusión a las lesbianas en el nombre.

Entonces ya tenían claro que la lucha pasaba por las alianzas y EHGAM, por supuesto, participó en la creación de la Coordinadora de Marginados de Bilbao y en todas las iniciativas que llevaron a cabo en torno a este movimiento de movimientos. «Fue una cosa que, con la perspectiva actual, igual no se nos ocurría, igual no con este nombre. En aquella época, en cantidad de partes del Estado había mesas y coordinadoras de marginados. La ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social castigaba la marginación. Nos sentíamos unidos y machacados por la misma». La coordinadora funcionó durante poco tiempo, de manera muy orgánica y parece ser que sin mucho fundamento. Se reunían cuando surgía la posibilidad y no tenían otro plan más allá de abolir la maldita ley. En 1977 no se hablaba de transversalidad en las políticas públicas ni en los movimientos sociales, pero en EHGAM sabían de sobra que su mirada tenía que estar presente en todas las luchas que emergían con tanta fuerza en Euskal Herria. Participaron en manifestaciones feministas, antinucleares, de trabajadores y trabajadoras, a favor de los presos sociales y, por supuesto, participaron en las protestas por la muerte de María Isabel.

—¿Cómo os enterasteis?

—No sé, estábamos en el ajo. El comité de prostitutas no existía todavía, pero ya había travestis con las que teníamos relación. Estaban ya con nosotros, aunque eso supuso algún problema con

algunos que decían que usurpaban nuestra imagen y que eran carnaza para la prensa. ¡Encima que dan la cara y les pegan las primeras!

Hay algo más:

—Vamos a ser sinceros, siempre he sido muy cabaretero y esto estaba lleno de *cabaret*.

Nos vamos entendiendo.

Imanol despliega todo su conocimiento sobre grandes personajes del barrio. Igna Babel, la llamaban «la Giralda portátil» porque es extremadamente alta. En algún reportaje han dicho que es hermafrodita, el término utilizado históricamente para hablar de personas intersexuales. Aparece en *Todo por la pasta* y *Sálvate si puedes*. Raulito, un tipo trans, tenía una novia que se llamaba Tamara; era de Jarrai y se debía meter una linterna en el paquete para ir siempre empalmado. Ángel de Barredo, el Colorines, era la gran estrella del barrio. Jeannete presumía de haberse hecho la primera vaginoplastia en Bilbao. Lo habitual era que las mujeres transexuales viajasen a Casablanca (Marruecos) a intervenirse quirúrgicamente. La silicona te la pinchaban en prácticamente cualquier peluquería de la zona. Todas formaban parte de un barrio de luces de colores y espectáculos que nadie podría imaginar si pasea por Cortes hoy. Todas pudieron haberse encontrado alguna vez con María Isabel.

Más allá de la gran movilización que convocó la Coordinadora de Marginados a finales de noviembre de 1977, la plataforma no llevó a cabo muchas más acciones conjuntamente. Imanol estuvo en Portugalete con una mujer que formaba parte del comité de prostitutas dando una charla en una ocasión: «Me acuerdo de que fuimos charlando en el tren y que a partir de entonces yo estuve yendo al bar que tenía en la calle de la Laguna. Recuerdo que ligué con el barman». No recuerda el nombre de ninguno de los dos.

Los comités de apoyo a la COPEL y EHGAM mantuvieron una relación muy estrecha y, conjuntamente, convocaron una manifestación el 24 de junio de 1978, sábado, a las seis de la tarde, desde la plaza de la Casilla. Esa marcha fue la primera celebración del «Orgullo Gay de Bilbao». En el comunicado que enviaron ambos colectivos —y que firmaron otros muchos— las demandas eran tres: la abolición de la ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, el

indulto general y el fin de las discriminaciones a los homosexuales. Tuvieron entonces que inventarse, incluso, las palabras: «Pusimos pancartas hablando de *harrotasuna* [orgullo, en euskera], un término que entonces no se utilizaba. Se hablaba de *harrokeria* [arrogancia] en un tono despectivo».

El año siguiente, el Orgullo se celebró sin los comités de apoyo a la COPEL. Al menos, no firmaron el comunicado. En junio de 1979, EHGAM denunciaba que el gobierno de Unión de Centro Democrático (UCD) seguía negando sus derechos al impedir «algo tan natural como es la expresión espontánea y libre (y por lo tanto también pública) de la afectividad humana». Exigían la derogación del artículo 431 del Código Penal porque en nombre del «escándalo público» seguían deteniendo a maricones, putas y bolleras. Pedían la amnistía, aunque reconocían que «solo habrá amnistía verdadera cuando el pueblo en general reconozca y esté dispuesto a defender que la homosexualidad es una de las formas naturales de la sexualidad humana y no (tal y como las fuerzas reaccionarias han venido manteniendo hasta la fecha) una enfermedad o un vicio». Vete a saber qué opinaría María Isabel de todo esto, aunque ella era la víctima perfecta del 431: «El que de cualquier modo ofendiere el pudor o las buenas costumbres con hechos de grave escándalo o trascendencia incurrirá en las penas de arresto mayor, multa de 5000 a 25 000 pesetas e inhabilitación especial». El artículo fue modificado en 1988.

Aquella marcha acabó con una fiesta en el quiosco de El Arenal en un ambiente festivo. A uno de los grupos que actuó aquel día se les quemó el equipo de sonido, así que decidieron organizar algo para recaudar fondos y pagarles. Qué mínimo, que no habían cobrado un duro por tocar. Montaron una buena: actuaron personajes imprescindibles del barrio como el Colorines, Igna Babel o José Antonio Nielfa, la Otxoa, que poco después lanzó un himno: «Libérate». Aquellos años, en Bilbao, muchos cantaban eso de «Libérate, ser mariquita no es un delito, no lo calles, lanza el grito, si estás vivo y no estás muerto».

Es muy raro que los comités de apoyo a la COPEL de Bizkaia no firmaran aquel manifiesto porque, en agosto de este año, seguían vinculados a EHGAM de una manera muy evidente. Ambas organizaciones fueron dos pilares imprescindibles en la creación de

Pinpilinpauxa ese mismo año, en 1978, en la celebración de las primeras fiestas populares de Bilbao.

Es difícil explicar qué significa la Aste Nagusia [Semana Grande] para quien no conoce la ciudad. El corazón de las fiestas son las *txosnas*, que son algo así como «bares» que montan diferentes colectivos sociales durante una semana de nueve días. Decir bares es poco decir y no lo explica: son espacios de encuentro que hacen posible que todavía hoy, tantos años después, las fiestas de Bilbao sean un ejemplo —y un orgullo— de autogestión. Hay música y alcohol, claro, pero se organizan también decenas de actividades que te dejan exhausta. Cada *txosna* es gestionada por una *konpartsa*, que habitualmente está vinculada a algún colectivo o movimiento político. Mamiki, por ejemplo, es la que monta el movimiento feminista de Bilbao impulsada por la Asamblea de Mujeres de Bizkaia.

Pinpilinpauxa fue impulsada por EHGAM y los comités de apoyo a la COPEL, aunque lo cierto es que no lo sabe casi nadie. Los y las *konpartseras* de Pinpilinpauxa, hoy, se visten de amarillo y su logo es una mariposa que diseñó originalmente Putxeta. Lo típico en la Pinpi ha sido durante muchos años pedir champán y ahora es conocida porque te inundan de purpurina en cuanto te acercas. ¡Compran unos cincuenta kilos cada año! Aunque ni EHGAM ni los comités de apoyo a la COPEL, que trabajaron codo a codo durante los años setenta para exigir la derogación de la ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, están hoy vinculados a esta *konpartsa*, lo cierto es que sigue siendo un punto de encuentro de referencia para el mariconeo. Los espectáculos de travestis y los conciertos de petardeo son un clásico. Una curiosidad: Quico Mochales, el relaciones públicas de El Corte Inglés, era *konpartsero* de la Pinpi.

Tan solo unos meses después del primer orgullo en Bilbao, en octubre de 1978, la policía detenía en Cortes a 258 personas. Muchas de ellas, travestis. No, la afectividad humana al margen de la *normalidad* no era bien acogida tampoco por la democracia. Esa misma noche fueron puestas en libertad 244, pero el resto entró en prisión a disposición del Juzgado de Peligrosidad y Rehabilitación Social. EHGAM denunciaba que, al menos tres de ellos, iban a ser conducidos al centro de rehabilitación de Huelva, al que llevaban a los gais que consideraban «activos». A los «pasivos» les llevaban a

Badajoz.

El 26 de diciembre de 1978, se modifica la ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social y su reglamento. Entre otros cambios, se eliminaba el tercer supuesto: «Los que realicen actos de homosexualidad». El escándalo público siguió siendo perseguido durante una década por el Código Penal y utilizado para reprimir la diversidad sexual y de género y, por supuesto, la prostitución.

Ninguna de las miembras del comité de prostitutas se acercó a celebrar ninguna de estas victorias a Txoko-Landan y, más allá de alguna relación personal, no volvieron a saber nada de ellas.

—Oye, Imanol, ¿está bien escrito «Txoko-Landan» con el guion?

—Eso da igual. ¿Sabes qué significa?

Él estaba en la mili, pero antes de tener el local en el Casco Viejo, tuvieron otro espacio en la calle Iparraguirre que estaba señalizado discretamente con una letra griega lambda (λ) de madera, utilizada para representar la lucha del movimiento. Entonces andaban buscando nombre para constituir una sociedad gastronómica recreativa que les permitiera hacer actividades mientras estaban ilegalizados: algo así como un *txoko*. Unieron ambos términos y salió *txoko lambda* que, con pequeños cambios, se convierte en «Txoko-Landan». En castellano significa «rincón en la pradera» o algo así.

SE EXTINGUE EL FUEGO DE MARÍA ISABEL

No siempre he confiado en este libro, aunque siempre he sabido que María Isabel se merecía el homenaje que le hicieron sus compañeras, y se merece, por supuesto, el que le estamos haciendo hoy. Era una tía difícil; irreverente, rebelde, borde, muy guerrera, probablemente un poco cabrona y maleducada. Muy inocente, entregada y generosa.

María Isabel se enfrentó a la vida sin que nadie le enseñara a vivir. Resistió a las inclemencias de un sistema que no estaba diseñado para ella, que parecía indicarle continuamente que no tenía hueco aquí, que ella no era de las buenas, de esas que son dignas de consuelo, abrigo y amor. Ella, que quizá vio en el fuego una herramienta para protestar, ardió en llamas sin que nadie hiciera absolutamente nada por evitarlo. María Isabel ni se suicidó ni fue asesinada. Estoy segura de que fue un simple accidente y me jode. Me gustaría haber descubierto algo que pudiera haberle devuelto un poco de consuelo a su familia. Ellos, para sobrevivir a tanto incendio, decidieron creer que con María Isabel había ocurrido algo más extraordinario que un simple accidente. Eugenia declaraba a la prensa que había sido un asesinato: «Por favor, digan que a mi hija la han matado. Yo sé que para remover una cosa de estas hace falta mucho dinero y yo no tengo medios. Por favor, ayúdenme».

Hasta las vidas más extraordinarias y convulsas, incluso quienes se resisten a la monotonía y a las normas hasta quedarse sin aliento, pueden desaparecer tras sufrir un simple accidente. Tal vez quiso llamar la atención de las funcionarias prendiendo fuego a sus cosas, pero no creo. Se fumaría un pitillo, se quedó profundamente dormida porque la medicación que tomaba era fuerte y *ciao*.

Esto no les resta ni un ápice de responsabilidad a los y las responsables del sistema político y judicial que llevó a María Isabel a pasar la última noche de su vida en la celda número 4 de la prisión de Basauri. Una de sus compañeras aseguraba que la cárcel

no era su sitio: «¿Cómo la pudieron llevar a la cárcel? En lugar de encerrarla en un centro psiquiátrico, la encerraron en prisión». Reyes, una de las pocas que participaron en las protestas de las que sabemos su nombre, aprovechaba los micrófonos para denunciar también la situación de vulnerabilidad en la que se encontraban y las tremendas injusticias que se daban en las cárceles: «¿Quién es el que más roba en esta sociedad? Esos ricachones que luego nos meten en la cárcel y nos mandan a la policía, y nos condenan porque tenemos que prostituirnos para comer. Todos queremos lo mismo: ¡Justicia! Tenemos que seguir luchando junto a otros explotados y miserables como nosotras».

Las compañeras de María Isabel no se creyeron la versión oficial porque, probablemente, no se creían la versión oficial de nada, pero, además, muchas de ellas insistían en que no era posible que tuviera fuego en aquella celda, pero María Isabel conocía bien la prisión e incluso esos días pasaba algún rato en el patio. Si ella quería un incendio, sabía cómo encontrar el fuego.

Luego ardieron otras con ella. Un cúmulo de pequeñas casualidades, en un momento de efervescencia política, hizo posible que sus compañeras se lanzaran a las calles. Impulsadas, acompañadas, instrumentalizadas, no lo sé, por otros movimientos sociales que entonces empezaban a adquirir gran relevancia: el movimiento feminista, el movimiento LGTB y, principalmente, los comités de apoyo a la COPEL. Si las mujeres feministas, las bolleras y las maricas no acababan de poder hacerse un hueco en la recién estrenada democracia, podéis imaginar a qué papel quedaban relegados quienes pedían la abolición de las prisiones y la amnistía para los pobres. Porque el objetivo de la COPEL y de los comités de apoyo podría resumirse así: la amnistía para los pobres. Quedaron al margen del nuevo proyecto democrático y desaparecieron pronto. Eso sí, siguen siendo aliento para muchas.

En unas declaraciones a la prensa, una de sus compañeras contaba que había sido detenida en una redada unos meses antes con otra prostituta que estaba recién operada. No cuenta de qué. En comisaría pidió una silla para ella, que estaba jodida: «Si se muere, una puta menos», contestó el guarda. Lo que él no sabía es que las putas pueden multiplicarse y la muerte de María Isabel es la gran evidencia. Aquella pequeña gran revuelta, que tuvo una dimensión

política sin precedentes, llegó mucho más lejos de lo que nadie podía haber imaginado, aunque no llegara, en realidad, a nada.

El 16 de noviembre de 1977, Pako Letamendia, Ortzi, nombraba a María Isabel en el Congreso de los Diputados del Estado español. Hablaba en nombre del Grupo Euskadiko Ezkerra. Pedía que se investigara por qué «determinados individuos pertenecientes siempre a los mismos grupos sociales y de izquierda son los que llenan las cárceles. Es un hecho constatable que en los establecimientos penitenciarios hay muy pocos banqueros, muy pocos grandes empresarios. Si estos hombres son delincuentes es porque viven en una situación de angustia vital y económica que les obliga a realizar actos que para la sociedad establecida son delitos. Por supuesto que es necesario investigar la situación de las cárceles, pero no basta con decorar la jaula del pájaro. Lo que hace falta es no convertir a los hombres en pájaros para tener después motivos para enjaularlos, y los presos sociales, en definitiva, son presos políticos, son presos a quienes una cierta situación política, la situación franquista, ha marginado previamente, y después, porque les molestaba, los ha encarcelado».

Denunciaba que las esperanzas de los presos sociales habían sido defraudadas y por eso se estaban «autolesionando, están tragando cuchillas de afeitar y se están suicidando. Y un caso trágico que demuestra esto es el caso de una mujer de Bilbao, que tenía un niño de tres años, que ha muerto incendiada estando menos de una semana en la cárcel de Basauri».

En Alicante, Amelia Sanchís estaba estudiando en el instituto. Andaban de huelga cuando su colectivo recibió un telegrama en el que pedían que se adhirieran a la huelga convocada por las prostitutas de Bilbao. Aceptaron, claro. Un par de días después, la policía detuvo a las cabecillas de las protestas. Tuvieron que esperar a que sus padres fueran a sacarlas de comisaría. La firma de las madres no era suficiente todavía. Es probable que hubiera más muestras de solidaridad en otros territorios coordinados por la Coordinadora Nacional de Estudiantes.

La familia de María Isabel todavía tenía echadas las manos a la cabeza cuando en Madrid empezaba a celebrarse la semana contra la ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social. La cosa estaba calentita porque la abolición de la ley ya había quedado excluida de

los acuerdos de la Moncloa. El acto sirvió para presentar la Coordinadora de Marginados de Madrid que aglutinaba a Mujeres Libres, Agrupación Mercurio, Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, colectivo de Psiquiatrizados en Lucha, Comisión de Educación Especial y comités de apoyo a la COPEL. En la coordinadora participaban también otros colectivos como la CNT, Liga Comunista Revolucionaria (LCR), Juventudes Comunistas Revolucionarias (JCR) o Juventudes Socialistas (JJSS), entre otros.

El País anunciaba que estaba previsto que a lo largo de la semana se presentara el libro *Grupos marginados y peligrosidad social*, coordinado por Javier López Linage, y que el acto principal sería una mesa redonda en la que participarían Fernando Savater, Agustín García Calvo, Javier López Linage, Félix Guattari y el mismísimo Michel Foucault. Estos dos últimos no aparecieron, pero a mí me gusta pensar que Foucault escuchó hablar de María Isabel. Ramón, Peli, me dejó un ejemplar de ese libro, una pieza imprescindible para entender el impacto y el valor de las alianzas que demostró la Coordinadora de Marginados. Dentro he encontrado hojas de cuaderno con algunas notas difíciles de descifrar. Habla de lenguaje dicotómico, de una ley del silencio hacia algunas palabras: puta, ladrón, drogadicto, loca. La letra es muy pequeña, las notas están escritas con distintos bolis, las hojas están amarillentas y a mí me sobrecoge poder tocar hoy aquellas viejas reflexiones.

A María Isabel se la ha nombrado en decenas de trabajos sobre memoria histórica de los diferentes colectivos que participaron en las protestas por su muerte: la puta que provocó aquella huelga. Una huelga, sin embargo, en la que nunca se ha profundizado lo suficiente. No lo he hecho ahora yo tampoco. Las únicas fuentes orales a las que he podido acceder no son prostitutas, los documentos que quedan escritos de la época parece que no fueron escritos directamente por ellas y su presencia en la prensa se limita a pequeñas intervenciones en las que ni siquiera podemos saber cómo se llamaban. He preguntado miles de veces por las mujeres que aceptaron constituir un comité de prostitutas para hacer públicas sus quejas, pero ha sido imposible dar con ninguna de ellas. En el barrio me dicen que no queda «ninguna de las de antes», que ya estarán muertas, que muchas marcharon a otras zonas de

Bilbao, a otras provincias; que las putas se mueven mucho, que no hablan.

Que esta crónica incompleta, que nace para quedar eternamente inacabada, sirva de homenaje a todas las que han decidido callar. A las que de verdad no saben nada y a las que no han querido contármelo a mí.

PARTE FINAL DE UN DISCURSO O DE UNA OBRA EN LA QUE SE OFRECE UN RESUMEN DE SU CONTENIDO

A María Isabel no le dio tiempo a casi nada y, sin embargo, lo hizo casi todo. Anduvo de aquí para allá con la vida echada sobre la espalda tratando de respirar, de resistir, de sostenerse. Su cuerpo se calcinó todavía muy joven, todavía ágil, dispuesto, desenfadado. No sé dónde se quedarían sus cosas: quién guardó su ropa, quién se quedó con su cartera, dónde están sus medias, sus pantalones, su ropa interior.

María Isabel tenía que haber ido el 13 de agosto de 1981 a renovarse el DNI, pero ya estaba muerta. Estaba muerta también el día que nací yo, cuando volvió la primavera, cuando su hijo hizo la comunión, cuando nacieron sus sobrinos y sus sobrinas, cuando se abolió la ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, cuando Cortes dejó de ser Cortes, cuando la heroína lo inundó todo, cuando empezaron a limpiar la ría, cuando llegué yo a este barrio; el día que se murió Ketu estaba muerta también ella. Estaba muerta el día que conocí a su madre, el día que empecé a querer a su hermano, el día que me tomé un café con su tío Víctor. Estaba muerta cuando yo miraba la bahía de Santander tratando de imaginarme cómo caminaba, cómo sonreía, qué le parecería este libro. Estaba muerta mientras yo contaba cuántas ventanas tenía la casa en la que creció con su familia y mientras preguntaba por Santander dónde había trabajado su madre. Estaba inevitablemente muerta, aunque podría haberse evitado.

He soñado con ella muchas veces mientras escribía este libro. Sueños que, a veces, flirteaban con la pesadilla. Recuerdo despertarme angustiada porque, una vez publicado el libro, aparecía la entrevista que me explicaba todos los silencios; he soñado con una María Isabel actriz; con una que se enfadaba conmigo, con otra que me ignoraba; he soñado, por supuesto, que

estaba viva. Habían pasado muchos años, pero ella seguía igual. Su cuerpo no había envejecido. Era una mujer introvertida, reservada, que no ponía pegas a mi trabajo pero tampoco acababa de facilitarlo. «¿Esto te apetece?», le preguntaba yo, y ella contestaba un tímido: «Tú verás». Alguna noche soñé también que me pegaba y sentí el calor de su cuerpo abrazándome después.

Su historia me ha llevado a personas y rincones de una época que para mí era desconocida, pero que ha resultado ser apasionante. Efervescencia pura y dura. Cambio. Libertad. Purpurina. Sueños, *cabaret*, luces de neón. Mi barrio, mi gente; todas esas bolleras, putas y maricones que se han dejado la vida para que yo hoy camine tranquila. Joder, gracias, gracias, gracias. Pero representa también —en realidad, lo representa mucho mejor— a toda esa gente que ha pasado de la política, de los sueños y de las grandezas, que simplemente se ha dedicado a vivir, bienvivir, malvivir, según el momento, según las opciones. Toda esa gente que se ha negado a cumplir las normas y toda esa que se ha bajado los pantalones porque no veía otra opción. Todo eso es Maribel.

Ahora, ahora sí: Maribel.

Dicen que todas las personas estamos conectadas con cualquiera a través de otras seis. Ella está conectada con absolutamente todo.

La recién nacida aquella, hija de la gran duquesa Wladimir de Rusia, es María Vladímirovna Romanova. Su hijo, Jorge Romanov, debe ser el ahijado de Sofía de Grecia. En *¡Hola!* publicaron una foto de Sofía acariciando a mi padre cuando explotaron las escuelas de mi pueblo. Mi padre me conoce a mí y esto no es tan obvio como puede parecer. Yo conozco a la madre de María Isabel. Eugenia parió a su hija y me abrazó a mí. Ahí está nuestra segunda conexión.

La primera está entre tus manos.

ESKERRIK ASKO!

A todas las personas que trabajan en los archivos, a todas esas apasionadas de la memoria, que han agarrado mi manita y me han llevado a María Isabel: Archivo del Ministerio de Interior; Archivo Municipal de Bilbao; Archivo Histórico de Euskadi; Archivo Histórico Provincial de Bizkaia; Archivo Histórico Provincial de Cantabria; Archivo Histórico Provincial de Salamanca; Archivo Provincial de la Diputación de Salamanca; Archivo Central de Presidencia de Cantabria; Colegio Oficial de Médicos de Cantabria; Archivo Municipal de Santander; Archivo Municipal de Astillero; Fundación Anselmo Lorenzo; Biblioteca de Instituciones Penitenciarias; Biblioteca del Pabellón de la República; Lazkaoko Beneditarren Fundazioa; a la Policía Nacional de Santander y a la de Bilbao; y, especialmente, al Centro de Documentación de Mujeres Maite Albiz.

A Emilio y a todo el equipo de Libros del K. O., por dejarme a mí también darme de hostias con la realidad.

A Rosa Montero por sus palabras, por *La loca de la casa* y por *La ridícula idea de no volver a verte*. Eres refugio.

A las vecinas de Astillero que han tenido un ratito para atenderme, entender mi interés por esta historia y cuidarme. Especialmente, con todo el amor del mundo, a Javi. Era imposible ponérmelo más fácil. Ha sido un gusto encontrarme contigo en el camino. Te debo muchas comidas y te debía este libro. Siento si no he estado siempre a la altura de tu ayuda.

A las vecinas de Socabarga que me dieron las primeras pistas, a las que me abrieron sus casas y a las que salieron a hablar conmigo a la puerta.

Ha sido un placer conocer Santander con tanta gente bonita. Mil gracias a las compañeras y compañeros del periódico *El Faradio*, especialmente a Óscar; a Ramón Viadero, Rafael Pérez; M.ª José Lanzagorta; a Marta Peredo Escobedo. A la librería La Vorágine; a

Tino, del Proyecto Desmemoria, a los vecinos y las vecinas de la bajada la Gándara, de la calle San Pedro y Capitán Palacios.

Al Movimiento Feminista de Salamanca, a María Eugenia Torijano, y a la Asociación Salamanca Memoria y Justicia.

A Miriam Solá y a Silvia por ayudarme a encontrar pistas de María Isabel también en Barcelona.

A Damián Alberto González; al grupo de Facebook de Alcázar de San Juan, al Archivo Municipal de Alcázar de San Juan.

A la familia del Hotel Saja; al grupo de Facebook de Torrelavega y a Mario.

A todas las personas de todos los grupos de todos los pueblos en los que me he colado buscando pistas: Santander, Astillero, Basauri, San Vicente de la Barquera, Ortuella. A Maite, Roger y Héctor; a Iñaki Beitia *(Goian bego)*; a la asociación de vecinos Errekatxo-El Regato.

A todas las personas de Bilbao, de San Francisco, que me han echado una mano a lo largo de estos años. Especialmente a las que me han aguantado vinos y vinos hablando de María Isabel. Un guiño especial a Mertxe y Arturo. A Marta, la Discreta, por las primeras pistas, y a Bego por haberme llevado hasta ella. Gracias también a su hija por facilitar los encuentros. A Ana, del Urkiola; a Olga y a Vicente, a Antonio, del Txiriboga; Luisa, Matilde, Jorge, a M.ª Luisa y a Cristina; a Histeria Kolektiboa, a la familia de Ultramarinos Romaña; a la gente de El Txikote; a Josefa; a Imanol, de EHGAM; a Feli; a Aldarte. A la gente del bar Alisas y a Tino; a Ana, que no va a poder leer este libro, pero estuvo años contestando atentamente a mis peticiones; a Saray, por llevarme a conocer a Abo, por presentarme a tu familia, por las risas, la mandrágora y por ayudarme tanto con otros contactos; a Germán, a Saturnino y a toda la gente maja que nos cruzamos por Bolueta y Otxarkoaga; a Foto Indautxu; a Tito y toda su familia; a la Otxoa; a los y las vecinas de Zabalburu y Fernández del Campo (especialmente a la gente del bar Nino y a Marisa), por contestar atentamente a todas mis preguntas; a todas las personas a las que he preguntado al azar «¿Te suena esta mujer?». A Irantzu, la señora sofisticada que me pasa números de gente del mundo del *jazz*, entre otras cosas bonitas; a Aran, Iker y a toda la gente que estuve mareando para descubrir qué pasaba en La Casa del Loco; a Gotzon Monasterio, a

Gorka Reino, a Tontxu Ipiña; a Jaione.

A la Asamblea de Mujeres de Bizkaia, por vuestro trabajo incansable a lo largo de todos estos años. A todas las feministas que han rebuscado en sus memorias, en sus agendas y en sus archivos para ayudarme: Marta Brancas, Maite Elorrio (te adoro); Aintzane Saitua, Begoña Salcedo, Begoña Mendia, Begoña la Rubia (gracias también por regalarnos tantos ejemplares de *Vindicación Feminista*); Arantza Urkaregi; a Bego Sagasti; Ana Fernández de Garayalde; Nerea Aresti, Miren Llona; a Chusa; a María José Carrera; Isabel Otxoa; Yolanda Martínez; Maraví Marañón; a Ana y a su hijo Haritz; a Juana Arangunen; Justa Montero, Isabel Muntaner; Pili y Mertxe, de Santutxu; Ketxu, de Rekalde; Ana Gutiérrez; Blanca Estrella Ruiz; Lucas Platero; Raquel Osborne; Mirta Núñez.

A Putxeta, Ramón, Marta, Celina e Itxaso por acercarme a la COPEL y, sobre todo, por tratarme con tantísimo cariño. A Piro Subrat, Daniel Pont, a Boti; César Manzanos y César Lorenzo Rubio. A todos los presos de la COPEL, por su dignidad; a todas las mujeres que soportan sobre sus espaldas la violencia de las cárceles.

Felipe: espero poder conocerte ahora que el libro está publicado.

A Txetxu, Eugenio y Luis, de la CNT de Bilbao.

A Paul y a José Luis Ibarra.

A todas mis conocidas de aquí y de allá que habéis sufrido mi obsesión por los detalles. A Aitor, por echarme siempre una mano y escuchar mis lamentos en la puerta de la redacción de *Pikara Magazine*; a Paco Etxebarria; a Marta Plaza; a Laura; a Igor Ahedo por ser el mejor profesor del mundo y estar siempre atento a todo lo que he necesitado. A Alicia Murillo y Aradia Mut. A Amelia Sanchís; Pako Letamendia; Irati, de Bilgune Feminista; Diana Urrea, por los contactos y los mimos; Rosa Andrieu; Rosa Olivares; a Garbiñe, del Máster de Igualdad de la UPV/EHU; a Itziar Abad, Tere Maldonado, Mari Luz Esteban; Llum Quiñorero; María Jesús Mirada (Curra); Genoveva Rojo; Consuelo García del Cid; a Txun, a su tío y a todos sus amigos del bar Mosela; a Cecilia Montagut, del proyecto Cárceles Bolleras; Alba Tereshkova; a Charo, por ponerme en contacto con Irene Abad Buil y a ella por preguntarle a Iván Heredia. A Kepa, por buscar algo que ya no sé ni qué era por Eibar; a Andoni, Inma y Antton; a Haizea por ponerme en contacto con

Elvira; a Antoni Ruiz y Saiz; Enrique González Durán; a Ahoztar Zelaieta.

Al grupo feminista Galtzagorri por su trabajo en el barrio. ¡Esa casa cada vez está más cerca!

A las compañeras del grupo Presas pero no mudas. Especialmente a Ana, por ponerme en contacto con César, de la editorial Imperdible.

A Flor, Alba, Paz y Paula, por todo eso que hemos sido. Os quiero.

A mi gente de Madrid y a toda la que está desperdigada por el mundo mandándome un amor que, a veces, no sé si me merezco. Qué jodida suerte tengo. A ti especialmente, Esti, porque ha sido un lujo caminar a tu lado.

A Ajo y a Kistiñe, por los días en Santander; a Emi, por las pesquisas en Televisión Española; a Sandra y Lo, por el rescate en Asturias. A todo el equipo de Anaisa; a Liba, por acompañarme a la iglesia en busca de pistas de María Isabel cuando todavía casi ni nos conocíamos. A Tati, por el amor, los contactos y la fantasía. A Silvia Agüero y Nico Jiménez. A Pulgui y a Mikel, por la información sobre los árboles de la plaza que, algún día, llevará el nombre de María Isabel. A Nahia, por intentar ponerme en contacto con alguien que ya ni recuerdo y por todos los momentos compartidos. A Yoanna, por ayudarme con el título y con el prólogo que no fue; por *Física de la tristeza*.

A Ketu, porque sé que nos lo hubiéramos pasado muy bien juntos explorando el Bilbao más macarra.

A mi familia y, sobre todo, a mi aitite Tobal. Me muero de rabia porque sé que este libro te lo habrías leído, igual que te pusiste aquel polo rosa. Te echo de menos cada puto día de mi vida. Os quiero, pequeña cuadrilla de raritos.

A mi hermano, porque trasciende eso de *la familia*. Te quiero más que a nada en el mundo, Julen.

A Mimi, porque tú también eres mi hermano.

A mis compañeras de *Pikara Magazine*, mi escuela de periodismo, de vida: M.ª Ángeles, Tami, Teresa, Milton, June. Os quiero y admiro muchísimo. Somos un equipazo. Gracias por haberme dado la oportunidad de escribir este libro.

A Paola, porque me gusta cumplir mis promesas.

A Saioa y a toda su familia, porque habéis sido un regalo de la vida.

A Zuriñe, por las carreras por Socabarga, por haberme animado tanto a escribir esta historia y por leerla antes que nadie. Por ser mi estrella fugaz.

A Pilar y a Tomás, por el cariño infinito, por el interés con el que me habéis escuchado siempre hablar de este proyecto. Por el tomate.

A Dorleta, porque puedes apagar todos mis incendios y ser, a la vez, puro fuego.

A Javier Freijanes y a toda la gente que hizo retuit para que lo encontrase, especialmente a su hijo, por ponernos en contacto; a Beñat Zarrabeitia, aunque no encontrásemos las fotos; a Arantza Elu; a Óscar Donoso; a todos los currelas de *Argia* y *Egin* que me han dado pistas; a Alejandro Torrús; a J. I. Fernández, a Martín Ibarriola, Mikel Alonso.

A Laura, por ayudarme a encontrar a Eugenia.

A Eugenia, Víctor y Pedro.

A Pablo.

A todas las personas que me quieren y a todas esas de las que me habré olvidado en estas páginas: GRACIAS. He intentado ir apuntando todos los nombres para no olvidarme de nadie, pero seguro que he tenido algún despiste imperdonable.

Pero, sobre todo, a toda la gente que alguna vez me ha preguntado obviando o, más bien, contradiciendo a la muerte:

—¿Qué tal está María Isabel?

—María Isabel está viva.

DESPRECIOS

A los veinte tíos que rodearon a María Isabel aquel 23 de octubre de 1977.

A los responsables de que estuviera presa aquel 4 de noviembre.

A aquel tipo que no quiso contarme lo que sabía de María Isabel porque descubrió en mi perfil de Facebook que soy lesbiana. Qué aguililla.

A la homofobia que intuyo en ella. Eso no puedo perdonártelo, hermana.

A todas las personas que deberían acordarse de ella pero prefieren no hacerlo.

A todos los tíos que se la follaron cuando ella no era capaz de entender qué necesitaba ni qué quería.

Al mismísimo patriarcado.

A quienes se avergüenzan de su historia.

A todos los que me han dicho que no revuelva, que no importa.

Todos mis desprecios a quienes ignoraron su dolor.

Al que presume de vino de coco y se atrevió a decirme que no entendía qué interés podía tener alguien como María Isabel.

A todos los y las periodistas que cubrieron las protestas de las prostitutas de mi ciudad sin dignarse a decir cómo se llamaba casi ninguna de ellas en sus piezas. Si fue una petición suya, podríais haberlo indicado, joder.

A las instituciones que, lejos de acompañarla, le hicieron la vida imposible. A las que quisieron encerrarla y a las que quisieron deshacerse de ella. A todas las personas que pudieron ayudarla y no lo hicieron.

A la moral católica.

A la dictadura fascista.

A la psiquiatría.

A la cárcel.

A la pobreza.

A quienes desprecian la memoria.



Andrea Momoitio San Martín (Ortuella, 1989) es una periodista y escritora vasca que forma parte de la asamblea de la revista digital feminista *Pikara Magazine*. Es autora de *Lunática*.

Se licenció en Periodismo por la Universidad del País Vasco (UPV/EHU). Es máster en Estudios Feministas y de Género por la Universidad del País Vasco. En su TFM analizó cómo las jóvenes lesbianas reconocen los referentes de lesbianismo que aparecen en las series de ficción producidas en España. También es máster en Periodismo Digital.